Germán Vaquero

Del autor de benemeritasanecdotas.com

¡A la orden, mi sargento!

Anécdotas divertidas y verídicas de la Guardia Civil

Table of Content

Prólogo
Introducción
Compañía, el coronel, ¡firmes!
Días de fútbol
El «pastelito»
Absurdo problema
Miguelito, grande y único
Español, preconstitucional y chicharrero
La pseudo-denuncia
Hay guardias..., y ¡GUARDIAS! «El Caimán»
El día más largo
Páter Putatibus
Ying yang
Mi primera inspección ocular
Esperpento vial
El loco, el «caimán» y los duendes gigantes
Caimanadas varias
    Tranqui, tronco
    El mulo
    Tito Francisco
    Caimanada aeroportuaria
Leyendas urbanas en la carretera
¿El exhibicionista?
La barbacoa
Una «hostia» del Copón
«Benemeritofobia»
Nobles y plebeyos
Más cuento que Calleja
De poca vergüenza
Malos entendidos
Objeto volador ¿no identificado?
La ventosidad
Patrulla tigre
Un susto de muerte
«Fallo» judicial
Perro ladrador…
Breves relatos aeroportuarios
    Do you speak…?
    Perdone, ¿no olvida algo?
    Una de estereotipos

Vaya con el perrito
De todo, menos sargento
¿La última anécdota?
Agradecimientos

germán vaquero

¡A la orden, mi sargento!

Anécdotas divertidas y verídicas de la Guardia Civil

© GERMÁN VAQUERO 2017
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2017

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, en el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»
Editorial Almuzara • Colección Sociedad Actual
Edición al cuidado de: ROSA GARCÍA PEREA
Director editorial: ANTONIO CUESTA
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-17044-26-8

A la memoria de mi compañero y amigo, Miguel Miralles Portal.

Prólogo

Responder a la amable invitación que Germán me ha ofrecido para prologar esta obra es para mí un gran honor, pero también un reto, pues supone enfrentarse con alguna que otra dificultad (algunos lo consideran como apadrinar a un niño).

Una de ellas es el grado de amistad que me une con el autor y que puede nublar la objetividad que merece cualquier comentario sobre una obra. Esta cercanía está motivada por su obligado paso por la Academia de Guardias y Suboficiales de Baeza (Jaén) en la que se insufla la debida formación que permite a todo guardia civil desarrollar su labor de atención al ciudadano con la que está comprometida. No se imaginan lo gratificante que supone *saborear* a jóvenes (y no tan jóvenes) repletos de valores y espíritu de sacrificio, en una época donde parece ser que esta virtud brilla por su ausencia, siendo este joven autor uno de sus baluartes más destacados.

El autor ha logrado, en su corta experiencia como servidor público, que lo cotidiano, basado en el quehacer de todos los guardias civiles sembrados por España, una vez aderezado con gracia sevillana, ilusión y algo de imaginación, se nos presente en la mesa como un plato digno del comensal más exquisito.

Demuestra esta obra que las experiencias del día a día, por muy insignificantes que nos parezcan, son capaces de crear una historia, donde cobra protagonismo literario cualquier ciudadano de la calle, y que el lector sabrá apreciarlo de forma cariñosa. La capacidad que muestra el autor para «ver» aquello que otros pasamos desapercibido, debido a su falta de notoriedad, es digno de resaltar en esta obra.

No olvido la adecuada y conveniente brevedad que debe caracterizar a todo prólogo, proemio, prefacio, introducción, etc., pero permítanme recordar un proverbio suizo que cuenta que «las palabras son como las abejas: tienen miel y aguijón». Vean este recopilatorio con dulzura; no tiene la intención de «picar» a aquellos que se sienten identificados.

Como cierre a este cariñoso y sincero prólogo, no me resta más que desearles que el rato que dediquen a este libro les permita liberarse de las preocupaciones que centran nuestras vidas, y hacerles reflexionar sobre la cantidad de personas que, día a día,

dan todo lo que tienen para facilitar la vida de los demás, entre ellos, nuestra Guardia Civil.

Rafael Martín Aliste,
Oficial profesor de la Academia de guardias y suboficiales de la Guardia Civil

Introducción

El libro que se disponen a leer, *Beneméritas Anécdotas*, no es más que un pequeño recopilatorio que este humilde servidor de la Patria ha confeccionado a lo largo de algo más de dos años de trabajo, iniciados con la finalización de mi periodo formativo en la Ilustre Academia de la Guardia Civil de Baeza y continuados con mi puesta de largo en mi primer destino asturiano y posteriormente catalán.

Así pues, y desde principios de 2008, llevo elaborando este compendio de cortas narraciones una vez constatadas las innumerables, curiosas y simpáticas situaciones que ocurren a diario a lo largo y ancho del territorio español y que cuentan con agentes del Cuerpo y población civil como improvisados actores.

Cientos de anécdotas que pronto caen en el olvido y que yo, aunque recupere y transmita sólo una ínfima parte, he decidido poner por escrito con dos objetivos claros y bien marcados: arrancar una sonrisa de mis lectores y, sobre todo, trasladar al público la cara más amable y humana de la Guardia Civil.

«*Páter Putatibus*», «El Loco, el caimán y los duendes gigantes», «Mi primera inspección ocular» o «La Ventosidad» son sólo algunos títulos de los micro-relatos que conforman esta obra y que cuentan con personajes tan dispares como un cura y una prostituta, un mudo, un ovni, el loco de un pueblo, una limpiadora, un duque o un tigre, entre otros. En definitiva, situaciones de la vida cotidiana que, por su sorprendente desarrollo, dejan de ser algo normal para convertirse en las divertidas historietas que ahora les transmito.

¿Qué hacen un cura y una prostituta en un coche a la una de la madrugada por una pista forestal? ¿Puede el caudillo Franco apagar una revuelta en una residencia de ancianos? ¿Y qué hace un hombre desnudo en el patio de un colegio? ¿Acaso puede un mudo ser denunciado por insultos y amenazas? Las respuestas a todas estas preguntas y a muchas más se encuentran en este conglomerado de relatos rocambolescos cargados de momentos increíbles, excéntricos personajes, contextos extraordinarios y situaciones entrañables, humorísticas e incluso, casi de ficción.

El autor

Compañía, el coronel, ¡firmes!

Como primera anécdota de este libro y, a su vez, primera de las anécdotas que viví una vez ingresado en el cuerpo de la Guardia Civil, he elegido una simpática situación que se dio cuando apenas llevaba unos días con mi anhelado uniforme verde. Una pequeña historia que recuerdo con nostalgia y que tuvo lugar en la conocida, castrense y muy querida por nosotros Academia de la Guardia Civil de la bella y monumental ciudad de Baeza.

En tan benemérita escuela, por razón de apellido, había recalado en la última de las compañías de la *113A Promoción*, siendo el único sevillano de los más de ciento cincuenta alumnos (entre ellos treinta féminas) que componíamos la 19ª.

Divididos en doce camaretas (o habitaciones), a diez guardias por estancia y con un pasillo que las cruzaba hasta acabar en los baños, apenas había trascurrido una semana desde nuestro ingreso cuando ya comenzábamos a conocernos un poco.

Que si uno era famoso porque estaba todo el día contando chistes, muy malos por cierto; otro porque era oriundo de Lepe, con lo que ello conlleva; *fulanito* se caracterizaba por estar todo el día cantando canciones de Héroes del Silencio a voces y para todo el respetable; *menganito*, por su parte, era un forofo merengue casi enfermizo y estaba todo el día enfrentado con los culés; *zetanito* conocido por ser el tío mas alto de la Academia…, y así un largo etcétera.

Y en este largo «etcétera», englobamos al protagonista de mi primera anécdota. Este chico destacaba por el simple hecho de que, cada vez que se aseaba, salía del baño sin prenda alguna y se dirigía a su camareta por el pasillo enseñando sus vergüenzas al estupefacto gentío. Veinticinco metros por los que el tipo andaba como Dios lo trajo al mundo. Caminaba como si aquello fuera el Paraíso y él, Adán. Incluso Adán era menos desvergonzado y tenía la decencia de taparse con una hoja.

Los primeros días era curioso, más aún cuando llevaba en la mano una toalla, que bien podría usarla para cubrirse y no sólo pasearla. Luego, su desnudo caminar se tornó algo normal, ya hasta pasábamos de él. Sin embargo, un buen día, mientras hacíamos vida en la compañía, se oyó al guardia alumno de servicio (denominado también *cuartelero*) gritar: «Compañía, el coronel, ¡firmes!».

Entonces, todo el mundo, estuviera donde estuviera y haciendo

lo que fuera, debía permanecer firme hasta que el coronel autorizara al cuartelero. Autorizado, y con otro grito, daba la voz de: «¡Continuad!» y cada uno a sus cosas.

Cabe decir que la visita del jefe de la academia no era algo que ocurriese todos los días. Mientras permanecíamos firmes, se oían comentarios bajo cuerda como: «¿Qué hace aquí el coronel?» o «¿no jodas que está aquí el coronel?». Y claro, aquello era algo tan raro como la nieve en Sevilla. Por el contrario, lo que no resultaba tan extraño era ver a nuestro querido y nudista compañero pasearse en pelotas por el pasillo después de una ducha. Aquel día se juntaron el hambre con las ganas de comer.

El jefazo, que había entrado en la compañía flanqueado por un teniente coronel y dos de sus comandantes, mientras escuchaba al cuartelero darle novedades, pudo observar que, firme e inmóvil, había un alumno completamente desnudo a escasos centímetros de los oficiales. El resto de alumnos, aunque firmes, no podíamos evitar poner muecas y dejar escapar alguna carcajada ante tal situación, mientras el despelotado compañero, al que el coronel había mirado furtivamente la entrepierna, seguro daba mil duros por un agujero donde meterse.

Por su parte, el coronel, muy buen oficial y persona a la que era fácil admirar por su educación y buen hacer, quitó hierro al asunto y arrancó la carcajada general diciendo: «Bueno, veo que ya estáis adaptados por completo a la Academia, algunos incluso parece que están en su propia casa», en referencia al *striper*.

Afortunadamente, esta broma sirvió para que todos los que no podíamos seguir aguantando la risa tuviéramos una excusa para poder desahogarnos, mientras nuestro pobre compañero, cabizbajo y muy apurado, pudo continuar hacia su camareta con una mano delante y otra detrás a modo de taparrabos.

Desde entonces, ni que decir tiene por qué hechos era conocido este personaje, si es que no lo conocíamos ya.

Entre risas, recordando anécdotas, charlo con antiguos compañeros de la Academia rememorando la escena. Es significativo como, a partir de ese día, había que llevar un albornoz cada vez que saliéramos de las duchas. Dicen que esta medida la pusieron para que las mujeres de la limpieza no se encontraran a nadie desnudo danzando por la compañía. Pienso más bien que esta orden se dio para que nunca más el coronel y otros oficiales se encontraran de frente a nuestro querido compañero, el por entonces ya bautizado como «el Campana».

Días de fútbol

Como en todo pueblo que se preste, ya sea en el norte o en el sur, también en el este o en el oeste, no existe evento deportivo más importante que un buen partido de fútbol de *regional*. Sí, sí, señores, aquel acontecimiento dominguero que sirve para desquitarse de todo el estrés acumulado durante los sufridos días de labor y que permite comenzar una nueva semana con las pilas bien cargadas.

Y en casi todos ellos, como no iba a ser de otra manera, está la Guardia Civil que, con su sola presencia, a veces, lo único que consigue es acalorar más los ánimos. Qué socorrida es aquella frase de: «Si no estuviesen aquí los *civiles*, te ibas a enterar», con el árbitro como objetivo de tal amenaza.

Pues bien, un domingo cualquiera, en un estadio que no viene al caso, al equipo local no se le ocurre otra cosa que encajar un tanto en el minuto 94 de partido, y claro, que la gente asumiese el resultado era más difícil que abrir un coco a pellizcos.

El árbitro, aunque hizo un buen trabajo, siempre será para el respetable allí presente, y permítanme la expresión, «el hijo de puta del partido». El juez de línea, que tampoco se salva, es, a criterio del enojado público, «el subnormal que siempre pita fuera de juego a los chavales del equipo local». El otro linier, evidentemente, «el retrasado que siempre se come los fuera de juego rivales». Y todo ello conlleva, por supuesto, a la desesperación de los asistentes que, por desgracia para los agentes, acaba en gresca.

Aquel domingo no iba a ser diferente. Ya antes del descanso, un señor, bastante ebrio por cierto, se acercó a la patrulla pidiendo que llamásemos la atención al árbitro pues su actuación era contraria a los intereses del equipo local. «Cálmese, señor, que no es para tanto», fue la frase utilizada por el guardia para la ocasión, dado que el «vete a tomar por saco» se antojaba a priori y sólo a priori, desmesurado.

Así las cosas, tras otros episodios tan estúpidos como el anteriormente narrado, llegó el trágico y ya mencionado desenlace. Gol del equipo visitante en el minuto 94. «Que si fuera de juego, que si falta al portero, que si tendría que haber pitado ya el final...», son los típicos comentarios que siempre preceden a los clásicos: «Vete a la mierda, que eres una *maricona*, capullo, cabrón...» y otros adjetivos calificativos de una elegancia y cortesía análoga. Y como la patrulla se encontraba en el lugar, pues todos a concursar a ver

quién era más gallito, quién amenazaba más, eso sí, sin tener valor de llegar a las manos. Y el borrachín dale que te pego: «Tome los datos al árbitro, deténgale, lléveselo, lo quiero denunciar», porque aquí hasta el más tonto sabe de leyes.

Ante esto, y con el tono más sarcástico y burlesco posible, sólo cabía contestar: «A la orden, señor», «¿ordena alguna otra cosa?», «¿qué quiere que hagamos ahora, beodo señor?», «usted manda que para eso me paga».

¡Anda y vete a tomar por saco! Porque no se imaginan señores lo bien que sentaría esta frase en algunas situaciones y que, por razones evidentes, uno se abstiene de utilizar. Pero qué duda cabe que es muy apropiada, como en esta ocasión, cuando un individuo, despóticamente, hace uso de lo que considera un derecho por pagar sus impuestos y nos da órdenes cuando, y el caso es que se les olvida, las órdenes, si las hay y en beneficio de la seguridad ciudadana, las damos nosotros.

Esto es así, señores, esto es un partido de regional. Pero no se engañen, no sólo el hombre sencillo y de a pie acude a insultar al colegiado del encuentro y a enfrentarse con los agentes de la Benemérita, sino también algún sector de la *gente de bien*. Ésos que durante el partido dejan por un momento sus vidas de ciudadanos ejemplares y escupen por sus «cultas» bocas los famosos improperios anteriormente mencionados para, acabado el partido e insultado a casi media humanidad, abandonar el estadio con sus jerseys atados al cuello y mirando por encima de los hombros como nobles e hidalgos señores.

Lo dicho y ahora que puedo: ¡Anda y vete a tomar por saco!

(*Qué a gusto me he quedado*).

El «pastelito»

Para situación comprometida, la siguiente anécdota que paso a narrar y que le ocurrió a un veterano y almeriense guardia destinado otrora en la Comandancia Móvil de Barcelona.

En la Ciudad Condal, allá por el año 1969, cuando la Guardia Civil aún vigilaba los pueblos y ciudades de Cataluña antes del despliegue de su policía autonómica, un joven agente de la Benemérita que prestaba servicio de vigilancia en la famosa Cárcel Modelo de Barcelona, fue protagonista de una comprometida situación con un desenlace que, desde luego, ni su propio autor hubiera imaginado.

En una de las garitas de la prisión, situada en la parte alta de la tapia que rodeaba el recinto carcelario y que daba a la calle Entenza, el centinela, desde una posición privilegiada, podía observar la concurrida y citada calle y, con un simple movimiento de cabeza, vigilar a los reclusos del penal desde un habitáculo que permitía a su ocupante apreciar, a la sazón, dos ambientes radicalmente distintos.

Por seguridad, al objeto de que ningún preso pudiera sorprenderle, había una puerta situada en la parte baja de la caseta cerrada a cal y canto y que el cabo de la guardia de prevención se encargaba personalmente de abrir y cerrar, quedando también como depositario y custodio de la llave.

Sin embargo, y debido a esta medida de seguridad, el vigía veía reducidos sus movimientos de forma notoria, desarrollando su labor en apenas un par de metros cuadrados.

A media tarde, y probablemente como consecuencia de la soberbia y copiosa fabada que había almorzado, unida a unas condiciones climatológicas desfavorables, con más de 35 grados a la sombra y una humedad que superaba el 80%, se le descompuso el vientre.

¡Menudo papelón que se le venía encima! Sin saber qué hacer, se retorcía intentando evitar lo peor. Puesto que la urgencia era tal que no daba tiempo ni a tocar el timbre de aviso al jefe de la guardia para que abriera la garita, tomó la precipitada pero acertada decisión de sacar un pañuelo blanco de tela que llevaba en el bolsillo para cualquier cosa menos para satisfacer tales exigencias fisiológicas y, no sin dificultad al agacharse, lo colocó cuidadosamente en el suelo a modo de váter improvisado.

Omitiendo lo que ocurrió a continuación y una vez depositada la mercancía en el inutilizado pañuelo, se levantó feliz y contento, aliviado por fin de su infierno estomacal.

Sin embargo, a la función aún le quedaba un segundo acto ya que el *pastelito* aún permanecía en la cabina y reclamaba protagonismo. Además, el calor y la asfixiante humedad contribuían a crear un ambiente más propio de una vaqueriza que de otra cosa. Hábil, y haciendo gala nuevamente de su instinto de supervivencia, hizo un par de nudos en el pañuelo y, aprovechando que no pasaba nadie, lanzó la carga a la calle como si del bombardero *Enola Gay* se tratase.

Cayendo junto a un árbol, la *catanga* quedó depositada en el suelo tan bien envuelta que ni queriendo. Con ello, finalmente, el guardia respiraba tranquilo ante la airosa salida de tal vicisitud. Orgulloso, creyendo que la historia había terminado, ignoraba el comienzo del tercer y último acto.

Al rato, aparecía un hombre mayor que con sigilo se acercaba al envoltorio mirando a todos lados de forma un tanto sospechosa. El guardia, que ya se había vanagloriado unas veinte veces admirando su *obra*, observaba la escena pensando: «¿A dónde va ese hombre? ¿No irá a coger mi regalito?». Pero sus sospechas se tornaron en realidad. El anciano, tras llegar a la altura del pañuelo y mirar a izquierda y derecha, se agachó rápidamente y se hizo con él en un rápido movimiento. El guardia, desconociendo qué pensaría el pobre señor que contendría el pañuelo como para cogerlo del suelo, vio cómo lo tomaba *ipso facto* y cual Gollum en *El señor de los anillos*, escondía su *tesoro* bajo la solapa de su pelliza, corriendo a continuación calle arriba y mirando a todos lados para comprobar que nadie le hubiera visto, descartando así posibles interesados o la improbable aparición del dueño del objeto.

Atónito, el depositador de la deposición no daba crédito a lo que acababa de presenciar. Mientras reflexionaba lo vivido, unos metros más arriba, lejos de su posición pero aún con visión directa, pudo comprobar cómo el señor aminoraba su marcha y, desbordado por la curiosidad, echaba mano al pañuelo abriéndolo lentamente sin imaginar su tórrido y excrementoso contenido.

Tras vigilar de nuevo todos sus flancos, desató el último de los nudos descubriendo tristemente su contenido. De la impresión y el susto que se llevó, lanzó el pañuelo por los aires sin pensar que, atendiendo a la ley de la gravitación universal de sir Isaac Newton, todo lo que sube, baja.

Tapándose con el antebrazo, corrió unos metros para ponerse a salvo de la lluvia de mierda que sobre su cabeza se precipitaba. Sin

embargo, fue alcanzado por la metralla del mortero *mojonero* que él mismo había lanzado.

Malherido, en su orgullo claro está, emprendió una dolorosa y olorosa huida probablemente hacia su casa, de la que, seguro, no saldría en semanas (o eso al menos habría hecho yo si algo similar me hubiese ocurrido).

«La curiosidad mató al gato», pensó el incrédulo agente que, sin quererlo, había comenzado la tarde como protagonista de esta simpática anécdota y la había acabado como testigo privilegiado de la desgracia ajena.

Absurdo problema

En una atípica soleada mañana asturiana, y digo atípica porque por aquellos lares poco sale el sol; mientras prestaba servicio de puertas en el cuartel, se presentó un señor mayor, de unos setenta y cinco años, algo preocupado y solicitando la ayuda profesional que, a su criterio, sólo un guardia civil puede darle. El sujeto exhortaba al agente para que diera fe en un asunto que, desde hacía unos días, andaba preocupándole sobremanera.

A continuación, se dispuso a narrar su inquietud comenzando con la siguiente frase:

—Vengo al cuartel porque el otro día me dolía la barriga —espetó sin más, con una larguísima pausa a continuación.

Yo no salía de mi asombro. Resulta que no sólo servimos al ciudadano en algunos temas administrativos, civiles y mayormente penales, sino que, y por mucho que me pellizcaba para creerlo, nos utilizan como servicio de sanidad. Continué escuchando la historia que este aparentemente senil ciudadano me contaba con la desgracia de que, sin solución de continuidad, no me dejaba claro el porqué de su visita, con una parrafada que ya iba para diez minutos. Por ello, en un momento dado y con toda la educación del mundo, le interrumpí y realicé la siguiente cuestión:

—Bueno, ¿y por qué está entonces usted aquí? Si le duele la barriga, ¿por qué no va al médico?

—Espera un momento que te explique, no seas impaciente —contestó amigablemente.

Por suerte, mi gran capacidad de abstracción ante situaciones absurdas hizo que me evadiera con facilidad de una realidad que, como pueden observar, no había por dónde echarle mano. Además, mi sonrisa en la cara mientras pensaba en esa segunda parte de *El Señor de los Anillos* que iba a ver esa noche por la *tele*, hacía que esta persona siguiera contándome la historia con normalidad, si es que lo que decía era normal. Una quimera digna de Stephen King y que paso a resumir tal y como ocurrió:

—Buenos días, joven, acudo a usted como autoridad (o más bien agente) para comentarle un tema que me turba. Resulta que el otro día fui a una comida de una gente que en realidad no conozco bien. Aún así, me agregué al ágape. Al poco tiempo, me encontré mal y tuve que abandonar la pitanza pues me dolía la barriga, yéndome a mi casa a continuación (todo esto, literal).

—¿Y por qué no fue usted al médico? —dije.

—Espera un momento que te explique —comentó mientras yo resoplaba—. Resulta que me acosté y al día siguiente me levanté en perfecto estado.

Por entonces, mi mente, más desorientada que la del pobre abuelete y sin llegar a saber aún la finalidad de su visita al cuartel, comenzó a pensar en que este ancianito, no muy cuerdo, vendría a denunciar por poner un ejemplo, una especie de intento de envenenamiento por parte de algunos de los comensales, porque… otra cosa no se me ocurría ante tanto absurdo. Sería él mismo quien me sacara de dudas:

—Me levanté en perfectas condiciones y yo no daba crédito, no me lo podía creer, estaba bien, no tenía nada…

—Por lo tanto, usted viene a denunciar que le han intentado envenenar o manipular en alguna medida los alimentos que degustó, ¿no, señor? —contesté, algo cansado.

—No, no, si yo no vengo a denunciar a nadie —dijo tras más de media hora de retahíla—, yo vengo porque tras la comida me dolía la barriga…

—Vamos a ver, señor —interrumpí—. Si usted no viene a denunciar a nadie y me dice que le duele la barriga, pues vaya usted al médico, que lo tiene aquí al lado.

Fue ahí cuando me espetó otra vez: «Espera un momento que te explique, no seas impaciente», reanudando su conversación y yo de regreso a mi mundo interior porque sino…, mal íbamos a acabar.

—A ver, caballero, termine —arengué, ya había sonado alguna vez el teléfono y no había podido atenderlo.

—Mira, en definitiva, lo que yo vengo a explicarle es que, el otro día, en una comida, me dolía la barriga…

—Caballero, resuma, por favor, resuma —supliqué sollozando.

—Mi objetivo es que usted ponga por escrito que yo me fui de la comida porque me dolía la barriga y no porque no quisiese pagar. No quiero que nadie piense que soy un aprovechado —culminó después de un resumen para nada breve.

—Entiendo —respondí con cara de tonto y por decir algo, reflexionando acerca de esta ilógica situación, de cómo era posible que esta persona viniera al cuartel para que se le extendiera un documento oficial que le sirviera para demostrar que él no se había ido de una comida sin pagar, sino porque le dolía la barriga. En un intento de escurrir el bulto, le dije:

—Bueno, y ¿no es mejor que vaya usted a un notario? Más que nada porque si lo que quiere es que se dé fe de una cosa…

— Anda ya, que ésos me cobran —alegó con gracia.

«¡Ay, Dios mío de mi alma!», grité en la intimidad de mi mente,

contestando a continuación para dar fin a tanto surrealismo:

—Por supuesto que sí señor, ahora mismo extiendo un documento que mandaré al presidente del Principado de Asturias y al delegado del Gobierno para el Principado en el que, como usted me indica, quedará demostrado que se marchó de la comida sin pagar por problemas de salud y no por morosidad. Eso si, lo haré cuando usted marche —que vaya mañanita me estaba dando —, esto último sólo lo pensé.

—Gracias, señor guardia, y que tenga usted un buen día —concluyó.

—Adiós y buenos días, caballero —apuntillé.

Poco más puedo añadir a esta historia, salvo la posterior llamada de la señora esposa del preocupado caballero diciendo que no le echáramos cuenta, que no está bien de la cabeza, aunque creo que esa información llegaba algo tarde ya. Su llamada, de agradecer aunque no aportara nada nuevo, intentaba aclarar algo que ya estaba más que esclarecido, y es que la gente nos utiliza también como psicólogos, sin suplemento de sueldo, eso sí.

En cualquier caso, si estos apurados treinta o cuarenta minutos de mi vida sirvieron para que esta persona descansase en paz, o durmiera tranquilo por no hacer un símil tan siniestro, pues mejor. Como dicen muchas veces en esta *empresa*, al ver la cara de satisfacción del abuelete, sentí el placer del deber cumplido.

Miguelito, grande y único

Antes de comenzar esta historia, y puesto que mi objetivo es buscar la sonrisa de aquellos que me lean, he de decir que en contra de lo que suele ser un desenlace cómico en mis anécdotas, esta narración acaba con la muerte del protagonista. Por ello, he de comentar que mi intención no es faltar el respeto a la persona del fallecido, sino contar aquellas anécdotas que le hicieron famoso y recordado por los habitantes de su pueblo, sin más fin que éste. Así pues, pido disculpas antes de comenzar a quien pudiere encontrar este relato como macabro y fuera de lugar, no es la intención desde luego.

Como en todo pueblo que se preste, siempre hay, como mínimo, una persona a la que se le llama «el loco del pueblo», así de crueles somos a veces.

Pero lo cierto es que no hay asentamiento humano en todo el territorio español, y mundial por supuesto, que no cuente con su perturbado oficial. Sin embargo, en el pueblo donde ocurrieron las siguientes anécdotas, al menos durante un tiempo, se dio el caso de que con la muerte del que había hubo un vacío que si bien fue pronto cubierto, difícilmente pudo igualar la herencia dejada por Miguelito. Porque Miguelito era un tipo especial, un loco sin igual, el patriarca sin parangón de entre toda la comunidad de esquizofrénicos de la España del siglo XXI. Los integrantes de la radio argentina La Colifata, ¡gentucilla! al lado de nuestro protagonista. Todo un Rasputín asturiano con talento reconocido y grandes artes exhibicionistas. Me explico:

Miguel era su nombre aunque eso, en realidad, era lo de menos. Llámese Manuel, Antonio, Juan, José o Juan José, el caso es que sus aventuras, o más bien desventuras, serán recordadas por todas aquellas personas que las vivimos.

Loco del pueblo sí pero no se dejen engañar, gozaba de un talento extraordinario. Era algo así como el *Rain Man* español, capaz de realizar hechos tan dispares como la creación de una escopeta, báscula incluida, con un mecanismo completamente artesanal y preparada para disparar, todo ello diseñado por él mismo; o de darse cabezazos contra los árboles porque eran los causantes de las lluvias que le daban esos dolores de cabeza a los que siempre apelaba cuando hacía alguna trastada.

Sin embargo, y aunque esta historia acabaría con su trágico

suicidio, he de citar algunas acciones anteriores a su triste final. Situaciones que convirtieron a este filósofo de lo cotidiano en un tío grande, en un crack del pueblo, capaz de lo mejor y de lo peor como, brevemente, intentaré resumir.

Con cierto pavor, recuerdo el día en que culminó su gran obra maestra, su espectacular escopeta artesanal, su impecable artefacto. Fue un día especialmente complicado para las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad de la zona. Esquizofrénico, con críticos cambios de humor y especial agresividad cuando bebía, este personaje se convertía en un ser muy peligroso. En más de una ocasión hubo que reducirle en el lupanar del pueblo porque agredía a los clientes y a las prostitutas. Pero aquella mañana fue algo más delicada.

Tras recibir una llamada telefónica al cuartel informando de que «Miguelito se había encerrado en el ático de su casa con su madre, teniendo en su poder una escopeta, una ballesta y un fusil de pesca submarina», tuvimos que marchar hacia el lugar sin saber qué nos depararía. Sin embargo, y gracias al apoyo de uno de nuestros compañeros más experimentados, dotado de una inconmensurable capacidad de persuasión, convenció a Miguelito, quien depuso su actitud sin mayor novedad que las quince horas que hicimos guardia en la puerta de su vivienda y algún que otro flechazo que se escapó por la ventana de su casa.

En otra ocasión, y según me cuentan mis propios compañeros, nuestro amigo se presentaba en el cuartel completamente desnudo y con un antifaz cubriendo parte de su rostro. Sí, sí, señores, un antifaz era la única prenda, por llamarla de alguna manera, que cubría el cuerpo de este señor.

El agente de guardia, al abrir la puerta, sin tiempo para preguntarle acerca de su aspecto oyó lo siguiente: «Buenas noches, señor agente, vengo a informarle de una pelea en el puticlub». A la pregunta de por qué venía desnudo, respondió afirmando que él, «mientras me estaba beneficiando a mi meretriz, aconteció una pelea en el local, abandonando acto seguido el lugar a la carrera pues creía que podía ser agredido y temía por mi integridad física», así se expresaba nuestro querido Miguel.

Tras una breve conversación, y previo agradecimiento por parte del agente por haber cumplido con creces su papel de buen ciudadano alertando a la guardia civil de tal suceso, Miguelito marchó por donde había venido más feliz que *McGyver* con un cable, un chicle y una puntilla. En cuanto al guardia, dejando de lado el sorprendente hecho de que viniese sólo ataviado con un antifaz, lo que no le entraba en la cabeza era cómo había venido desde el club en pelotas, estando éste a unos tres kilómetros del

cuartel.

Pero ésta no fue la única aparición de este *stryper* en el acuartelamiento. La segunda la viví con mis propios ojos, y parecía calcada a la anterior.

Estando de puertas, sobre las tres de la madrugada, el que suscribe se percata de que alguien ha accionado el timbre del cuartel. Al acercarme, encuentro a Miguelito que, si bien aún no lo conocía personalmente, pronto lo identifiqué, pues venía desnudo de cintura para abajo. Al abrir la puerta, el *despantalonado* personaje me advertía de que había sido fruto de un «ilícito penal», acercándose al puesto para interponer una «querella criminal» contra un ladrón. Ante la evidente y típica pregunta de por qué venía sin pantalones, afirmó:

—Vengo así porque un individuo no identificado me ha robado el pantalón en el puticlub y quiero que usted, como agente de la ley, vea que realmente ha sido robado y no es mentira.

—¡Pero hombre de Dios, no hace falta que venga así para que yo le crea! —contesté, invitándole a continuación a que fuese a casa a ponerse otra prenda para poder interponer la denuncia.

—Ya lo sé, señor guardia, pero es que en este pueblo dicen que estoy loco y quería que usted viese que realmente me han quitado el pantalón y no es una locura mía —afirmó sin titubeos antes de marcharse del lugar, sin volver a regresar más tarde.

Sin embargo, y aunque era un exhibicionista de renombre en la ciudad, destacaba más bien por atraer la atención de sus conciudadanos amenazando no sólo con armas artesanales, sino también con suicidarse. Ver a Miguelito montado en la cornisa de un edificio era tan normal como la lluvia en tierras asturianas, algo casi trivial. Llamadas del guardia de puertas a la patrulla con frases como: «Otra vez tenéis a Miguel en tal sitio», «chavales, Miguelito está en tal otro sitio» o «que se nos tira Miguelín, acudid a…» estaban a la orden del día. Afortunadamente, hasta el momento, siempre habían sido formas de llamar la atención por parte de nuestro excéntrico personaje cuando quería dinero o alcohol.

A la llegada de la patrulla, se le convencía fácilmente para que no lo hiciera. ¿Cómo? Amenazándole con llamar a su padre. Y es que en este mundo no se le podía tener más miedo a su progenitor como el que le tenía nuestro protagonista a su padre. Con llegar y decirle: «Miguel, baja ahora mismo o llamo a tu padre», bajaba las escaleras más rápido que si se hubiese tirado al vacío.

Pero un día, maldita sea, cumplió su promesa. Esta vez no sólo amenazó con lanzarse al vacío, sino que, además, dijo que no quería ver a la pareja de la Guardia Civil, que se lanzaría desde la azotea

del edificio si acudía al lugar. Dicho y hecho. Nada más ver a la patrulla, apenas dio tiempo a que se emitiera la ya célebre frase de: «Miguelito, que llamo a tu padre», cuando se arrojó desde un cuarto piso impactando de muerte contra el suelo.

Esto supuso su final, pero sus historias aún perduran en la mente de todos sus paisanos. Raro es el día en que no se hable de Miguelito en el pueblo. Sus acciones, hazañas, gestas y anécdotas fueron y son muy recordadas entre los que habían sido sus vecinos, aunque alguno prefiera no recordar otros aspectos de su vida que, aunque ciertos, he intentado evitar señalar como su especial agresividad y lo fácil que sacaba, entre otras cosas y ya me entienden, sus grandes manos a pasear.

Español, preconstitucional y chicharrero

Como ya habrán podido comprobar a lo largo de estos primeros relatos, la calle ofrece a diario a los muchos guardias civiles repartidos por toda España infinidad de situaciones desternillantes, pero…, ¿qué me dicen de los aeropuertos?

Pues exactamente igual.

Miles de personas pasan a diario por los casi cincuenta aeródromos del país. Y como cada uno es de un padre y una madre, nos dejan algunas perlas tan simpáticas como la que paso a narrar.

Pero antes de eso, permítanme esta licencia que me tomo, pues quisiera dedicar la siguiente anécdota a todos y cada uno de los buenos compañeros que he tenido, tengo y tendré de las Islas Afortunadas. Va por vosotros esta graciosa historia que me transmitiera el *novatillo* David, canario, *canarión* y buen compañero donde los haya, quien asistiría en primera persona al hecho que a continuación escribo y que, para variar, sería protagonizada por un ciudadano también oriundo de vuestras maravillosas islas.

De la puerta X, se recibía llamada por parte del personal de pasaje de una de las compañías aéreas —operarios de una empresa de apoyo en tierra que se dedican, entre otras cosas, a picar los billetes en las puertas de embarque— informando que un pasajero, ebrio, se hallaba insultándolos y formando un gran escándalo, siendo el centro de atención del resto de viajeros que caminaban por la terminal. Por ello, y puesto que este tipo de *marrones* nos los *comemos* nosotros, el sargento dispuso el envío de dos agentes para solventar el problema.

Hecha la leva, los dos *afortunados*, con mi colega David a la cabeza, se dirigieron a la puerta de embarque donde pudieron comprobar la presencia de un señor mayor, de unos 60 años, que con grandes problemas para aguantar la verticalidad señalaba con su dedo corazón a los indignados comunicantes del incidente.

Dando prioridad a los agraviados, se dirigieron primero al par de currantes quienes informaron a la *pareja* que el señor, al serle requerida la tarjeta de embarque y el DNI, había comenzado a insultar a uno de los trabajadores, negándose a identificarse y a mostrarle la tarjeta y habiendo contestado ante tal solicitud con un «que te den por culo».

Para contrastar esta información, los guardias se acercaron al alborotador que, al verlos venir, con cara de felicidad y orgullo,

gritó a los cuatro vientos:

—¡Viva la Guardia Civil! Señores agentes, yo soy español de toda la vida, soy de Tenerife, chicharrero, preconstitucional y médico de profesión. En mi casa han comido muchos guardias civiles. ¡Viva la Guardia Civil! Yo hasta la muerte con ustedes.

—De acuerdo, de acuerdo —contestó el también insular agente —, pero, ¿qué es lo que ha pasado aquí? ¿Ha insultado usted a estos señores?

—No, señor guardia, lo que ha pasado es que cuando llegué a la puerta de embarque y ese trabajador me pidió el DNI, le hice una simple broma, una tontería en realidad, pero no le ha sentado bien porque el pobrecito es, además de catalán, más soso que la tortilla de un hospital.

—¿Una broma? —respondió el agraviado agente de pasaje de la empresa—, me ha llamado *maricón*, el muy sinvergüenza.

—Mira, te lo dije antes y te vuelvo a decir. ¡Que te den por culo! —sentenció de nuevo, incomprensiblemente, ante la atenta mirada de los presentes y la llamada de atención hecha por los guardias por su poco caballerosa actitud.

Mientras esta conversación tenía lugar, llegaba al punto el sargento, seguido unos pasos por detrás del cabo, para interesarse por la situación. Al verlos, el individuo se cuadró completamente a la vez que exclamaba firme e inmóvil:

—A la orden, mi sargento. ¡Viva la Guardia Civil!

—Bueno, ¿qué es lo que ha pasado aquí? —dijo el suboficial mirando de reojo al personaje.

Sin embargo, al ver llegar al cabo, nuestro hombre golpeó fuertemente sus tacones y, nuevamente firme, exclamó:

—¡Hostia!, mi teniente, a la orden mi teniente. ¡Viva la Guardia Civil! Yo con la Guardia Civil voy hasta el fin del mundo. Mi teniente, deténgame si quiere, yo soy español, preconstitucional, médico y chicharrero. ¡Viva la Guardia Civil!

—Vale, ¿pero qué puñetas ha pasado aquí? ¿Me lo va a explicar? —dijo de nuevo el sargento un poco harto del tipo.

Entonces, volviendo de nuevo la mirada a *su teniente*, cabo en realidad, contestó:

—Mi teniente, que el trabajador es un poco marica y cuando me pidió la tarjeta de embarque, le dije que le dieran por culo. Fue una broma, pero como es catalán, no la ha comprendido. A los catalanes no le sientan bien estas bromas, yo soy chicharrero, preconstitucional…, —volviendo a recitar sus credenciales.

A todo esto, una azafata del avión requería la presencia de uno de los guardias pues el comandante de la aeronave había decidido que no permitiría la entrada de este señor en su avión, por lo que

finalmente no volaría con esa compañía. Por ello, y para evitar cualquier altercado, el interfecto debía ser trasladado a la zona pública, o lo que es lo mismo, a la calle.

—A ver, caballero, acompáñenos, por favor —dijo el sargento.

—¡Viva la Guardia Civil! ¿Adónde me llevan, agentes? ¿Adónde me lleva, mi teniente? —preguntó extrañado al cabo.

—A otra puerta de embarque que le conducirá a su destino incluso más rápido que este avión —le contestó.

—A la orden, mi teniente. ¡Viva la Guardia Civil! Yo soy chicharrero, español y preconstitucional.

Y a la voz de «¡Viva España y viva la Guardia Civil!», el individuo fue llevado hasta la salida del aeropuerto, gritando a lo largo de todo el recorrido ambas consignas y exclamando a cada uno de los viajeros que se encontraba a su paso:

—Con estos guardias, hasta el fin del mundo que voy, oiga, hasta la muerte si hace falta. ¡Viva la Guardia Civil!

Entonces, al llegar a la salida, y observando que todos los agentes comenzaban a sonreír por lo cómico de la situación, comentó:

—Pero esto no es una puerta de embarque, esto es…, ¡la puta calle! —exclamó dando paso a las carcajadas de los guardias y al descojone también del personajillo.

—Así es, señor —dijo el cabo. Por su parte, sonriendo y dándose la vuelta antes de marcharse, exclamó:

—¡Que Dios les bendiga! ¡Viva la Guardia Civil! Yo con ustedes al fin del mundo, agentes... Me marcho, y antes de que contesten nada, ya me contesto yo solo. ¡Que me den por culo! ¿No? Pues eso, cuídense, señores —dijo, abandonando el lugar y gritando «¡Viva la Guardia Civil! Yo soy español, preconstitucional, médico y chicharrero…», mientras se alejaba.

Lo cierto es que podría habérselo tomado peor, la verdad. Sin embargo, no sólo no se enfadó ni con los operarios, ni azafatas, ni con el comandante de la aeronave, sino que, sonriendo, se marchó del lugar gritando a los cuatro vientos palabras de apoyo a un cuerpo al que admiraba pero que le acababa de acompañar a la puñetera calle —por no repetir sus palabras—, perdiendo el vuelo que iba a tomar.

Parece ser que, al final, al que le dieron por…, saco fue al alegre señor que, desde luego, se lo tomó mucho mejor que el aquella tarde calificado como «afeminado *picabilletes*».

La pseudo-denuncia

La siguiente anécdota aconteció cuando apenas llevaba unos días en mi primer destino dentro de la Guardia Civil. Aquella mañana, prestando uno de mis primeros servicios de puertas y en compañía de dos guardias más, se presentaba un humilde ciudadano que, en un arrebato de civismo y buen hacer, denunciaba un posible caso de pornografía infantil y pederastia.

Asustado y más tembloroso que un testigo falso, el sujeto se dirigía a los guardias presentes muy alarmado debido a que había encontrado en Internet las fotos de una joven desnuda. Hasta ahí todo más o menos bien si no llega a ser porque la criaturita que salía en la foto era, visiblemente, menor de edad.

Impactados por la noticia, decidimos indagar en la información que este caballero proporcionaba. Según contaba, mientras navegaba por la web como buen internauta, descargando archivos, llegó hasta su poder lo que podría ser, a su juicio, un caso de pornografía infantil. Agradecidos por haber acudido a nosotros, continuamos escuchando sus palabras que, cada vez más y más, nos hacía creer que realmente estábamos ante un verdadero caso a investigar.

Sin embargo, el desenlace llegó cuando uno de los agentes presentes preguntó dónde había encontrado concretamente esa fotografía y si había más.

Su respuesta fue inmediata, arguyendo que la había localizado en el conocido programa de descargas *eMule* mientras hacía lo propio con una película francesa cuyo nombre en versión original, venía a ser, traducido al román paladino, algo así como el título de cualquiera de las películas porno del italiano Siffredi. A esto, continuó un comentario del mayor de los guardias que recientemente había pasado a la reserva y al que me veo en la necesidad de describir, si me permiten un receso, brevemente.

Dicho guardia, protagonista ahora y al que dedico la siguiente anécdota, visitaba constantemente el cuartel y parecía que aún se encontraba en el cuadrante y que tenía servicios nombrados, pues el puesto parecía su segundo hogar…, a veces el primero. Entre sus compañeros era famoso, entre otras muchísimas cosas, por sus escasos conocimientos informáticos. Poco más que había que rellenarle la papeleta (informe de servicio) en nuestra base de datos todos los días porque, por ejemplo, para encender el ordenador, en

vez de pulsar el botón de arranque oprimía la pegatina de la marca del PC. Ya saben, esa que pone DELL. Entonces, sentado delante de la pantalla, aguardaba a la iniciación de un programa que, lógicamente, nunca aparecía.

Pues bien, retomando la anécdota, y tras detallar brevemente el denunciante dónde había encontrado la fotografía, nuestro viejo compañero y amigo preguntaba:

—¿*eMule*? ¿Ese programa donde la gente se descarga películas de forma ilegal?

Se hizo el silencio. Por un lado estábamos sus compañeros que no salíamos de nuestro asombro al ver que algo conocía de Internet y no eran tan nulos sus conocimientos del ciberespacio; por otro lado, el denunciante. Una gota fría caía por la frente de este perspicaz delator que, sin mediar palabra y tras mirar a la izquierda y luego a la derecha, salió corriendo despavorido, huyendo, a su parecer, del implacable brazo de la justicia bajo la sombra de ese cantante que tan famoso se ha hecho con las siglas de SGAE y el dichoso canon.

—¡Pero oiga! ¿Por qué corre? Vuelva aquí, que no le va a pasar nada…

Pero ya era tarde. Pensaría, erróneamente por supuesto, que sería denunciado por bajar películas de Internet o algo así y, olvidándose de su sentido del deber, decidió abandonar el lugar tirando por tierra su buena acción del día.

En fin, la próxima vez habrá que tener más cuidado con los comentarios que se hace pues la gente, a menudo, suele ser muy susceptible

¿No creen?

Hay guardias..., y ¡GUARDIAS! «El Caimán»

Con una sonrisa en la cara y con alguna lágrima provocada por la risa, mis antiguos compañeros me contaban las hazañas que había protagonizado el *caimanete* por excelencia del puesto a lo largo de sus más de treinta y cinco años de servicio. Este *caimán*, que no es otro que un guardia por lo general a punto de retirarse y que ya cuenta con muchos años de experiencia y servicio, hacía de todas sus actuaciones una anécdota por su particular forma de afrontarlas y resolverlas.

Este simpático agente, al que conocí personalmente aunque ya en situación de reserva, mientras prestaba un servicio de puertas no hace muchos años, recibió una llamada telefónica en la que se le daba una información que, como era de esperar por los que le conocemos, interpretó a su manera.

Tras una conversación con el comunicante, llegó a la conclusión de que en el puerto de la localidad había un «barco de puros», «un barco lleno de puros», por lo que no le prestó demasiada importancia.

Sin embargo, a continuación, recibió otra llamada esta vez del brigada comandante de puesto que, lejos del centro oficial, había oído la noticia de un barco en su demarcación y quería llamar al cuartel para ver si sabían algo. Su respuesta fue que, efectivamente, había llegado un barco al puerto pero que estaba cargado de puros, que sería de cualquier empresa de tabacos que vendría a la ciudad a descargar. Aliviado, su brigada colgó el teléfono.

Continuando con sus quehaceres y en su más profunda ignorancia de lo que sucedía, el guardia de puertas recibía otra llamada minutos después comprobando que, en esta ocasión, se trataba del alférez de la compañía.

Misma cuestión solventada nuevamente afirmando que había un barco lleno de puros, añadiendo textualmente que sería «cualquier boda a la que le traen puros o yo que sé...» Aliviado también, el oficial colgó su teléfono.

Ni las sirenas de los bomberos al pasar cerca del cuartel, ni las llamadas de sus superiores preguntando por un barco, ni la posterior llamada de un ciudadano alertando acerca de un barco hicieron que este *caimán* se percatara de la situación. Aunque poco se puede hacer cuando entiendes que hay un barco lleno de puros

en vez de, como realmente le comunicaron, un «barco en apuros».

Afortunadamente, la cosa no pasó a mayores y la embarcación pudo ser socorrida tanto por los bomberos como por la patrulla que, casualmente, pasaba por la zona y divisó la escena.

Lo curioso de todo fue que la pareja presente en el lugar, al llamar al puesto y hablar con el gran guardia de puertas acerca del barco al que habían estado prestando auxilio, éste aún se mantenía en sus trece indicándoles que estaban equivocados, que no era un barco que necesitase apoyo, sino que simplemente estaba cargado de puros. «Traedme un par de ellos», llegó incluso a afirmar.

Poco más insistieron sus compañeros conocedores de que no le convencerían por mucho que se lo explicasen, que no hallarían solución.

En otra ocasión, me contaba otro de sus colegas de patrulla, en un apostadero delante de un objetivo estratégico, una presa concretamente, el guardia objeto de esta historia se quedó dormido. La situación era la siguiente: el vehículo oficial estaba aparcado en la parte izquierda de la calzada y fuera de la vía, junto a un cruce, al lado de una señal de STOP. Después de más de cuarenta y cinco minutos detenidos y tras haber escuchado algunos ronquidos, el compañero observó cómo nuestro homenajeado abría lentamente sus ojos, miraba por el cristal de la ventanilla que tenía a su derecha y, tras una breve reflexión, se volvía hacia su compañero indicándole también con gestos: «Por aquí le puedes dar, que no viene nadie».

«No me lo podía creer», afirmaba a la vez que reía su *compi* de patrulla. «Después de más de cuarenta minutos parados y roncando como un condenado, me dice que por mi derecha no viene nadie, que podía proseguir».

En fin, otra más de nuestro agasajado personaje.

Sin embargo, el hecho que más recuerdan sus compañeros fue aquél en el que se quedó encerrado en un establecimiento, verán.

De paisano y algo cansado después de un turno de tarde, nuestro *caimán* decidió irse a un conocido restaurante de la localidad a tomar un refrigerio después de un día ajetreado de servicio. Como conocía al propietario, solía moverse por las distintas estancias del bar como si fuera el propio dueño; incluso llegaba a servirse él mismo.

El caso es que llegó la hora de cerrar y, sin encontrar aún explicación, el empresario, desconociendo que su amigo se encontraba en el interior, echó el candado a su negocio y se marchó a casa.

A la media hora, la patrulla de la noche recibía una llamada del COS (central operativa de servicios, lo que viene a ser nuestra centralita) alertando de una alarma que había saltado en un bar de la demarcación, por lo que debían acercarse al lugar para comprobar tal hecho. Pero no sólo serían sus propios compañeros los que asistirían, el capitán de la Compañía, que andaba muy cerca, decidía ir a vigilar y entrevistarse con la patrulla y, de camino, echar un vistazo a esa alarma ajenos al causante de la misma.

Cuando el dueño abrió la puerta del establecimiento, el resto se lo pueden imaginar. Allí estaba nuestro amigo, perfectamente reconocido tanto por la patrulla como, por desgracia para él, por el capitán. Por suerte, el oficial, que conocía bien las excentricidades del agente, apenas le dio importancia al asunto quedando en una más de la larga lista de anécdotas que caracterizan a nuestro *caimán* y que alegremente recuerdan todos los miembros de su cuartel.

Pensé que se había ido la luz, manifestaba a la salida, *como nadie contestaba a mis voces y como no tengo teléfono móvil, no pude llamar al dueño*, se excusaba ante la sonrisa de los presentes.

Y podría contar muchas más anécdotas con nuestro *caimanete* como protagonista, pero considero que sería una redundancia. Por ello, a buen criterio, creo que lo expuesto es suficiente para que mis lectores se hagan una idea del extraordinario personaje que durante muchísimos años prestó un singular servicio para la Guardia Civil con innumerables situaciones jocosas y multitud de anécdotas que, ahora desde la reserva, puede contar a sus afortunados nietos.

Fuerte abrazo, compañero.

El día más largo

Una de las anécdotas más extrañas y desconcertantes que me ha tocado vivir de uniforme fue aquella en la que encontramos a un señor perdido en el monte y totalmente desorientado.

Tras recibir llamada de la *central*, nos dirigimos a una pista forestal cercana al pueblo en busca de una persona que, al parecer, yacía en el suelo.

Todos pensarán, pues nada, una persona con varias copas de más que no se tiene ni en pie (al menos, eso es lo que yo pensé cuando localizamos y vimos el estado en el que se encontraba este señor).

La imagen era desoladora: un señor, de unos cuarenta y cinco años de edad que apenas podía mantener el equilibrio. De hecho y fruto de sus camballadas, se encontraba completamente lleno de barro de las idas y venidas al suelo. En las proximidades estaba su vehículo que, cómo no iba a ser de otra manera, había quedado atrapado en el lodo tras un pequeño accidente.

Nos entrevistamos con este señor y comprobamos que, efectivamente, estaba completamente mareado, aunque no borracho, cosa que dedujimos tanto por sus manifestaciones como por la cantidad de envoltorios de medicamentos que había sobre el asiento delantero del coche. Serían las once de la mañana cuando le preguntamos:

—¿Qué hace usted aquí, caballero? ¿Cómo ha llegado hasta este lugar?

—Pues nada, dando un paseo después de almorzar —respondió a duras penas mientras lo sujetábamos y sentábamos en su automóvil.

—¿Almorzar a las once? Pero…, ¿no trabaja usted, señor? —volvimos a preguntar.

—Claro que sí, pero hoy es domingo —respondió confiado.

Ambos guardias nos miramos asombrados. Mi reloj marcaba las once y cinco de la mañana de un despejado lunes cuando este señor acababa de decir que era domingo.

—Pero, vamos a ver, señor, ¿a qué hora salió usted de casa?

—Pues hace un par de horas, después de comer, sobre las 3 de la tarde.

No sé si era por las contestaciones del individuo o por el contexto tan surrealista, pero aquello ya rayaba lo absurdo. Ahora dudábamos si el desorientado era él o éramos nosotros. Además, la

densa arboleda que nos rodeaba, en conjunción con una maleza abundante y de tonos grisáceos, convertía el paraje en algo casi mágico, con tintes terroríficos aportados por esas lechuzas que chirrían su cántico mientras una pequeña niebla a baja altura casi cubría nuestros pies, en contraste con un espléndido día de sol y nubes blancas. Todo esto daba como resultado uno de los momentos más extraños que haya vivido a lo largo de mi, por entonces, corta carrera profesional.

—Caballero, ¡hoy es lunes!, no domingo. Y son las once de la mañana, no las cinco de la tarde.

Atónito y sin emitir palabra, amén de un leve balbuceo que denotaba su turbación y azoramiento, agachó la cabeza en señal de rendición, siendo trasladado a continuación en nuestro vehículo oficial hasta el hospital de la comarca para ser puesto a disposición de las autoridades sanitarias.

Qué situación más extraña. Incluso he de reconocer que me vi tentado a mirar mi reloj para ver la hora porque el señor estaba tan convencido que casi hacía dudar.

En fin, ya lo saben, no hay que llamarse *Mulder*, ni dedicarse a clasificar expedientes para encontrarse con situaciones que, por su estrafalario e irrisorio desarrollo, puedan poner a prueba nuestros intelectos y, por qué no, hacernos dudar de la realidad.

Desde luego, tras una situación así, sería capaz de reírme de muchos guiones de cine de misterio y terror, porque lo que aquel día vivimos, sin vacilación alguna, supera a la ficción.

Páter Putatibus

Fría y poco usual noche de verano la que me tocó vivir junto a un gran compañero y amigo de correrías.

Poco distaba de la una de la mañana cuando, patrullando por una carretera secundaria, nos colocamos detrás de un vehículo que, por su forma de circular, resultaba sospechoso. Que si a treinta kilómetros por hora, que si setenta, que si vuelta a los treinta, ahora veinte; ahora se metía por un camino, de nuevo a la carretera, de nuevo al camino y otra vez a la carretera.

Decidimos darle el alto para identificar a su ocupante pues podría estar perdido, nervioso o con una *papa* como un mulo (lo que viene a ser ebrio). Sin embargo, no se daba por aludido cuando hicimos uso de las señales prioritarias hasta que, finalmente, unos quinientos metros más adelante, se detuvo. Desde unos veinte metros del coche oficial, el conductor bajó de su vehículo y se dirigió raudo hacia la patrulla.

Pronto se identificó, afirmando ser el párroco de una localidad de la demarcación aunque sita a unos treinta kilómetros del lugar en que fue interceptado. Muy nervioso, el *páter* hablaba dejando entrever una necesidad imperiosa de que no nos acercáramos a su vehículo, intentando distraer nuestra atención.

En parte por el deber y también, no lo voy a negar, por la curiosidad y el morbo, me hice el *sueco* (por no decir el sordo) y me acerqué al coche para ver qué podría preocupar al cura. Dos metros antes de llegar, y a pesar de ser noche cerrada, observé un cabello femenino en el asiento delantero derecho del automóvil. Alumbré con mi linterna y pude comprobar cómo el haz de luz dilataba las pupilas de una joven señorita, atractiva, emperifollada, liviana de ropa y con un gran deseo de esconderse a la acción del guardia.

Acto seguido, solicité su documentación mientras volvía a oír al cura detrás de mí que, con su acento sudamericano, me realizaba una pregunta probablemente para atraer y volver a distraer mi atención. De hecho lo consiguió aunque, minutos después, volvía a solicitar el NIE a su acompañante, también de origen sudamericano.

Y he aquí la situación, un cura que circulaba con su vehículo a la una de la mañana, acompañado de una sugerente joven y muy lejos de la parroquia, circunstancias que no podía dejar pasar, por lo que me dispuse a meter, coloquialmente hablando, un poco la

pata.

Comenzó entonces una conversación entre el ministro de Dios y el que suscribe que hizo llorar de risa a mi apurado compañero que, más de una vez, tuvo que simular una repentina tos para no llamar la atención del más que avergonzado eclesiástico.

—Bueno, padre, ¿qué le trae por estas tierras dejadas de la mano de Dios? ¿Anda descarriado? —pregunté sarcásticamente.

—Pues algo sí, andaba buscando la carretera principal —contestó.

—Veo que va acompañado de una señorita. Evidentemente, no le preguntaré si es hija suya, menuda ordinariez por mi parte, más aún sabiendo que usted tiene un voto de castidad que seguro sigue a rajatabla, ¿no es cierto, padre?

—Sí, sí —contestó tan rápido como nervioso.

—Pero ¿se trata de algún familiar?

—No, no, verás, es que como ambos compartimos nacionalidad, pues nos ponemos en contacto por eso, por afinidad.

—*Claaaaro*, pero… ¿no está usted un poco lejos de su parroquia, padre?

Al oírme llamar «padre» al clérigo en varias ocasiones, mi compañero comenzó, como ya dije, a simular un pequeño catarro con unos carraspeos que le daban poca credibilidad.

—Ya, es que he venido a recoger a esta señorita que acaba de salir de trabajar de un bar cercano.

—¿Le puedo preguntar en qué trabaja esta señorita? —incidí.

—En el sector terciario, oficial —contestó.

—O lo que es lo mismo, en el sector servicios, ¿no, padre? —respondí a la gallega, preguntando.

—Sí, oficial, es camarera —concluyó.

No quisimos especular más acerca del trabajo de la señorita aunque, como el lector no conoce la zona, he de recordar que cerca estaba el puticlub del pueblo —el mismo al que asistía Miguelito—, sin querer entrar en más detalles, prejuzgar al cura, ni llegar a ninguna conclusión. Aún así, estimé necesario aportar este dato a mi relato para un mejor conocimiento de la situación.

Tras esta breve aclaración, y siguiendo con la anécdota, me dispuse a solicitar nuevamente la documentación a la muchacha observando que su permiso de residencia, expedido por motivos de trabajo, estaba a punto de caducar. En el dorso del mismo había un breve texto que decía: «Autorización para realizar trabajos de carácter temporal». Acto seguido, inocentemente, lo juro; le hice una pregunta a la señorita que fue más comprometida de lo que pretendía, sin mala intención por mi parte, pero…

—Veo que según su documentación realiza usted trabajitos

temporales, ¿no, señorita?

Debido a la interpretación de mis palabras, un interminable y tenso silencio invadió el ambiente y a las cuatro personas que se encontraban en el lugar, sólo roto a raíz de la expectoración disimulada de mi compañero que ya casi arrancaba a llorar de la risa. Ni que decir tiene que la pregunta no obtuvo respuesta.

Comprendimos pues que ya habíamos puesto demasiado en compromiso al párroco y a su acompañante, por lo que decidimos que la identificación había culminado, pudiendo la espiritual y poco ortodoxa pareja continuar su camino.

Y dando las gracias al señor…, agente, el cura se dirigió de nuevo a los guardias de la siguiente manera:

—Gracias, y perdonen las molestias, oficiales.

—Molestias ninguna, padre, gracias a usted —respondimos educadamente.

—Hubiese parado antes, pero como no vimos las luces policiales, pensamos que simplemente era un coche que nos perseguía, pero bueno, hemos podido comprobar la eficacia de la policía de este país.

—Hacemos lo que podemos, señor —respondió mi compañero, a lo que el cura añadió:

—No, no, se lo digo en serio. Cogimos un camino y allí que venían ustedes, después tirábamos para otro sitio y nuevamente aparecían, intentaba darles esquinazo desconociendo quiénes eran, y nuevamente estaban detrás de mi vehículo, siempre presentes, ¿cómo lo hacéis? ¡Estáis en todos lados!

Ante esto, sólo pude responder como me enseñaron en la iglesia en esas homilías domingueras a las que mi madre me hacía acudir bajo la recompensa y/o soborno de cinco de los antiguos duros:

—Padre, los caminos del Señor son inescrutables.

Ipso facto, el cura, desempeñando su ecuménica labor, respondió:

—Amén.

Y con esto se daba por finalizada una de las anécdotas más simpáticas que he vivido hasta el momento en la Guardia Civil, por no decir la más graciosa de todas. Un cura, una carretera secundaria muy lejos de su parroquia, una joven de dudosa profesión y la una de la mañana fueron los perfectos condimentos para su elaboración. Un guardia con más guasa que otra cosa hicieron el resto.

Debo añadir que, en referencia al señor cura, circulaba desde hacía un tiempo el rumor de que andaba con señoritas, pero que nadie lo había sorprendido nunca. «Tuvimos que ser nosotros los que nos lo encontráramos», afirmaba sonriendo mi compañero de patrulla días después, a lo que añadía: «¡Qué mal rato me hiciste

pasar, sevillano, es que no puedo contigo!» claudicaba recordando el encontronazo con nuestro querido y díscolo cura.

Ying yang

De todas las cosas que hacemos en la Guardia Civil, a mi más humilde criterio, lo que más detesto es lidiar en la puerta de una discoteca a las tantas de la mañana con aquellos «señores» que, por culpa de un par de copas mal tomadas, se caracterizan por ser algo necios y maleducados, por no decir otra cosa peor de aquellos personajillos que no saben beber y que, por mucho que dialogues, no atienden a razones y te toman por el pito del sereno, insultando y menospreciando a todo ser viviente. Me refiero, claro, a esa parte de la juventud que desfasa un poquito, a los futuros presidentes del gobierno como irónicamente diría un profesor de facultad famoso en tierras hispalenses.

Bueno, también los hay no tan jóvenes, que quede claro.

Sin embargo, las puertas de un pésimo *antro* o discoteca *after* como se hacía llamar, fueron testigo de unos hechos que, por su sorprendente evolución, creo merecedores de ser puestos en conocimiento de mis lectores para así tirar por tierra algunos mitos y prejuicios que tenemos en nuestra sociedad para según qué personas y, de paso, arrancarles una sonrisa.

Lo dicho, he aquí la situación: una deplorable discoteca que abría hasta pasadas las ocho o nueve de la mañana y que siempre era lugar de concentración de todos los chiquillos del pueblo que acudían a tomarse la antepenúltima copa y, causa-efecto, a pelearse con otros de su «especie». Craso error de la patrulla que transitaba por las inmediaciones del citado local para que, a petición del Excelentísimo Señor alcalde de turno, no hubiera alteraciones del orden ni escándalos y así el edil pudiera descansar pues vivía cerca. Al pasar por la puerta, casi como una costumbre implantada en estos lugares de ocio y a esas horas, alguien caballeaba hacia la patrulla alertando de algún altercado.

Se veía venir. Concentración de personas a las ocho de la mañana después de una noche de marcha. Vasos por aquí y vasos por allá, gente tirada por los suelos, alguno vomitando..., en definitiva, un ejemplo de la sociedad en la que vivimos, más aún, cuando la mayor parte de las personas que allí se encontraban provenían de una boda (es curioso que casi todas las bodas de la comarca acababan en dicho establecimiento).

Unos quince jóvenes, intachable estereotipo de caballeros vestidos de chaqueta para la ocasión, que, sin embargo, se

revolcaban, llenos de mugre, borrachos perdidos y empujándose unos a otros. Eso sí, empujándose como señores, que conste.

Y cuando llegaba la patrulla, como son unos señores, o al menos eso se deduce de esta mencionada y estereotipada sociedad, comenzaban a increpar a los guardias que, a diferencia de ellos, apenas habían dormido unas cuantas horas para madrugar y, encima, aguantarlos a ellos.

Que si tal me ha empujado, que si cual me ha quitado la cartera, que si la joven princesita perfectamente vestida y ataviada para la ocasión resulta que necesitaba una ambulancia por rozar el coma etílico amén de una buena ducha y ropa limpia; que si *fulanito* quiso ser guardia, que si *menganito* es sobrino de un teniente coronel, que yo te pago el sueldo…, en fin, será que no pagamos impuestos los policías.

Pues bien, un día en concreto, uno de tantos la verdad, mientras pasábamos por la puerta de la citada discoteca para agradar al jefe del consistorio, nos encontramos, como era habitual en el lugar, a un montón de jóvenes que, muchas horas después de finalizada una boda, se hallaban tomando una copita.

Hasta aquí, lo que todos ya sabíamos. De pronto y no creo que fuera fruto de la casualidad, uno de ellos se acercaba a la patrulla. Su bonita camisa naranja, caracterizada por la presencia de numerosos lamparones, manchas y, sobre todo, la falta de una de las mangas y el abroche de sólo dos botones venía a conjunto con un precioso pantalón, en origen blanco, cuyo color en este momento prefiero eludir. Supongo que dicho vestuario sería coronado con una hermosa chaqueta, aunque digo supongo porque dicha prenda se hallaba en paradero desconocido. Este «moderno y ebrio señor» nos alertaba de una pelea entre varios jóvenes, todos «elegantes señores», por unos motivos que, la verdad, daban igual. Tras un buen rato lidiando con estos poco diplomáticos personajillos y algún empujón que otro, finalmente, cada uno se marcharía a su casa no sin antes haber insultado a la fuerza actuante, es decir, a nosotros.

Y hasta aquí, el *ying*, pues ahora viene la cruz, o más bien la cara de la moneda. De nuevo nos ponemos en situación: dos borrachos en la puerta de la discoteca. Dos individuos de esos que se les conoce en el argot de la calle como *drogatas* o *yonkis*. Esas criaturitas caracterizadas por ir mal vestidas, con ropa ajustada y sucia que, a diferencia de los *gentlemen* de antes, nunca estuvo limpia. Alcohol a mansalva y una discutible verticalidad sostenida gracias al poyete que había en el lugar y que servía de pilar maestro de estos dos escuálidos individuos que debo decir, no guardaban relación entre sí. De hecho, espalda con espalda y ni una palabra en

todo el rato, demostraba que esta simétrica pareja no se conocía en absoluto. Como prueba, lo que sucedió a continuación:

Uno de ellos, llamémosle sujeto A, decidió desplazarse con tan mala fortuna que tropezó con el sujeto B, dejándole caer la bebida al suelo. Y puesto que ya sabíamos que no venían juntos ni tenían relación alguna, nos esperamos lo peor.

Aún no habíamos soltado la *defensa* (o porra) del conflicto anterior cuando, viendo el percal, supusimos que las volveríamos a necesitar. Pero nada más lejos de la realidad. La conversación que mantuvieron estos dos, a priori, maleducados, hubiese servido de ejemplo para los llamados educados por la sociedad.

—Usted perdone, caballero —se disculpó uno de los dos individuos ante el asombro de mi compañero y el mío propio, pues esperábamos un par de navajazos por tal afrenta.

—No es ninguna molestia —respondió sonrisa en ristre.

—Perdone mi torpeza, no sé cómo ha podido ocurrir —. Dicho esto, esbocé una leve carcajada ante la evidente explicación del tropezón.

—Nada, nada, está usted completamente disculpado —contestó.

—Estoy abochornado —dijo aunque, evidentemente, le costó bastante articular esa palabra—. Permítame resarcirme del error suplicándole me acompañe a tomar una copa a mi salud y bajo cuenta mía —soltó mientras mi boca se abría en señal de incredulidad.

—No es necesario, amigo, no es necesario —volvió a responder.

—Insisto —rogó.

—De acuerdo, pero acepto su invitación no por el accidente, sino por su amabilidad —sentenció.

Dicho esto, ambos entraron agarrados por los hombros dándose estabilidad mutua y, sobre todo, dando una completa clase de civismo y ciudadanía a los jóvenes presentes que, a tenor de lo que pude ver, creo que poco aprendieron de estos dos *quinquis* que lejos de pelearse por los efectos del alcohol, fue este mismo el que los unió.

En cuanto a nosotros, una vez asimiladas las palabras que habíamos oído, cerradas ambas bocas y restregados los ojos del asombro, marchamos del lugar pues, evidentemente, sobrábamos ante tal sorprendente desarrollo de acontecimientos.

Mi primera inspección ocular

Mi paisano Juan, excelente persona y bético hasta la médula, sería quien me contara otra curiosa anécdota que le ocurriera personalmente cuando apenas llevaba unos días en su primer destino como guardia alumno. Dicho relato, como veremos a continuación, tuvo también como protagonista principal a uno de los *caimanes* que trabajaba en su cuartel.

Juntos, *caimán* y aprendiz, mientras patrullaban por las tierras sevillanas de su demarcación, se les comunicaba por transmisiones la necesidad de acudir a una parcela donde presuntamente se había producido un robo. Tras dar el «recibido» a la central, se dirigieron al lugar para ver qué había ocurrido.

«Lo más seguro es que haya que hacer una inspección ocular del robo», comentó el *caimán*. Juan, a sabiendas de que asistiría a la que sería su primera diligencia de este tipo, se encontraba muy ilusionado a la vez que nervioso.

Ya en la parcela, mientras el joven agente revivía mentalmente algunos capítulos de la famosa serie norteamericana *C.S.I.* para poder estar a la altura y dar la talla en su bautismo de fuego, observaron en la cancela de entrada de un pequeño terreno que también contaba con un coqueto caserío, a unas cuatro personas muy enfadadas por lo ocurrido y casi pidiendo explicaciones a los guardias por lo sucedido. Parecía que los agentes eran los culpables. Por su parte, el *caimán*, al verlos, afirmó: «Vaya telita, otra vez esta gente». Juan, extrañado, preguntó acerca de quiénes eran estos señores pero no obtuvo respuesta.

Por suerte, su experimentado compañero pronto tomó las riendas de la situación y supo lidiar con estos ciudadanos. Directamente, desde que se bajó del coche, comenzó a explicarles que no se preocupasen por lo sucedido, pues se tomarían huellas y se recogería cualquier vestigio que pudiera inculpar a los causantes del robo. Las víctimas, algo más calmadas, les dejaron entonces trabajar.

Tras salvar este primer envite, se pusieron manos a la obra. El *caimán* se dirigió a su novato compañero advirtiéndole que no pisara ni tocara nada sin su permiso y que se pusiera detrás de él. Juan, advertido, hacía sólo lo que le decía su *Grissom* particular teniendo muchísimo cuidado de no destruir involuntariamente ninguna prueba. Así, ambos guardias, guantes de látex en mano y

bien metidos en el papel, se dedicaron a recorrer la parcela en busca de pruebas. Juanito, temeroso, pisaba sobre las huellas que había dejado su compañero para no meter, nunca mejor dicho, la pata. En cuanto al *caimán*, tomaba fotografías de la escena del robo con su teléfono móvil mientras daba órdenes a su compañero tales como:

—¿Ves ese candado roto?, cógelo… Coge esa piedra grande, que creo que es la que se usó para romper el cristal… Coge ese trozo de tela roto…

—De acuerdo —respondía Juan a cada una de las preguntas mientras metía cuidadosamente las pruebas en una bolsa de papel cedida por el equipo de Policía Judicial.

Concluida la inspección ocular, el veterano agente se dirigió a los dueños de la finca indicándoles que las pruebas serían enviadas para su análisis al Servicio de Criminalística de la Guardia Civil, iniciándose a continuación una investigación por lo ocurrido. Hecho esto, los agentes se dirigieron al coche de patrulla para abandonar el lugar no sin antes escuchar alguna tontería de los denunciantes.

Juan, ya montado en el vehículo oficial y contentísimo por haber asistido a su primera y muy meticulosa inspección ocular, emprendió el camino hacia el cuartel con su experimentado maestro que, apenas unos quinientos metros después de iniciar la marcha, espetando una casi ininteligible frase tal que «¡Anda y a tomar por culo!», cogió la bolsa en la que estaban todas las pruebas y que Juan custodiaba con muchísimo cuidado y la tiró por la ventanilla del coche diciendo «¡Anda hombre, tanta tontería ni mierda…!», cayendo ésta en la cuneta del camino por el que circulaba la patrulla y desparramándose todas las pruebas en un radio de 10 o 15 metros.

Totalmente sorprendido por los acontecimientos, Juan optó mejor por no decir nada. Sería su compañero quien le sacara de dudas instantes después.

Parece ser que dicha familia ya había denunciado haber sufrido robos en otras ocasiones, tanto en la parcela que los guardias habían visitado como en otras posesiones que tenían repartidas por la demarcación, siendo todas denuncias extrañas, dudosas y, algunas, aparentemente falsas. Entonces, el *caimán*, recurriendo a una batería de preguntas, explicó a Juan lo acaecido en aquel lugar.

—¿No te has dado cuenta de que no era gente corriente?, ¿que lo único que han hecho es culparnos a nosotros desde que llegamos al lugar? —interrogó el *caimán*.

—Ya, ni que hubiéramos robado nosotros —contestó su pupilo, aún patidifuso.

—Además, ¿no te has dado cuenta de que el candado que te

mandé recoger había sido roto probablemente con las tenazas que había justo al lado y que el dueño de la finca corrió a quitarlas de en medio antes de que llegaras? —preguntó, demostrando grandes dotes investigativas.

—Así es, me di cuenta aunque no le di la importancia que tenía —asentó Juan, recordando al dueño de la finca llevarse furtivamente el instrumento con el que, con toda seguridad, se habría cortado el candado.

—¿Y no te acuerdas cuando te dije que cogieras la piedra con la que habían roto el cristal de la casa? ¿Acaso no fue el dueño quien nos dijo que esa piedra había sido usada para romper el cristal? ¿Ya sabía él que la piedra era el objeto utilizado?

—Muy cierto —contestó su colega.

—Es más, ¿es posible que alguien rompa un cristal con una piedra y tanto la piedra como los cristales aparezcan fuera de la casa en vez de dentro? ¿Quién entra en una casa y rompe un cristal de dentro hacia afuera?

—Vale, vale, no me digas más, entiendo —culminó Juan consciente de que se le había escapado por inexperiencia lo mejor y más importante de la actuación.

—Pues te voy a decir más, si llego a saber que era esta gente, ¡es que ni vengo, vamos!

—Ya, ahora lo comprendo todo —respondió el joven guardia, reconociendo haber sido engañado por los denunciantes y no haberse dado cuenta de las cosas que, con gran perspicacia, había visto su compañero.

Dicho esto, ambos volvieron al cuartel habiendo llegado a la misma conclusión: «Hay cosas que a los jóvenes y crédulos guardias no nos enseñan en la Academia. Será la experiencia y los años los que nos preparen para todo lo que vaya surgiendo». He aquí un ejemplo.

Por su parte, el alumno, habiendo caído en la cuenta de su error, comprendió con este hecho el largo camino que aún le quedaba por recorrer y las muchas cosas que le restan por aprender.

En fin, una experiencia más vivida y una anécdota más para contar.

Esperpento vial

Rocambolesca situación la que tuve la oportunidad de vivir en la conocida carretera N-634 por su discurrir asturiano, en lo que se denomina un punto de identificación preventiva de personas y vehículos o, lo que es lo mismo, el *control* de la Guardia Civil de toda la vida.

Aquella noche, como tantas otras, nos dirigimos a uno de los citados puntos que teníamos anotados en la papeleta de servicio para realizar la labor descrita. Sin embargo, la cerrada y fría noche de aquel gélido invierno hacía poco propicia tanto nuestra faena como la aparición de turismo alguno. Creo que rondaba el grado bajo cero en aquella madrugada de martes y ni un alma en la calle, cosa lógica y normal.

Aún así, a lo lejos, divisamos cómo un automóvil se dirigía hacia nuestra ubicación. La buena visibilidad de la recta hacía posible que desempeñáramos nuestro trabajo con seguridad. Entonces, mi compañero se dispuso a dar el alto al coche mientras yo, guardia civil y a la vez alumno recién salidito del horno, cogía las transmisiones para una eventual solicitud de datos. Con acierto, me coloqué en una situación estratégica para dar seguridad a mi compañero y, sobre todo, para aprender de la experiencia del jefe de patrulla:

—Buenas noches, caballero, ¿podría ver su carné de conducir? —interrogó mi compañero.

—Sí, señor agente, cómo no —respondió sin vacilación alguna el conductor.

Desde mi posición pude ver que, además del conductor, un joven de unos 25 años de edad, había un señor de mediana edad, unos 45 o 50 años diría yo. Al acercarme a mirar linterna en mano, observé cómo este individuo se asustaba, pues se hallaba durmiendo y le había sorprendido nuestra presencia. Quién sabe, a lo mejor, más que sorprendido, se vio impresionado por cómo era posible que hubiera gente en la calle trabajando con la helada que estaba cayendo.

No obstante, pronto bajó la ventanilla y, con tono paternal, me preguntó:

—Vaya nochecita para estar trabajando, ¿no, hijo?

—Qué razón lleva, caballero —respondí.

Acto seguido, se dirigió al conductor en estos términos:

—Nene, haz rápidamente lo que te digan estos hombres y no te entretengas, que hace mucho frío para que los tengas ahí de pie esperando.

Menuda muestra de amabilidad y, también decirlo, compasión para con nosotros, pues la verdad es que hacía mucho frío, muchísimo más del que una persona del sur como yo podía aguantar; no en vano, aquel año mis pies se congelaron en noviembre y no recuperaron su temperatura hasta marzo del año siguiente, literal.

Aún así, a pie de carretera, *muertecito* de frío pero aguantando como un campeón, todavía me dio tiempo para darme cuenta de que dicho amable ciudadano «trastabilleaba» un poco a la hora de expresarse, como si fuera bastante pasado de copas. No obstante, ese hecho pasaba de momento a un segundo plano…, aunque no por mucho tiempo.

Mientras tanto, oí a mi compañero preguntarle al conductor si no encontraba el carné de conducir. Es entonces cuando comprendí la frase que este ciudadano hacía al conductor del vehículo metiéndole prisa, ya que no encontraba su permiso de conducir y nosotros seguíamos pasando más frío que en un iglú con ventanas.

Aburrido, y viendo que la cosa iba para largo, observé que algo brillaba en la parte de atrás, justo encima de las alfombrillas para los pies de los asientos posteriores, por lo que me puse a investigar.

—Caballero ¿qué lleva detrás de su asiento? —pregunté.

—Ah, eso…, sí…, son un par de cervecillas a las que acabo de dar salida —respondió de forma entrecortada pero sin titubeos, con cierta gracia incluso.

Sin embargo, y antes de que volviera a preguntarle algo, se dirigió a mí diciéndome:

—Abre tú la puerta y mira cuanto quieras, hijo, que yo ya tengo una edad…

Hice lo que me dijo, pues si le llego a indicar que abriera él mismo, capaz era de caerse a la cuneta. Retrocediendo, abrí la citada puerta en busca de ese par de latas de cerveza a las que se había referido cuando, cual fue mi sorpresa, allí habría más de quince latas, y no es exageración, quince unidades, vacías por supuesto, que a treinta y tres centilitros cada una…, pues hagan un cálculo.

—Es que el camino es muy largo y uno tiene que hidratarse, hijo —volvió a contestarme sin que yo preguntase nada.

Muy sorprendido y, en parte, un poco asombrado por la capacidad «escancio-bebedora» de este poco abstemio personaje, cerré la puerta y dejé de buscar, no fuera que descubriera botellas de ron y vodka vacías encima de los asientos.

Por su parte, mi compañero seguía con la retahíla del carné hasta que, finalmente, nuestro querido copiloto, harto de la espera, decidió entrar en acción. Abrió la puerta e intentó levantarse, y digo intentó porque debía llevar una «pea» de campeonato. Superada esa etapa, se dirigió casi reptando hacia donde estaba mi compañero, siempre apoyándose en el coche pues, de lo contrario, iba de cabeza al suelo. Finalmente, camballada a camballada, lograba ponerse a su altura y, con la tarjeta del club Carrefour en la mano, ésa que es azul y blanca, espetó lo siguiente tras dejarla caer sobre el capó del vehículo:

—Bueno, no se preocupe, señor guardia, que yo me hago cargo del vehículo, aquí tiene mi carné —sentenció ajeno a su estado.

—Pero…, esto…, usted… —tartamudeó mi compañero ante tal absurdo acontecimiento.

—¡Ah, es verdad, coño, si estoy borracho! —concluyó volviendo a su asiento.

Perplejidad. Total perplejidad ante la situación. Esperpento puro como diría el pontevedrés Valle-Inclán. Simpática anécdota, al menos curiosa lo es, la acaecida en aquella noche invernal que, si bien es verdad que no pasaba ni un solo coche, para uno que hace acto de presencia…, bueno, el resultado ya lo conocen.

Debo añadir que, finalmente, el chico encontró el carné de conducir y pudieron reanudar la marcha sin problema alguno.

Espero que nuestro querido protagonista aguantara el viaje y no se deshidratase en lo que le restaba de trayecto. A tenor de lo visto, lo dudo mucho.

El loco, el «caimán» y los duendes gigantes

En esta ocasión, y tras dar a conocer las aventuras y desventuras de Miguelito, mi queridísimo y extremeño amigo Fran me contó un hecho similar acaecido en el puesto donde acudió en su primer destino. Un hecho referente a un personaje que había en el pueblo donde realizó su formación como guardia alumno y que, a continuación, paso a narrar:

Pequé de novato cuando, prestando un servicio de puertas, se acercaba al cuartel un señor de nombre Eulogio, aunque cariñosamente conocido por todos en el pueblo como *Lute*, que quería poner una denuncia por hurto y allanamiento de morada. Según decía, le habían entrado en casa y habían robado, entre otras cosas, «los papeles de la vivienda».

Inocente, comencé a recoger la denuncia en nuestro programa informático (conocido con el nombre de SIGO) con mil dudas a la hora de elegir qué tipo de hecho delictivo era el que se había cometido (lo dicho, novato perdido).

—Mire usted, señor guardia, me han entrado en casa esta noche, y no es la primera vez que lo hacen, pero esta vez se han llevado las escrituras de la casa para quedarse con ella y apropiársela. Estoy harto de que se cuelen en mi domicilio, pero es que esta vez se han pasado de la raya. No hay derecho.

Entonces, mientras continuaba recogiendo la denuncia, aunque ya con la mosca detrás de la oreja, hizo acto de presencia en el puesto uno de mis compañeros que, al ver el percal, directamente comenzó a realizar aspavientos y a decirme que no con la cabeza y los brazos. Yo no tenía ni *puñetera* idea de lo que estaba pasando o lo que dejaba de pasar hasta que, segundos después, sería el propio denunciante quien me aclarara las cosas afirmando:

—¿Y sabe usted quiénes son los que entran en mi casa, agente? ¿Usted lo sabe?

—No, señor —respondí temiéndome lo peor, con una cara de tonto que no podía con ella.

—¡Duendes! —exclamó exaltado—. ¡Duendes gigantes, señor guardia! —gritó—. ¡Gigantes de dos metros! —añadió a continuación, poniéndose de pie.

En ese momento, cayéndome de la parra, me di cuenta de que había picado como un novato, como lo que era. Quién era ahora el

listo que llamaba a la Comandancia para explicar que la denuncia que había creado…, pues bueno, había que cancelarla. Eso sí, dando un buen rodeo a lo acontecido porque… ¡vaya vergüenza!

Tras lo narrado, y aún con este señor en el puesto, llegaba el sargento. Directamente, sin que nadie dijese nada, se aproximó al denunciante diciéndole:

—Vamos a ver, *Lute*, ¿qué es lo que pasa ahora?

—Otra vez me han entrado en casa, mi sargento —respondió Eulogio, casi llorando.

—Mira, esto es lo que vamos a hacer…

Dicho esto, el jefe se metió en un cuarto pequeño donde teníamos diverso material de oficina y otros objetos y, tras hacerse con una jaula propia de canarios o jilgueros, se dirigió de nuevo a Eulogio en estos términos:

—Aquí tienes la jaula, el día que me traigas uno metido dentro, yo te mando a todas las patrullas a tu casa.

—No se preocupe, que se lo traeré, no tenga la menor duda —dijo marchándose a continuación, convencido de que habría cacería.

Menuda cara de besugo que se me quedó tras lo ocurrido. Ni que decir tiene que me convertí en el nuevo hazmerreír del cuartel hasta que tuve la suerte de que meses después llegara otro guardia alumno al que pude pasarle la pelota, aunque seguro que aún se acordarán allí de mí.

Total, que ahí no quedó la cosa. Muchas semanas después Eulogio se dirigió al puesto sobre las tres de la tarde, llamando al cuartel aunque sin encontrar respuesta alguna, ya que las oficinas estaban cerradas desde las catorce hasta las diecisiete horas. Sería la mujer de un compañero quien se asomase al balcón de su pabellón (cada una de las viviendas que componen un cuartel) para indicarle a nuestro personaje que no había guardias en el cuartel, que estarían de patrulla por la demarcación.

Una hora después, sucedió la misma situación: Eulogio regresaba al cuartel y la señora volvía a responderle. Acordaron pues que ella alertaría a los guardias en cuanto estos llegasen de nuevo al cuartel, aunque poco caso hizo *Lute* a lo pactado.

Sobre las cuatro y media, el *caimanete* del puesto y yo regresamos al cuartel, nos encontrábamos de servicio de correrías por la demarcación. Nada más llegar, la mujer de uno de nuestros compañeros nos alertaba de la presencia de un señor muy nervioso y con problemas en casa, un señor al que le habían entrado a robar. Pronto se nos vino a la cabeza su figura y, mirándonos mi compañero y yo a la cara, exclamamos al unísono: *¡Lute!*

Y como si hubiera oído nuestra llamada, apareció el interfecto

exclamando que los de siempre, los «duendes gigantes», estaban en esos momentos en el interior de su casa.

El *caimán* se dirigió entonces a Eulogio de esta guisa:

—Vamos a ver, hombre, una de dos, o son duendes o son gigantes, pero las dos cosas a la vez no puede ser.

—Se lo juro, agente —respondió.

Yo ya no tenía ni idea de si realmente estaba soñando, si había perdido la cabeza o qué sé yo. El caso es que, cuando Eulogio se refirió a «los mismos de siempre», a los «duendes gigantes», creí que mi compañero iba a mandarlo a tomar por saco. Pero nada más lejos de la realidad; en vez de decirle que se dejara de tonterías, va y le suelta lo de que si son duendes, no pueden ser gigantes…, asombroso.

Pero eso no fue todo, sino simplemente el comienzo de una de las historias más absurdas que haya presenciado. El *caimán*, siempre con rostro serio, se dirigió a mí diciéndome:

—Fran, vamos a acompañar a este señor a su casa y a detener a unos duendes gigantes, así que coge del cuartillo un cubo, una brocha de las gordas y prepárate para lo peor.

—Vale —contesté, aunque tarde, pues mi compañero no me había guiñado el ojo y yo no asimilaba tan irracional mandato.

—Ahora coge esa estatua de la Virgen del Pilar y dale un beso, Fran.

A continuación, él hizo lo propio, ofreciéndosela al «denunciante» quien también besó la imagen con gran fervor, encomendándose acto seguido.

—Gracias por lo que está haciendo por mi causa —suspiró Eulogio ante tal muestra de apoyo y ayuda hacia su persona.

—Para nada, es nuestro deber, así que ahora condúcenos hasta tu hogar, que no hay tiempo que perder —concluyó mi compañero de patrulla mientras yo buscaba alguna cámara oculta, porque esto debía de ser la típica broma que le hacen al nuevo.

Raudos, nos dirigimos a su casa. Eulogio en su R4 y nosotros en un antiguo Nissan Patrol. Una vez llegamos allí, el *caimán* volvió a disponer:

—Eulogio, reza por nosotros y no vayas a entrar bajo ningún concepto —afirmó con voz firme, cubo y brocha en mano.

—Sí, sí —respondió *Lute* asustado.

—Fran, llena el cubo de agua y colócate detrás de mí y no hagas nada hasta mi señal.

—A la orden —respondí, me dejé llevar.

Entramos en aquella inhóspita, bastante hedionda, completamente desordenada y semiderruida casa sin saber cómo

era posible que allí viviese alguien. Ya dentro, mi jefe de patrulla, cogiendo cubo y brocha, y mojando la segunda en el primero, comenzó a exclamar:

—¡Fuera de aquí, malditos duendes, dejad en paz a Eulogio! —gritaba, mientras arrojaba agua con la brocha a los escasos y muy deteriorados muebles que había en el «hogar». A continuación, cogió un trozo de hierro y comenzó a golpear el suelo de albero de la vivienda a la vez que decía—: ¡Toma! ¡Toma, duende maldito! ¡Toma!

Tras un par de minutos de «lucha encarnizada», salimos de la casa con un trozo de tela que había recogido mi compañero del suelo diciéndole a Eulogio:

—Ten, esto es lo que ha quedado de ellos, nunca más volverán a molestarte.

—Gracias, agentes, gracias —respondió muy emocionado.

Solucionado el problema, nos marchamos de allí pudiendo afirmar que, aunque poco ortodoxa, la actuación de mi compañero fue de sobresaliente. Nunca más Eulogio volvió a hablar de duendes gigantes. Nunca más apareció en el puesto asustado solicitando ayuda. Nunca más fue a denunciar ni hurtos ni robos en su propiedad, durmiendo desde entonces tranquila y plácidamente sin temor alguno.

Con ello aprendí una valiosa lección. Sé que habrá gente que quizá no se crea esta historia o no comprenda la forma de proceder de mi compañero. Les parecerá que es una falta de respeto contra este singular hombrecillo, aunque, personalmente, a mí me pareció excepcional, entre otras cosas, porque la viví y pude ver la cara de satisfacción del pobre.

Supongo que ahorrar a Eulogio horas de terapia, miedos y temores, y de idas y venidas al cuartel con una «broma» como la que le gastó mi *caimanete* vale más que haber recibido a dicho personaje dándole largas, no haciendo caso a sus penas, tratándolo como a un loco y remitiéndolo a un psiquiatra.

Juzguen ustedes mismos.

Caimanadas varias

A continuación, he querido dar un pequeño homenaje a esos guardias que, sin faltar al respeto de nadie, «ya vienen de vuelta». Eso sí, dicho con todo el cariño del mundo hacia esos compañeros que tanto han enseñado a los demás y de los que tanto hemos aprendido, yo el primero.

Esos guardias que nos han dejado frases tales como: «Papeletas sin novedad, muchas pagas te darán», «la mejor intervención es la que no se hace» o «levanta el pie, chaval, ¿qué quieres, que cuando lleguemos estén todavía allí?», entre otras muchas.

Caimanadas varias no son más que unas pequeñas pinceladas de las grandes perlas dejadas por estos personajes, que no tienen que ser necesariamente guardias a punto de jubilarse, valga la aclaración. Un brevísimo compendio de relatos que apenas supondrán la milésima parte de las lecciones que estos veteranos guardias dan diariamente a sus compañeros de profesión que, a su vez, legarán a las futuras promociones.

Tranqui, tronco

La primera *caimanada* que paso a narrar ocurrió, como no iba a ser de otra manera, en uno de mis primeros servicios como guardia alumno: esa etapa inicial de tu vida profesional en la que estás deseando hacer cosas corriendo, encender las luces prioritarias del vehículo, poner las sirenas a tope, descargar adrenalina.

Sueñas con que te llame el COS (recuerden, nuestra *central*) para mandarte algún cometido, algo movido e incluso peligroso llegados al caso. Sin embargo, tal cosa no le hace mucha gracia al compañero. De hecho, observa tu motivación y pronto te suelta una de las frases anteriormente citadas para bajarte un poco los humos.

Creo que sería mi primer servicio en la calle, mi puesta de largo, la primera vez que me montaba en un coche patrulla de la Guardia Civil para prestar un servicio de seguridad ciudadana. Imaginen mi estado de excitación.

Cuando apenas llevábamos una hora de servicio, el COS, a través de las transmisiones, decía lo siguiente:

—COS para 411-1 —siendo ese número el indicativo que identificaba a nuestra patrulla.

Rápido como el viento, me apresuré a coger el *walkie* para

responder a su llamada cuando, de la nada, el *caimanete* me sopló un guantazo en mi mano derecha a la vez que exclamaba:

—¡Caca, caca!

«*What*?» me pregunté. Durante unos instantes, sin comprender qué había ocurrido, me quedé quieto, sin mover un solo músculo y mirando de reojo por si me llovía otra torta. A continuación, el COS volvió a llamar, pero esta vez diciendo:

—COS para 412-1, 412-1.

La forma de recalcar la *central* que llamaba a 412-1 en vez de a nosotros, 411-1, me hizo comprender el error que el llamante había cometido y, de paso, mi precipitación. Acto seguido, mi compañero se dirigió a mí y, dándome una clase magistral, me dijo:

—¿Qué?, ¿has aprendido la lección? Ver, oír y callar.

—Sí, señor —respondí, quedándome a continuación más callado que cuando a Zapátero le hablan en inglés.

—Pues nada, despacito y con buena letra —concluyó.

Y, aunque su forma de ilustrarme fue poco ortodoxa, gracias a sus enseñanzas, también por sus excentricidades, anduve desde entonces con más cautela, cosa que ciertamente agradezco hoy en día.

En cuanto a la tarde del «incidente», preferí quedarme quieto en lo sucesivo. Primero para no cometer un nuevo error y segundo, para que no me llovieran más guantazos como el anterior. Aunque no se engañen, tortazos calzados con todo el cariño del mundo por parte de mi «educador profesional», una persona de la que guardo un muy grato recuerdo de lo bien que se portó conmigo, las cosas que me enseñó y su contribución en mi crecimiento como profesional.

El mulo

La noche del nueve de marzo del 2008, tras las elecciones a la presidencia del gobierno de las que resultaría de nuevo ganador el PSOE, recibimos llamada del COS alertando acerca de un caballo desbocado que se había escapado y que campaba a sus anchas por la ciudad, siendo aproximadamente las dos de la madrugada.

Poco después, recibimos también una llamada interna del guardia de puertas (una llamada interna es una comunicación vía transmisiones entre dos *walkies* cuyo mensaje no es retransmitido por el resto de transmisores; asimilable a una llamada telefónica). En dicha llamada, nos indicaba que varios ciudadanos se habían puesto en contacto con el puesto pues habían visto un caballo corriendo por la carretera nacional que podía poner en peligro la seguridad del tráfico.

«Rápidamente», y espero que entiendan por qué entrecomillo dicha palabra, nos dirigimos en busca del animalito. Entones, el *caimanete* decidió llamar a la *central* teniendo la siguiente conversación (diálogo que escuchó, ahora sí, toda la comandancia de Oviedo):

—COS, nos dirigimos a la localización del equino.

—Recibido —contestó la *central*.

Localizado el caballo a los cincuenta segundos, que más bien resultó ser un mulo pardo, se transmitía la siguiente novedad:

—COS, hemos localizado al mulo, emprendemos la persecución.

—Recibido —contestó el compañero dejándose oír también una leve sonrisa por tal expresión.

—Interrogo qué hacemos con él, ¿lo abatimos? —volvió a preguntar, momento en el que empecé a partirme de risa ante tal intercambio de palabras.

—No, hombre, no. Llamen a su comandante de puesto —respondió rápidamente el COS.

Acto seguido, el *caimán* decidió hacer una llamada interna al puesto para ver si el guardia de puertas podía ponerse en contacto con el jefe, cosa que resultó finalmente infructuosa según la acalorada conversación que mantuvieron ambos guardias pues el de puertas no quería molestar al comandante de puesto para esa incidencia. Para entonces, el mulito pardo, muy dócil por cierto, ya había sido interceptado, por lo que hacía falta una solución inmediata de qué hacer con él.

Por ello, mi veterano y jefe de patrulla, mosqueado y desconociendo que yo ya había colgado, cogió la emisora y, creyendo que aún estaba hablando por llamada interna, soltó en abierto lo siguiente para toda la comandancia de Oviedo:

—Bueno, pues te voy a decir lo que voy a hacer con el mulito. Me lo voy a llevar y lo voy a atar a la farola que hay en la puerta de la casa del sargento y que mañana por la mañana se lo lleve a donde quiera, como si quiere pasearse con él por todo el pueblo.

Dicho esto, soltó la emisora sin esperar respuesta (de hecho, no la hubo), volviéndose hacia mí y diciéndome medio en broma, medio en serio:

—¿Y tú de qué te ríes tanto, niño? Anda, coge la soga que hay detrás en el maletero y tráemela, que yo vengo de una importante familia de cuatreros y éste no se me escapa a mí.

—A la orden, mi *caimán* —respondí a carcajadas. Menos mal que no me vio colgar la llamada ni fue consciente de que su comunicado lo escucharon todas las patrullas de servicio, sino me hubiera dado un guantazo como el de la anterior anécdota.

Así las cosas, se bajó del coche y, como si fuéramos forajidos en

el Gran Cañón del Colorado, manufacturó un lazo que le tiraría al mulo por encima con un estilo que nada tenía que envidiar a los Clint Eastwood o John Wayne. Sin embargo, y a pesar de que el dócil cuadrúpedo había detenido su marcha, el benemérito cuatrero tiró de la soga para ajustarla al pescuezo del animal, pero lo hizo con tal fuerza que arrodilló de las patas delanteras al pobre mulito que casi llega a dar con el hocico en el suelo, no se lo esperaba.

Una vez bien asegurado, y a petición mía, ya que éste era capaz de cumplir su promesa de llevarlo a la casa del suboficial, sería trasladado a la parcela de un granjero de la zona que tenía varios mulos para que lo custodiase allí hasta que alguien denunciase su pérdida.

En cuanto a mí, con esta actuación, escribía una de mis primeras anécdotas una vez pisada la calle como agente de la Guardia Civil y también una de las primeras de las tantas que ya llevo vividas con un *caimán* como protagonista y compañero.

Tito Francisco

La siguiente *caimanada* aconteció en una de esas residencias de ancianos que hay desperdigadas por toda la geografía española. Esos hogares en los que habitan muchos de nuestros mayores, en ocasiones y desgraciadamente, medio abandonados por parte de sus seres queridos.

Y así como el abandono de algunos ancianos es algo característico de las citadas residencias, el relativo estado de cordura de algunos de sus moradores también las define; por lo que no hay que ser un Séneca para imaginar la de problemas que estos longevos individuos darán a sus más que atareadas enfermeras que, con paciencia y tesón, los asisten, consuelan, acompañan y hacen sus vidas algo más llevaderas.

Pero a veces, como ocurrió en esta anécdota, estos se volvían excesivamente revoltosos, llegando a formar entre todos un auténtico motín llegando incluso a agredir al personal que allí trabajaba. Levantamientos que, en alguna ocasión, llevó a su insuficiente personal médico a tener que llamar a la Guardia Civil, cosa que no era inédita, pues ya había ocurrido alguna otra vez, al menos, en el centro que había en mi demarcación.

Aquel día, de patrulla junto a un joven guardia que apenas llevaba en el cuerpo unos meses más que yo —entre los dos apenas juntábamos dos años de servicio—, asistimos a una de las citadas revueltas.

Al llegar al lugar, la papeleta era demasiado complicada de solucionar. Un grandísimo pasillo de varios metros de ancho y

muchos más de largo, por donde discurrían casi todas las habitaciones de los «inquilinos del hotel». Allí estaban, cada uno en su puerta, a cuál más descontento. Eso sí, también es verdad que había otros ancianos que estaban en sus respectivas habitaciones sin dar la más mínima voz, como si la *fiesta* no fuera con ellos. Sin embargo, a pesar de dichas abstenciones, la situación parecía imposible de controlar o, al menos, ninguno de los dos agentes estábamos capacitados para sofocar la rebelión.

Ante esto, y tras repasar todas las teorías que nos habían enseñado en la Academia y que resultaban aquí infructuosas, hicimos lo más razonable y lo único que estaba a nuestro alcance para arreglar aquel entuerto: Llamar al guardia Blas.

Blas no era un *caimanete* cualquiera. Había trabajado treinta y seis años en el mismo pueblo y era prácticamente un cacique en el lugar, en el buen sentido por supuesto. En aquellos momentos, Blas ya se hallaba en la reserva (situación a la que pasa todo guardia civil cuando llega a cierta edad y equiparable a una prejubilación, con la posibilidad de reenganche prestando servicios como, por ejemplo, seguridad en juzgados, que es concretamente el que desempeñaba el *Gran* Blas cuando fue requerido por nosotros).

Por suerte, aquel día estaba trabajando por lo que pudo acudir, de uniforme y montado en su *vespa*, a nuestra llamada. Al llegar al lugar y ver la situación, afirmó:

—Bueno hombre, ¿para esto me habéis llamado? Vaya tela con los niños nuevos que no saben ni callarle la boca a tres viejos.

Así, tras dejarnos esas perlitas, solucionó el motín únicamente con un par de frases. En ocho segundos logró doblegar a los insurrectos metiéndolos en sus respectivos aposentos sin que ninguno volviera a dar ni media voz más en lo sucesivo.

¿Cómo lo hizo? De la forma que sigue:

—¡Quieto todo el mundo! —gritó a lo Tejero el guardia Blas tras dar un soberbio manotazo en una mesa que había junto a la entrada y de la que cayó un jarrón al suelo.

Por un momento se hizo el silencio. Todos le mirábamos, nadie murmuraba siquiera.

—¡Quieto todo el mundo! —volvió a gritar mientras emprendía la marcha con paso firme y muy militar a lo largo del pasillo cual *Sargento de hierro*. Sólo se escuchaban sus pasos. Erguido, con sus manos entrelazadas y colocadas en la espalda, miraba a sus improvisados reclutas. Al llegar al final de la sala, dando media vuelta en un perfecto giro de 180 grados, se dirigió a los ancianos nuevamente a viva voz:

—¡Quieto todo el mundo! En la recepción de esta residencia se encuentra el Generalísimo don Francisco Franco. El Caudillo viene

hasta aquí para reclutar soldados, así que todo el que esté dando por saco que vaya haciendo el petate que nos vamos al tercio de África, y no quiero ni una palabra, que a Franco ya lo conocemos todos.

Creo que una décima de segundo sería exagerar para decir lo que tardaron los temerosos abueletes en meterse cada uno en sus respectivas habitaciones. El polvo levantado por las carreras de los ancianos fue lo único que quedó en aquella sala.

Blas, ahora con paso más relajado, se dirigió hacia nosotros y, dándonos un par de palmaditas en la espalda, marchó diciendo:

«Tanta porra extensible, tanto guante anticorte, tanta funda de extracción rápida y tanta puñeta. Donde esté un buen *caimán*…».

Caimanada aeroportuaria

Pero no sólo la calle es testigo de sus simpáticas anécdotas.

En esta ocasión, pasaré a contarles una desternillante *caimanada* que tuvo lugar en uno de nuestros aeropuertos más importantes, porque también en los aeropuertos han hecho de las suyas estos señores.

Hace ya bastantes años, como me contó un vigilante de seguridad del aeropuerto donde sucedió este simpático hecho, estuvo destinado un guardia con una muy peculiar forma de trabajar y con quien tuvo la suerte de compartir más de un servicio de seguridad en uno de los filtros de pasajeros de la terminal.

Serían las cinco de la tarde de una ajetreada jornada de verano con un calor del *copón* y donde los pasajeros se contaban por miles a su paso por los filtros de seguridad. Nuestro querido protagonista, sentado en una silla, prestaba servicio en uno de estos filtros. De pronto, un ciudadano de origen alemán cruzó el arco detector de metales y, al ir a coger sus pertenencias, su reloj se coló por una rendija que había justo en los rodillos que empujan las maletas hacia afuera del escáner de rayos X.

—¡Mierda! —gritó el germano en un español más que aceptable. Por su parte, el *caimán*, que andaba un poco despistado, al oír la exclamación del teutón y creyéndose destinatario de tal improperio, le contestó literalmente y con guasa:

—Mierda *pa* tu boca.

El resto de trabajadores que allí se encontraban, todos vigilantes de una conocida empresa de seguridad, aunque se esperaban este tipo de reacciones de este querido personaje, casi no salían de su asombro nada más por la cara que se le quedó al pasajero. No sabían si reír, callar o irse de descanso para evitar tan incómoda situación. Sin embargo, lo mejor estaba por llegar.

El ciudadano, ofendido por las palabras del guardia, se le acercó y haciendo gala nuevamente de un buen castellano le dijo:

—Deme su número.

El guardia, ni corto ni perezoso, aprovechando que el alemán se hallaba justo delante de donde él estaba sentado, alzó una de sus piernas y, casi poniéndole la suela de su bota en la cara, le soltó:

—¿Mi número? Toma, ¡un cuarenta y tres! —exclamó a la vez que le enseñaba la medida de su bota.

El resto de personas, ahora sí, arrancó a reír ante tal contestación del guardia. En cuanto al pobre ciudadano, cabizbajo, abandonó el lugar más avergonzado de la mofa general que molesto por la contestación del agente.

Y no veas las risas que se pegaron todos posteriormente cuando le aclararon al guardia que aquella persona no le había dicho *mierda* a él, sino que fue una simple expresión al ver su reloj colarse por los rodillos de la máquina.

En fin, qué más contarles, una *caimanada* más.

Leyendas urbanas en la carretera

Como ya han podido comprobar en mis anécdotas, muchos de los divertidos relatos que les he transmitido a lo largo de estas páginas me ocurrieron durante mi etapa como guardia alumno. Pero no sólo a mí, muchas de las que me cuentan mis compañeros, algunas ya se las he narrado, ocurrieron durante esos primeros meses que todos y cada uno de los guardias civiles pasamos *a prueba* nada más salir de la Academia.

Lo cierto es que el periodo de formación como guardia alumno en una Unidad es quizá la etapa más significativa y que con más cariño recordamos los que pertenecemos a la Guardia Civil; y lo digo yo, que desconozco lo que desayuné esta mañana pero recuerdo perfectamente mis beneméritos inicios por Asturias.

Dicho esto, les dejo con otro simpático servicio al hilo de lo que les acabo de decir.

Un buen amigo de correrías con el que coincidí en mi etapa catalana, me contó que durante su primer destino en el Cuerpo, por tierras manchegas, fue testigo de una extraña anécdota acontecida en la carretera N-322, a unas decenas de kilómetros de Albacete capital, dirección nordeste.

Esto fue lo que ocurrió:

Aquella fría noche de marzo, siendo aproximadamente las dos de la mañana, mientras transitábamos por la mencionada vía, divisamos a lo lejos un automóvil que se aproximaba en dirección contraria a nuestra marcha, circulando de forma irregular (entendiéndose por irregular que iba por el centro de la carretera, como si de una pista de aterrizaje se tratase y, en vez de un Passat, el conductor llevase un Boeing 747-400).

Además, por si fuera poco, llevaba las luces de carretera encendidas y, como después pudimos comprobar, las antiniebla también, aunque desde nuestra posición, con lo cegado que nos estaba dejando, aún no nos percatamos, poco nos dejaba ver.

Cuando finalmente llegó a nuestra altura, nos tuvimos que echar literalmente al lado derecho de la carretera, sacando incluso las ruedas laterales del coche policial fuera de la vía. Raudos, y un poco *acojonados* tras el susto pues ya me veía tragando tierra en la cuneta, dimos la vuelta y emprendimos la persecución. Persecución que en realidad no fue tal, pero bueno, intento hacer algo más excitante mi relato, ya me entienden. Pero el vehículo circulaba

muy rápido y, con nuestro magnífico Terrano, que a veces me pregunto si en la casa Nissan nos habrían dejado por error y para siempre la reductora engranada, poco podíamos hacer hasta que, rotativos en marcha y sirena puesta, debió oírnos, vernos, o ambas cosas, parándose al percatarse de nuestro requerimiento.

—Pero hombre, ¿le parece bonito circular por medio de la carretera con el peligro que eso supone para el resto de los usuarios de la vía? —preguntó un tanto alterado mi compañero tras la descarga de adrenalina por la carrera que nos habíamos marcado.

—Amén de que casi caemos a la cuneta al retirarnos de su paso —añadí yo.

—No lo sabía, pero ya me lo ha dicho usted —contestó.

—Iba usted muy rápido, por poco nos matamos yendo detrás —afirmó mi jefe de patrulla.

—No lo sabía, pero ya me lo ha dicho usted —volvió a contestar.

—Además, lleva la luz de carretera puesta y las luces antiniebla encendidas, deslumbrando al resto de conductores que se crucen con usted —volvió a afirmar mi compañero.

—No lo sabía, pero ya me lo ha dicho usted —respondió como si de un bucle se tratase o no supiese decir otra cosa.

—¿Le parecen a usted formas de ir al volante? ¿Es usted consciente? —concluyó mi compañero.

—No lo sabía, pero ya me lo ha dicho usted —finalizó el conductor.

A continuación, y tras culminar esta rara conversación en la que parecía que nuestro temerario protagonista nos estaba *chuleando* un poco, y ante la evidencia de que probablemente habría tomado unas copas de más, se le indicó que sería sometido a una prueba de alcoholemia para ver si conducía bajo los efectos del alcohol. A esto, respondió:

—Os estáis equivocando, señores —en vez del ya típico: «No lo sabía, pero…».

—¿Perdón? —respondimos al unísono.

—Os estáis equivocando, yo no voy bebido y os lo voy a demostrar, así que ya mismo estáis llamando a los de tráfico que os voy a dar una valiosa lección —aseveró.

—No se preocupe, que eso mismo estamos haciendo —le indicamos.

Sin embargo, y debido a que la patrulla de tráfico se hallaba en un accidente, tuvimos que esperar casi una hora para hacerle la prueba. Mientras tanto, nuestro profesor…, digo, nuestro conductor, nos miraba y sonreía a la vez que repetía en ocasiones lo de que nos iba a dar una lección.

Pero no sólo se dedicaba a lo anteriormente descrito, sino que se dispuso a poner en práctica todas y cada una de las diversas leyendas urbanas que hay alrededor de toda prueba de alcoholemia. Se bajó del coche, sacó dos botellas de cinco litros de agua y comenzó a beber como jamás había visto a una persona beber. Creo que mejor sería necesaria la utilización de la palabra «abrevar», porque tragaba como un borrico, de manera descomunal, al menos dos litros del tirón.

No contento con ello, además de recordarnos que nos daría una lección y tras hartarse de beber de las dos garrafas que traía en el coche y que, a saber si las llevaba para una ocasión como ésta, se puso a correr como un condenado dando vueltas a un autobús que había estacionado en las inmediaciones. Y bueno, cuando me refiero a correr, digo correr; daba hasta envidia la forma física de esta persona. Presuntamente bebida, sí, pero con unos pulmones que ya los quisiera yo. Una vuelta tras otra parando cada veinticinco o treinta para beberse un litro de agua.

Así, en este plan, continuó hasta recorrer aproximadamente un par de kilómetros, momento en el que recordó otro método para esconder su más que seguro positivo en alcoholemia. Paró en seco y, tras beber otro litro de agua (teniendo en cuenta que ya le había dado una patada a una de las garrafas de agua, por entonces vacía), se arrodilló y comenzó a comer hierba.

Sí, señores, a comer hierba, como si de un corzo se tratase. Ni que decir tiene, a tenor de lo visto, que esta persona se lo tomaba todo muy en serio. Casi debería obviar que, si se hartó de agua, y de correr…, pues con la hierba lo mismo, a comer hierba como si fuera el día del Juicio Final. Ni que ello le fuera a quitar la tremenda borrachera.

Tras unos minutos, paró de comer y volvió a beber agua y, hecho esto, se puso de nuevo a correr, así hasta que llegaron los compañeros de Atestados, que fue cuando cesó en toda actividad, dirigiéndose a la patrulla de tráfico indicándoles lo siguiente:

—Buenas noches, me alegro de que estén aquí ya que quiero dar una lección a estos insensatos que afirman que estoy bebido, así que, háganme la prueba que más de uno va a salir esta noche escaldado —indicó a los agentes de la Agrupación.

—Vamos a ello —respondió muy sorprendido uno de ellos.

Presto y sin oposición alguna, nuestro querido conductor comenzaba a realizar la prueba de alcoholemia. Con asombro, incredulidad y extrañeza, el cabo de Atestados me miraba sin poder explicar el porqué de tan rara situación y preguntándose cómo era posible que este hombre, que olía a hierba fresca y cuyo hedor corporal tiraba también para atrás, quisiera darle una lección a la

patrulla presente demostrando no estar bajo la influencia del alcohol, aunque todo apuntaba a que sí.

De hecho, la prueba nos dio la razón. Confirmó un positivo en alcoholemia con una tasa de 0,81 mg/l de aire expirado, por lo que procedía la imputación del simpático pero irresponsable «come-hierbas» por un delito contra la seguridad vial.

Mi compañero y yo, que estábamos deseando que este momento llegase pues lo habíamos aguantado durante muchos minutos, nos dirigimos al conductor que, jadeando y aún recuperándose de la «pateada» que se había metido, veía cómo su plan se iba al traste.

—Caballero, ha dado usted 0,81, por lo que se va a proceder a imputarle un delito contra la seguridad vial —se le comunicó.

No dijo palabra, sólo asintió. Entonces, recordando las ansias que tenía dicha persona en que llegara la patrulla de Atestados para darnos una lección y demostrarnos que no iba bebido, mi compañero sentenció a modo de moraleja:

—Caballero, no por mucho madrugar, amanece más temprano.

—No lo sabía, pero ya me lo ha dicho usted —claudicó.

—Aplíquese el cuento —añadí yo.

Dicho esto, se realizó una segunda prueba de contraste en la que arrojó una tasa de 0,79 mg/l de aire expirado, procediéndose contra él sin que volviera a decir nada más en toda la noche y a lo largo de todo el proceso.

Eso sí, nos quedamos con las ganas de que nos explicara el hecho de que si estaba tan convencido de que no había bebido y de que nos iba a dar una importante lección, ¿por qué se puso a correr, a beber y a comer hierba como un loco para ocultar su estado? Era como una forma de demostrarnos que, en contra de lo que decía y autoinculpándose, realmente iba bebido e intentaba disimular su positivo más que evidente, llevando a cabo las descritas y disparatadas acciones. Un sinsentido.

Queridos lectores, todo un personaje.

¿El exhibicionista?

De la siguiente anécdota que me contara uno de mis maestros en esta profesión, no aportaré dato geográfico ni onomástico alguno pues se antoja demasiado comprometida para ello. Así que, y después de haber dejado caer esto, entiendo que lo que desean es saber el porqué de tanto misterio.

Pues bien, los hechos que me dispongo a narrar ocurrieron en el año 1992, famoso por la EXPO organizada en la Cartuja de Sevilla y por los juegos olímpicos de la ciudad Condal. Por entonces, apenas un mes después de que Su Majestad sancionara la famosa Ley *Corcuera* (Ley Orgánica 1/92 de Protección de la Seguridad Ciudadana), ocurrió esta anécdota que mi compañero y maestro, protagonista también de la misma, me contó durante el transcurso de uno de nuestros servicios de patrulla.

Serían casi las nueve de la mañana de un lunes cualquiera del mencionado año 92. Sin haber tomado aún el correspondiente *cafelito*, continuábamos nuestro servicio matinal cuando, de pronto y de la nada, salió corriendo un ciudadano completamente desnudo y con lo que parecía ser su ropa en la mano.

Puesto que aquello no era algo que se viera todos los días, nos quedamos unos instantes de piedra, inmóviles; hasta que por fin reaccionamos y salimos al encuentro de nuestro despojado amigo para saber, al menos, el objeto de su huida o la razón de su desnudez.

Pero este señor corría como las gacelas, es decir, velozmente y en pelotas.

A pie, sabíamos las calles por las que había pasado sólo por el asombro de los viandantes que se lo habían topado. Así estuvimos unos cientos de metros hasta que al individuo no se le ocurrió otra cosa que saltarse una valla y meterse en el colegio de primaria de la localidad, creyendo que allí estaría a salvo. Pero un vecino nos delataría su ubicación.

Cuando entramos en la escuela, abierta y en horario lectivo, nos encontramos detrás de unos setos a esta persona muy nerviosa e intentando vestirse lo más rápido que podía. Eso sí, los nervios no le dejaban ni ponerse los calzoncillos correctamente pues no daba pie con bola.

A ello se unía la expectación propia que produce una pareja de la Guardia Civil en un colegio, donde muchas de las criaturitas

muestran su deseo de ser policías en un futuro y corren junto a los guardias para verlos en acción.

Sin perder un instante, y ante la avalancha de niños que se avecinaba, socorrimos al pobre hombre y le ayudamos, qué remedio, a vestirse para al menos tapar así sus vergüenzas. Hecho esto, y ante una descontrolada multitud de impúberes, nos fuimos por donde mismo habíamos venido haciendo caso omiso al millón y medio de preguntas que nos hacían y que no era momento de responder.

Ya en lugar seguro y lejos de la *marabunta*, pudimos identificar a este señor que desde el principio suplicaba que le dejásemos marchar, que no quería estar allí. Era una reacción rara y absurda por completo. Aún no sabíamos nada acerca de la carrera al desnudo que se había marcado pero, exageradamente nervioso, quería marcharse.

Y no es que quisiera sustraerse a la acción de los guardias allí presentes, todo lo contrario. Él mismo se mostraba colaborador ofreciendo el DNI para su identificación, e incluso afirmaba que si le teníamos que denunciar «por correr en bolas», que lo hiciéramos, que se lo merecía, pero que quería largarse.

Ante las preguntas de por qué iba desnudo y por qué corría, se quedaba en silencio y sólo movía su cabeza en señal de negación. Y si finalmente llegaba a articular palabra, sólo decía: «No está bien…, esto no está bien hecho…, ha sido un error…, me voy a buscar la ruina…», por lo que sembraba aún más la incertidumbre de los atónitos guardias presentes. Sin embargo, poca información más se le pudo sacar acerca de las cosas que decía y del motivo de su espantada.

Una vez completamente vestido e identificado, y tras preguntarnos si habíamos visto su jersey o si por el contrario lo había dejado en el colegio, dejamos que prosiguiera su camino abandonando el lugar andando, pero a un ritmo que nada tenía que envidiar al de nuestro marchador olímpico Paquillo Fernández, no sin antes informarle de que el hecho sería denunciable, como mínimo, por alteración del orden público a la citada y recién publicada Ley 1/92.

Sin embargo, la denuncia, llegara a formularse o no, es lo de menos en esta anécdota. Lo sorprendente aquí fue lo que ocurrió posteriormente en la ciudad. Al parecer, la noticia de la galopada al desnudo de este señor corrió como la pólvora, aunque nadie conocía al interfecto. En apenas un par de días, quien más y quien menos tenía conocimiento de los hechos.

El problema, o lo curioso del asunto, fue otro rumor que se

propagó por la localidad con la misma o mayor velocidad. Al parecer, la señora del alcalde, mientras el edil se hallaba en el ayuntamiento, había mantenido relaciones extramatrimoniales con un señor que, a tenor de lo visto por una de las vecinas, foco probable de propagación de la noticia, había salido huyendo y desnudo por una de las ventanas del inmueble cuando el funcionario público había regresado a su casa para recoger quién sabe qué cosa.

Llegado el cotilleo del amancebamiento a nuestros oídos, y mediante la aplicación de un simple silogismo, concluimos que el individuo que salió por la ventana de la casa del alcalde no era ni más ni menos que el señor que, «sin faldas y a lo loco», había sido protagonista principal de nuestra historia.

«A quien madruga, Dios le ayuda», dice el refranero popular español, aunque cierto alcalde que yo me sé, puede que muestre disconformidad con tal aseveración. En cuanto a lo de «vísteme despacio que tengo prisa», parece que tampoco sirvió al veloz exhibicionista. Se decía que, en su huida, dejó una prenda en la casa de su amante, suficiente para que el marido constatara la infidelidad ¿Sería el jersey por el que nos preguntaba durante la identificación?

Por cierto, finalmente esta persona no fue denunciada por los hechos descritos. Comprendimos que, realmente, su intención no fue correr desnudo por la calle y, como ya tenía bastante encima, hubiéramos hecho leña del árbol caído. En todo caso, conociendo el estado en el que nos lo encontramos, hubiese pagado la multa que fuera y el precio que se le impusiera con tal de que nadie conociera la verdad de lo ocurrido.

Pero poca confidencialidad tuvo el asunto en un pueblo que, durante mucho tiempo, no tuvo otro tema de conversación por sus calles que el escándalo matrimonial que protagonizaron el jefe del cabildo, su esposa querida y el «querido» de su esposa.

La barbacoa

Recientemente, viendo el famoso programa de Canal Sur donde el humorista Juan y Medio hace de *celestino* buscando pareja a nuestros ancianetes andaluces, recordé, a partir del testimonio de uno de sus contertulios, una curiosísima anécdota que me transmitió un compañero de profesión allá por el 2007, cuando yo apenas daba mis primeros pasitos en la Guardia Civil y él ya había pasado a la situación de retiro (no confundir con la reserva, el retiro es, para entendernos, la jubilación).

Según lo que comentaba el invitado al programa de la cadena autonómica andaluza, coincidía en todos sus puntos con el relato que me había narrado mi benemérito amigo haciéndome pensar que, otrora, ambos habían sido protagonistas de la misma historia pues, de lo contrario, ya sería mucha casualidad, y les explico por qué.

El guardia Miguel, llamémosle así ya que desea el anonimato (él se lo pierde), me contó que los hechos que ahora me dispongo a narrar ocurrieron hace bastantes años, más de veinte, en la carretera N-IV cerca de la localidad sevillana de Écija. Sin embargo, para no estropear el argumento, procederé mejor a contarla desde el punto de vista del solterón ciudadano ya que si cuento la versión del guardia, perdería toda su gracia.

Probablemente a finales de los ochenta o principios de los noventa, el abuelete, cincuentón por entonces, circulaba por la carretera nacional cuarta con una preciosa Mobilette Cady roja y negra a la que le había acoplado diestramente unas angarillas de esparto. A media tarde, por el arcén y a poca velocidad, la que daba la moto, iba disfrutando del paisaje contemplando los campos de trigo y olivares que visten las tierras ecijanas camino a casa después de una dura jornada de trabajo.

En un momento dado, observó algo tirado en la cuneta que le atrajo enormemente. Con seguridad, paró su ciclomotor y, colocando la *patacabra*, se dirigió hacia el objeto para comprobar de qué podría tratarse. Tras unos pasos, pudo constatar cómo, a su juicio, se trataba de una parrilla para hacer barbacoas. Contento, la recogió del suelo e hizo sitio en una de sus alforjas donde colocó con cuidado su hallazgo, ajustándola con fuerza usando una cuerda de tendedero que llevaba consigo y colocando un pañuelo rojo a las patas de la barbacoa que sobresalían por la parte derecha de la

moto.

Más contento que unas pascuas, emprendió la marcha, alegre nada más de pensar en la sorpresa que le daría a su familia de haber encontrado una barbacoa, «para que luego diga mi gente que sólo traigo porquerías a casa», afirmaba en voz alta mientras tatareaba un fandango de «El Cabrero».

Sin embargo, y después de recorrer un par de kilómetros con su nuevo artilugio, oyó tras de sí las potentes sirenas que emitía un flamante Renault 4TL de la Guardia Civil. Asustado, y viendo que la cosa iba con él, paró su ciclomotor y, aún sabiendo que no había hecho nada, tembloroso, se bajó y permaneció de pie hasta la llegada de los agentes.

—Buenas tardes, agentes ¿ocurre algo?, —preguntó intimidado por el requerimiento de los guardias.

—¿A dónde va usted con eso? —respondió mi compañero y transmisor de la anécdota, señalando el objeto.

—Eso es una parrilla que me he encontrado en la cuneta, no la he robado, me la he encontrado, se lo juro por Dios —aclaró creyendo que le acusarían de haberla afanado.

—¡Qué parrilla ni qué puñetas, hombre! Se acaba usted de llevar el radar de velocidad de la Guardia Civil —contestó el guardia, perplejo ante tal respuesta.

—¿Un radar? Yo pensé que era una barbacoa que habían abandonado en la cuneta, con eso de que ahora las hacen tan modernas… Yo le vi las tres patas para sujetarla y la parte de arriba plana para echarle la leña..., pues me la llevé.

—Una barbacoa… —replicó irónico el otro guardia.

—No pensé que fuera una máquina de esas de echar *afotos* a los coches, lo prometo, si no ni la hubiera tocado, lo juro por Dios —añadió de buena fe y disculpándose.

—Ande, devuélvanosla y tire para casa, que vaya tela con la parrilla —concluyó el agente.

—De acuerdo, de acuerdo, lo siento, de verdad, buenas tardes —dijo mientras arrancaba su motocicleta y marchaba.

Vaya sorpresa que se llevó el pobre señor al darse cuenta de que se había llevado el radar de la Guardia Civil, con lo ilusionado que estaba de tener su nueva parrilla.

Pero para sorpresa la que se llevaron también los guardias al observar cómo una persona, sin venir a cuento, se bajaba de su ciclomotor y se llevaba el radar tranquilamente, como si nada.

En fin, no sé cuántas veces habrán ocurrido hechos similares en nuestras carreteras, pero, como ya les dije al principio, dudo que la historia contada por este buen hombre en el programa de Juan y Medio no sea la misma que me contó mi *caimanete* amigo.

Todo encaja: años ochenta, alguien que se para en el arcén de la N-IV con su *motillo*, carga el radar en las alforjas y se marcha. Luego es interceptado por la patrulla y afirma que era una parrilla que se había encontrado. Si a ello le sumamos que ambos participantes indican que los hechos ocurrieron cerca de la localidad ecijana…

Nada más que añadir, señoría.

Una «hostia» del Copón

Casi como deducirán del título, y no es que haya optado a estas alturas por un lenguaje soez en mis relatos, la Iglesia y nuevamente un cura serán protagonistas de una de mis anécdotas.

No piensen mal, no crean que la haya tomado con el clero secular por dedicarles otro de mis chismes, ¡Dios me libre! Así que, tras esta blasfema aclaración, doy paso a otra simpática historieta que me contara un buen compañero en agradecimiento y como premio por haberle narrado aquel divertido encontronazo que en mi etapa asturiana tuve con otro presbítero y que, bajo el título de «*Páter Putatibus*», ya os he transmitido.

Proveniente de una pequeña aldea situada a orillas del Cantábrico, se recibía llamada en el puesto por parte del sacerdote del pueblo quien afirmaba encontrarse herido en el interior de su parroquia tras sufrir un accidente fortuito.

Y se preguntarán: ¿por qué el párroco llamó a la Guardia Civil antes que a una ambulancia? ¿Acaso no es más lógico llamar a los servicios médicos que al cuartel? La respuesta, al menos por aquellas tierras, es bien sencilla. La Guardia Civil es requerida para casi todo, lo que es, sin duda, un orgullo para este Cuerpo. Yo personalmente viví este tipo de situaciones, como aquella mañana en la que prestando servicio de puertas recibí una llamada de un campesino del Concejo de Villayón, en la montaña asturiana, donde me informaba que no tenía luz en la cocina. Y sí, han leído bien, parece que aquella buena gente se siente más tranquila poniendo en conocimiento de la Guardia Civil cualquier problema que se les presente que acudiendo directamente a la empresa de electricidad, agua, ambulancias, bomberos o cualquier otro servicio que precisen. Comprenderán ahora que el *páter* llamase antes al cuartel que a urgencias médicas: «Llamo mejor a la Guardia Civil, que además de ayudarme, seguro que con ellos viene la ambulancia y el médico», debió de pensar y, de hecho, así fue.

Recibido el aviso del accidente en el cuartel, la patrulla del puesto se dirigió a su pequeña capilla, pudiendo constatar la veracidad de lo comunicado ya que hallaron al herido sentado en los escalones del altar de la iglesia, con una considerable brecha en la frente de la que había brotado mucha sangre.

Afortunadamente, había cortado la hemorragia usando una pequeña toalla en origen blanca, pero que se había tornado roja.

Ello, junto con la sangre que aún conservaba reseca a lo largo de su rostro, evidenciaba el aparatoso incidente.

Tras ser ayudado a levantarse y mientras esperaban a la ambulancia que el compañero de servicio de puertas ya había solicitado, se le preguntó:

—Padre, ¿qué es lo que le ha pasado? ¡Está usted hecho un Cristo! —señaló uno de los agentes, inconsciente de la comparación que acababa de hacer.

—Nada, un pequeño accidente —contestó de forma concisa y un tanto mareado.

—Pero cómo un accidente, padre, si parece que acaba de pasar por aquí un huracán —añadió el guardia—, ¿no le habrán agredido a usted? —interrogó preocupado el funcionario.

—No, no, de verdad. Un simple accidente —repitió.

Al principio el cura era reacio a contar los detalles de lo acontecido en aquel lugar, restándole importancia al asunto, pero los restos de sangre en su cara y también en el suelo junto al altar, un cubo de agua completamente derramado y su fregona a varios metros de distancia, el Copón Divino tirado por un lado y un cirial doblado tirado por otro junto a un trozo de vela rota, hacían pensar en algo más que una simple camballada.

Finalmente, el capellán confesó su *nimio* accidente. Indicó que mientras limpiaba la iglesia con cubo y fregona, escuchaba un trascendental partido de fútbol entre el Celta y el Xerez en un pequeño transistor situado en el altar que, debido a la poca potencia de su antena, usaba el dorado Copón como improvisado amplificador.

Sin embargo, y mientras fregaba felizmente la zona próxima al púlpito, un gol del Xerez en los instantes finales del partido le trastocó todos los planes.

Del coraje que le entró, sin que mi compañero y transmisor de la anécdota pueda precisar si había apostado algo en el encuentro o simplemente era ferviente seguidor del club vigués, pateó a lo Roberto Carlos el cepillo de la iglesia impactando este contra el improvisado Copón-antena que, a su vez, salió despedido cayendo del altar y golpeándose contra los escalones de mármol.

Pero ahí no quedó la cosa. De la inercia, al cepillo aún le quedó fuerza como para sobrevolar la zona cual platillo volante hasta chocar contra uno de los dos ciriales que había apoyados en la pared. El golpe, si bien no muy fuerte, sí fue lo suficiente para desequilibrar aquel enorme candelabro usado por los monaguillos en las ceremonias religiosas, por lo que el leñazo que daría contra el suelo sería considerable.

El *páter*, lanzando por los aires la fregona y tropezando con el

cubo de agua, intentó en última instancia evitar el *castañazo* pero el cirial, de unos quince kilos de peso, se coló entre sus manos, que no atinaron a atraparlo en el aire e impactó directamente y con violencia en su frente, provocándole la herida que presentaba.

De esta guisa, el pobre señor alcanzó como pudo la pequeña toalla que empleaba para limpiar el Copón y, usándola para evitar que manara más sangre, se dirigió al teléfono para llamar a la Guardia Civil.

—¡Ay que ver cuánto destrozo es capaz de hacer un simple gol, padre! —comentó el guardia tras escuchar la historia.

—Pues sí hijo, sí. Y además, perdimos —respondió cabizbajo su protagonista.

Seguro que a muchos seguidores pontevedreses del club de Balaídos les pesaría aquel gol en contra que le marcaron al borde del final del partido. Sin embargo, dudo mucho que a ninguno le *doliera* tanto como a nuestro infortunado protagonista.

¡Menudo porrazo y menudo destrozo!

«Benemeritofobia»

Desconocía yo que hubiera gente que sufriera lo que, desde entonces, pasé a denominar *benemeritofobia*, una nueva patología que descubriera a principios del 2009 y cuyos síntomas paso a describir en la siguiente anécdota que cuenta como protagonista único y principal a un joven electricista, enfermo al que llamaremos sujeto número uno.

Nos situamos en uno de los muchos cuarteles de la provincia de Barcelona, un gran bloque de pisos al que me había acercado para ver un par de pabellones que iba a solicitar en usufructo, y cuyas dependencias oficiales se hallaban en la planta baja.

Charlando con el guardia de puertas, observamos cómo un señor, con un mono de trabajo azul, una caja de herramientas y un montón de cables debajo del brazo, pasaba por segunda vez por la puerta del acuartelamiento con cara de no tener ni *puñetera* idea de dónde estaba la dirección que buscaba y que llevaba escrita en un papel al que ya había mirado, aproximadamente, veinte veces.

A la tercera vez que pasó por nuestra vera y, viendo que estaba más perdido que la llave *diez-once*, fue requerido por el agente, quien salió en su auxilio:

—Perdone, caballero, ¿puedo ayudarle en algo?

—No, no, no, no… —respondió muy nervioso; tanto, que el guardia le volvió a preguntar:

—¿Se encuentra bien?

—Eh…, esto…, no…, digo sí, sí…, sí, sí —contestó como pudo.

—¿Qué busca? ¿Alguna dirección?

—Esto…, no, no, no..., o sea…, sí… sí —reconoció tartamudeando y casi sin mirarle a la cara, presentando los primeros síntomas de la enfermedad.

Ambos, tras protagonizar un claro ejemplo de lo que viene a ser un completo diálogo de besugos, optaron por dejar la conversación en ese punto.

Sin embargo, el desorientado y apurado individuo seguía buscando infructuosamente una dirección que no encontraba.

Instantes después, uno de los agentes que se encontraba en la oficina, aprovechando que salía a la calle para fumarse un cigarrillo y tras observar al electricista errante, comentó que ellos también estaban esperando a uno para que arreglase un problema en la

instalación eléctrica del cuartel y que podría tratarse de él.

El de puertas, aún sabiendo que sus palabras incomodarían al pobre hombre, le indicó a voces que se acercara hasta donde nos encontrábamos.

Asustado, sin saber qué hacer y dónde meterse, el técnico en electricidad obedeció a regañadientes y se dirigió lentamente hacia nosotros mirando al «Todo por la Patria» que estaba escrito encima de la puerta, junto al escudo de España, como si fuera lo último que haría en lo que le restaba de vida.

—Muéstreme el papel que trae, por favor —le preguntó una vez el individuo había recorrido su particular «corredor de la muerte».

—Eh…, esto… ¿El papel? —respondió, a la vez que intuitivamente lo escondía lejos de nuestros ojos.

—Sí, sí, ese que tiene en su mano izquierda. Déjemelo ver, por favor.

Obedeciéndole y casi sin querer tocarlo, le entregó el arrugado folio pudiéndose comprobar que esa persona buscaba, sin saberlo o sin querer hacerlo, el cuartel de la Guardia Civil.

—Es aquí a donde usted viene a trabajar, señor —dijo ante la sorpresa del *currela* cuya pálida cara, síntoma evidente de la enfermedad, hacía que a su lado Andrés Iniesta pareciera Morgan Freeman.

—Eh…, no sé…, no creo ¿no? Esto… —eran sus únicas respuestas.

Tras un par de frases más, se le invitó a entrar en el cuartel aunque más bien hubo casi que obligarle, pues aquel lugar le daba realmente pánico. Casi de la mano, avanzaba por sus dependencias hasta que, finalmente, llegó a la oficina del puesto, desde donde otro funcionario le indicó el problema eléctrico que sufrían:

—Buenos días, es que tenemos un fallo en una de las cajas de registro, a ver si usted podría echarle un vistazo.

—Cla…, cla…, claro —balbuceaba como si fuera a ser degollado y el guardia su verdugo.

—Pues nada, ahí la tiene, junto a la puerta de entrada del calabozo número uno.

—¿El…, el…, el calabo…, calabozo? —respondió aterrado.

—Así es, y tenga cuidado que no hay luz —le confirmó, produciendo el colapso del enfermo.

Y girando 180 grados, ni uno menos, el electricista salió por patas del cuartel como si acabara de ver al mismísimo Belcebú.

En la puerta de la calle, donde aguardábamos mi *menda* y mi interlocutor, al ver que se acercaba por el pasillo corriendo como pollo sin cabeza, intentamos detenerle para tranquilizarle y aclarar

la situación. Sin embargo, el pobre hombre, afectado por una *benemeritofobia* mórbida, no se detuvo ni estuvo medianamente tranquilo hasta que no puso ambos pies en la calle y se alejó unos cinco metros de la puerta.

—Pero señor, ¿qué le ocurre? —preguntó sorprendido quien le perseguía.

—Lo, lo, lo siento…, yo me tengo que ir.

—¡Pero si usted viene a arreglar un problema eléctrico aquí en el cuartel!

—Sí, sí, sí…, pero es que vosotros…, vosotros sois la Guardia Civil y…

—Bueno, hombre, también en los cuarteles de la Guardia Civil se va la luz y necesitamos electricistas. Además, nosotros no nos comemos a nadie.

—No, no, pero es que en mi casa siempre se ha respetado mucho a la Guardia Civil, mi abuela, mi madre, mi padre…, la Guardia Civil…, es la Guardia Civil.

—Pues eso está bien, pero vamos, que aquí no le va a pasar a usted nada.

—Sí, pero…, a mí, el hecho de entrar en el cuartel es como si hubiera hecho algo malo, como si estuviera detenido por matar a alguien, me da miedo, yo no he hecho nada.

—No, desde luego que no ha hecho nada, la caja de registro sigue fundida —respondió intentando relajar al pobre y asustado chaval.

—Ya, pero una cosa es que arregle la farola de la entrada y otra que me meta en los calabozos, y sin luz. Ahí sí que no entro ni a coger billetes de quinientos euros. Lo siento, pero no pienso entrar más en el cuartel, llamen a otro electricista para que arreglen el problema, yo me voy de aquí, —contestó convencido.

—Pues nada, nada. Por nuestra parte, sentimos haberle hecho pasar este mal rato y que pase usted un buen día.

—Gra…, gracias —se despidió marchándose del lugar tan rápido que ni se percató de que se había dejado la caja de herramientas en la oficina.

¡Vaya mal rato que pasó el desdichado! Jamás pensé que se le pudiera tener tal respeto, miedo e incluso pánico a un cuartel de la Guardia Civil, tanto, que aquel hombre ni era capaz de volver a entrar en las dependencias, donde se quedarían sus herramientas varios días hasta que, curiosamente, fuera su mujer con algo más de valor e inmune a la enfermedad quien las recogiera.

Por lo que respecta a la avería, hubo que llamar a otra empresa de electricidad para que enviase a uno de sus operarios, eso sí, indicando en la propia llamada que mandasen a una persona que no

le diera pánico entrar en el cuartel, alguien que no tuviera *benemeritofobia*:

—Usted dirá: ¡qué tontería, agente! Y por supuesto que llevará razón, pero, por favor, envíe a una persona que no le dé miedo arreglar una avería en un calabozo, gracias.

—Eh…, bueno, bueno…, si es lo que desean…, así se hará, mientras no nos lo encierren —bromeó.

—Con que llegue a la caja de registro que tenemos rota y la arregle…

Nobles y plebeyos

La siguiente anécdota que paso a narrarles aconteció sobre el mediodía de una soleada jornada de diciembre en la sala de autoridades del aeropuerto de El Prat de Barcelona.

Aquella mañana, prestando quien suscribe servicio de seguridad (o más bien presencia y representación del Cuerpo cara a las personalidades que acuden a la sala), coincidieron en la misma un miembro de la casa real española y varios integrantes del gobierno de la comunidad autónoma de Cataluña, siendo todos estos los protagonistas del siguiente relato.

En plena efervescencia política tras la celebración de un referéndum no vinculante para que el pueblo catalán mostrase su apoyo a una posible independencia de Cataluña, varios de los representantes del gobierno catalán, presidente, vicepresidente, *consellers*, algún alcalde que otro, familiares, agregados y guardaespaldas de todos, contando hasta unos cuarenta en total, aguardaban en dicha sala a que llegase la hora de coger un avión camino a Madrid para ir a reivindicar no se qué pamplina.

Por otro lado, otra autoridad iba a hacer uso de la sala pues venía en vuelo directo desde Málaga. Se trataba de uno de nuestros duques perteneciente a la casa real. El duque, que nunca había estado en la nueva y recién estrenada terminal T1 del aeropuerto ni conocía su nueva sala de autoridades, al entrar en ella, indicó al personal de protocolo que debía de haber un error, que a él le estaba esperando un vehículo en la sala de Autoridades de la terminal 2, cerrada ya por entonces, sin que él conociera este dato.

Los intentos por parte de los chicos de protocolo, los «chaquetas verdes» de AENA, por explicarle que no había error alguno no daban sus frutos. Mientras tanto, algo perdido, la autoridad era conducida a través de la sala hacia los aparcamientos donde, y aunque no se lo terminaba de creer, le esperaba su vehículo y su escolta.

Sin embargo, el noble, al ver la sala repleta de gente y ser una estancia que no reconocía, se mantenía en sus trece de que había un error, que aquello no era la sala de autoridades, sino que tenía que ser una sala VIP o algo parecido. Nuevamente, uno de los responsables le repitió lo de que se encontraba en la nueva terminal, que la vieja sala había quedado en desuso pero el duque, persona de avanzada edad, seguía incrédulo y cada vez más

mosqueado.

Entonces, harto de oír la misma excusa y viendo que aquello no cuadraba con lo que él esperaba, se paró en seco justo cuando pasaba a la vera del sofá donde estaban sentados el preboste de la Generalitat y su mujer, así como el vicepresidente, que hablaba por teléfono, y donde también permanecían de pie varios integrantes del *govern*; exclamando a viva voz:

—¡Aquí debe de haber un error, esto no es la sala de autoridades!

—No señor, está usted en la sala, en el parking le espera su coche —respondió apurado el *chaqueta verde*.

—Entonces, si esto es la sala de autoridades, ¿quién es toda esta gentuza? ¿Dónde están aquí las autoridades? Porque yo no las veo. ¿Las ve usted? —concluyó mosqueado mientras sacaba su teléfono móvil para telefonear a Zarzuela.

Imagínense la cara del pobre chico de protocolo. «Me tuvo que tocar a mí», dijo tras el incidente al que, en segunda línea, pude presenciar personalmente.

Por fortuna, el presidente de la Generalitat hablaba con su mujer y no debió percatarse de lo sucedido. En cuanto al comprometido y famoso vicepresidente, como estaba hablando por teléfono, parece que no se enteró de la frase que, con mala educación, todo hay que decirlo, había soltado el duque.

Menudo escándalo se hubiese montado si se hubieran enzarzado. Por un lado, un miembro de la casa real que no tenía ni idea de dónde estaba ni quién era toda esa gente a la que no conocía, pero que estaban ocupando la sala reservada sólo para autoridades. Por otro lado, un par de políticos algo polémicos que, junto con su séquito de consejeros y añadidos, ocupaban una sala reservada, a juicio del duque, sólo para autoridades.

Menos mal que no se enteraron de lo que a gritos había dicho porque…, se hubiera montado un lío muy gordo. Crisis de Estado enfrentando al gobierno catalán con la Casa Real…, y uno allí presente.

En fin, hay quien dice que tampoco hubiera pasado nada si el comentario hubiera llegado a oídos de los políticos. A fin de cuentas, por muy famosos e importantes que sean, les guste o no, quien dio las voces pertenece a la familia Real.

Otra cosa fueron las formas, pero eso poco importa ya.

Más cuento que Calleja

Como bien sabe todo el mundo, una de las funciones de la Guardia Civil, al igual que cualquier otro cuerpo policial, es la de recoger denuncias en sus dependencias. Diariamente, cientos de personas acuden a los cuarteles de la Benemérita para poner en conocimiento de la autoridad judicial a través de sus agentes algún hecho del que han sido víctimas y, sintiéndose impotentes ante la vulneración de sus derechos, demandan justicia.

Sin embargo, lo que la gente en general quizá desconozca es la cantidad de absurdas denuncias que, a diario, son recibidas en los cuarteles y comisarías españolas; cualquiera que pertenezca al gremio y me lea sabrá bien de qué hablo. Unas no suponen ilícito penal alguno, otras son inventadas, otras fantásticas y otras que no hay por donde cogerlas.

Pues bien, esta anécdota versa sobre una de esas denuncias que no hay por dónde cogerlas, es absurda y, además, en parte, inventada por quien la interpuso.

Hace años, en un pueblecito de la campiña sevillana, un guardia en servicio de puertas izaba la bandera de España cuando fue abordado por un ciudadano que deseaba poner una denuncia por las amenazas e insultos que un individuo le había proferido. Presto, y para dar cumplimiento a su deseo, el agente le invitó a entrar en las dependencias del cuartel.

Una vez sentados, el ofendido expresaba su deseo de manifestar en contra de una persona de la que desconocía su nombre pero que le acababa de amenazar. Comenzaba así un diálogo que, a grosso modo, reproduzco a continuación:

—Dígame, caballero, ¿qué ha ocurrido? —preguntó el instructor de la denuncia.

—Mire usted, yo no soy de aquí, y para una vez que vengo al mercado del pueblo, pues me encuentro a este hombre que… —contestó indignado.

—A ver, cuénteme qué le ha sucedido con este señor —intentaba concretar el guardia.

—Pues mire, estaba yo en un puesto de frutas en el mercado esperando mi turno. Entonces, cuando finalmente me tocó, llega este señor y se quiere colar. Le llamo la atención y comienza a insultarme y a amenazarme delante de todo el mundo ¡Hay testigos incluso! —declaró el ciudadano.

—¿Qué cosas le dijo y cómo le amenazó?

—Pues mire, me dijo que como me colara me iba a partir la cara, que si yo era un gilipollas, un subnormal, un hijo de la gran…, bueno, usted ya me entiende. También mencionó a mis muertos en sus insultos. En cuanto a las amenazas, además de que me iba a pegar, que sabía que yo era de fuera y que conocía dónde vivía: «te quemo la casa» me ha llegado a decir —concluyó asustado.

—Está bien, lea la denuncia y, si no desea añadir nada más, firme aquí —remató el guardia civil.

Hecho esto, ambos se levantaron de sus asientos y se dirigieron hacia la puerta del cuartel. Ya en la calle, mientras charlaban aún del asunto, hizo acto de presencia el sargento de la unidad interesándose por el tema. Sería el propio denunciante el que volviera a contar lo sucedido, haciendo hincapié en los insultos y amenazas del anónimo denunciado.

Mientras tanto, y en medio del relato, el denunciante se daba cuenta de que la persona con la que había tenido el incidente aparecía a lo lejos. Fue entonces cuando empezó a gritar alterado:

—¡Aquél es, agentes, aquél es, deténganlo! —exclamó enfurecido.

—Bueno hombre, tranquilícese, aclaremos esto civilizadamente, esperemos que no tengamos que detener a nadie —apaciguaba el sargento al denunciante a la vez que el denunciado se acercaba poco a poco.

Cuando apenas le quedaban unos treinta metros para llegar a la altura del acuartelamiento, el sargento, con cara de muy pocos amigos y con un mosqueo impresionante, se dirigió al ofendido de esta guisa:

—¿Aquél es el señor que le ha insultado y amenazado?

—Sí, señor agente —respondió convencido—, actúen contra él —solicitó.

—¿Seguro que es esa persona la que le ha soltado esos insultos? —insistió el jefe.

—Que sí, que sí, que me llamó gilipollas, subnormal e hijo de… —aseguró de nuevo.

—¿No me estará mintiendo, no? —volvió a requerir.

—¡Que no, joder, que me acuerdo de él como si lo conociera de toda la vida! ¡Que me ha dicho que irá a quemarme la casa incluso! —sentenció el denunciante.

Entonces, muy enfadado, el sargento se dirigió al supuesto agraviado gritando con fuerza:

—¿Pero cómo te va a insultar y amenazar ese tío, cojones? ¡Si ese chaval es Alfredo, el mudo del pueblo! —exclamó con ambos brazos levantados. Y sí, han leído bien queridos lectores, el mudo

del pueblo, el supuesto autor de las injurias y amenazas.

—Pues…, esto…, no sé…, me habré confundido…, no sé… —tartamudeó.

—¿Usted sabe lo que conlleva una denuncia falsa, señor mío? Espero que no se esté usted riendo de nosotros porque no tiene gracia —advirtió el suboficial.

Instantes después, Alfredo, el mudo del pueblo claro está, comenzaba a realizar aspavientos y gestos dirigiéndose al denunciante y dando a entender que, efectivamente, habían tenido un pequeño encontronazo. Pero, en lo que concierne a los insultos y amenazas…, más quisiera el pobre de Alfredito decirle un par de cosas a este señor. En primer lugar, porque el desdichado no emitía palabra alguna, sólo gestos; y en segundo lugar, porque se lo comía con la mirada.

Poco importa qué pasó después con el denunciante y la denuncia, y qué decisión tomó el sargento. El caso es que, de absurda, la declaración de esta persona caía por su propio peso. Se trataba de una denuncia falsa o, al menos, no del todo cierta y, sobre todo, muy exagerada. En definitiva, una más de tantas que pasaba a engrosar la citada larga lista de denuncias ridículas, fantásticas y falaces que a diario se recogen en los cuarteles y comisarías españolas.

Qué cosas, ¿verdad?

De poca vergüenza

En esta ocasión, me sirvo comentarles otra anécdota relacionada esta vez con el tráfico.

Diariamente, millones de vehículos se desplazan por las carreteras de nuestro país. En este sentido, como pueden imaginar, las curiosas y simpáticas situaciones que se pueden dar son incontables y están a la orden del día.

Además, como cada uno somos de un padre y una madre, pues ocurren cosas como la que me dispongo a narrar.

En las inmediaciones de cierta ciudad del occidente asturiano, cerca de la rotonda de acceso a uno de sus polígonos, mientras realizábamos servicio de correrías encontramos una larga retención provocada, al parecer, por un camión que se había quedado parado en medio de dicha glorieta.

Pirulos en marcha, nos abrimos paso a través del arcén para ver qué había ocurrido. Parecía un accidente pero, ya casi llegando al lugar, observamos que el camión no sólo había detenido su marcha en la rotonda, sino que se encontraba dando marcha atrás y, la verdad, poniendo en peligro la seguridad del tráfico. Por ello, y ante tal situación, estacionamos fuera de la vía el vehículo oficial y nos dirigimos a entrevistarnos con el conductor que aún continuaba realizando la maniobra descrita.

Ese día iba de patrulla con el cabo del puesto y, desde un segundo plano y sin intervenir en ningún momento, fui testigo de una situación que, ahora que lo pienso…, tiene guasa vamos, de «poca vergüenza».

Digo esto porque, cuando llegamos a la altura de la ventanilla del camión, observamos cómo el conductor, a la vez que conducía marcha atrás pues se había equivocado de salida, hablaba por el móvil (reñía con alguien mejor dicho a través de su terminal). Escandalizado, mi cabo intervino:

—Pero caballero, ¿qué demonios está haciendo? —gritó indignado ante tal falta de respeto y consideración por las normas básicas de seguridad vial.

A lo que el conductor, cigarro y volante en una mano, teléfono móvil en la otra y cara de apurado, respondió:

—Un segundo, que ahora no puedo —prosiguiendo con su arriesgada y peligrosa maniobra, y con su disputa telefónica.

Casi monta en cólera mi cabo. Cuatrocientos metros de

retenciones, la entrada a la autovía colapsada, dando marcha atrás en una rotonda, utilización del móvil y, cuando vienen los agentes…, que nos esperemos, que ahora no podía atendernos.

Lo dicho, de poca vergüenza, vamos. Haría falta una calculadora científica para hallar cuántos puntos habría perdido este inconsciente camionero con su absurda actitud.

¿Saben lo peor de todo? Que podía haber optado fácilmente por dar otra vuelta a la rotonda y haber tomado la salida deseada, nadie ni nada le privaba de tal maniobra. Su respuesta ante esta lógica afirmación fue:

—El camión es demasiado largo y no podría dar la vuelta, me quedaría estancado y pararía el tráfico, ¿no querrán eso, verdad? —advirtió, esperando una palmadita en la espalda por tan absurda excusa.

A lo que mi cabo concluyó:

—Claro, claro, una rotonda de dos carriles para cada sentido y unos 12 metros de ancho de vía no son suficientes para que el camión gire. Por eso, para evitar quedarse estancado en la rotonda y obstaculizar el tráfico, es más seguro optar por parar el camión en todo el medio y dar marcha atrás hablando por el móvil y pasando de los guardias civiles que han venido a interesarse por esta abominación vial.

¡Menudo personaje! Pero casi tan sorprendente como esta acción fue el hecho de que el conductor no fuera finalmente sancionado. Expuso sus motivos y, aunque absurdos, fueron tomados en cuenta, así como su situación personal.

Hay quien dirá que esto no es posible, que la Guardia Civil no perdona una, que van a saco…, pero como diría mi abuela que en gloria esté, tan mal está tener prejuicios, como generalizar.

(A la memoria de mi cabo Juan.
Cuida de nosotros desde arriba, amigo).

Malos entendidos

Hace no mucho tiempo, en el cuartel de un pueblecito del sur de España, se recibía la visita de un matrimonio de mediana edad que, junto con sus hijos pequeños, venían a interponer una denuncia por amenazas.

A partir de ahora, y aunque les parezca increíble lo que les narro, paso a comentar textualmente lo que ocurrió, pues cualquier mínimo cambio en la redacción trastocaría la anécdota ¿Por qué? Cuando terminen de leerla lo comprenderán.

—Dígame, caballero, ¿qué ha ocurrido? —preguntó el guardia una vez invitados todos a tomar asiento.

—Pues venía a poner en su conocimiento unas amenazas que estoy recibiendo por parte de mi vecino con quien mantengo una mala relación desde hace muchos años por cuestiones de lindes en nuestros terrenos —respondió el señor.

—¿Qué tipo de amenazas? —añadió el agente.

—Tengo miedo porque ha dicho que me va a cortar el *nabo* —espetó sin vacilación alguna, ante la indiferencia de su mujer e hijos por tal expresión.

—¿Perdón? —preguntó el guardia civil, confuso y desconcertado por lo impropio de la respuesta y el lenguaje soez utilizado.

—¡Que le va a cortar el *nabo*, señor guardia, a él y a su padre! —exclamó entonces muy asustada la mujer y nuera de los afectados.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo pongo por escrito —señaló muy apurado el escribiente sacando varias copias e invitándoles a firmar.

Acto seguido, y una vez que el aspirante a *castrati* había abandonado el cuartel junto con su familia, el guardia instructor de la denuncia se dirigió a su jefe para comunicarle la novedad.

El suboficial, tanto o más sorprendido que su subordinado, y tras haberle mandado previamente a «freír espárragos» pues no se lo terminaba de creer, le ordenó que llamara al denunciado para que se le tomase manifestación de lo ocurrido:

—Llama al «cortapichas» ése, a ver de qué puñetas nos están hablando estas personas, porque vaya telita de denuncia —sentenció.

—A la orden —obedeció.

Por tanto, y cumpliendo el mandato encomendado, procedió a llamar por teléfono al denunciado, citándolo a continuación en las dependencias oficiales del acuartelamiento.

A su llegada, tras indicarle que tomara asiento, le comunicó que

había sido denunciado por unas amenazas a un vecino de la localidad. Este señor, que poco se parecía a la famosa neoyorquina Lorena Bobbitt aunque, según parecía, tenía un *modus operandi* similar, enunciaba incrédulo y enfadado el nombre del denunciante como artífice de tal situación, dando a entrever que no eran buenos amigos, a la vez que movía su cabeza de izquierda a derecha en señal de desaprobación y negación ante las preguntas del agente.

—Caballero, ¿no es cierto que usted ha amenazado a su vecino con amputarle el pene? —preguntó ante el asombro del manifestante.

—¿Cómo? ¿Cortarle el pene? ¿Qué tontería es esa? ¿No me diga usted que esta gente me ha denunciado por algo tan absurdo? Lo que me faltaba. Eso es ridículo, agente, yo no quiero castrar a nadie, ni que yo fuera un carnicero, un veterinario o yo qué sé… —respondió indignado.

—Bueno, yo me ciño a la denuncia, compréndame —aclaró el agente, continuando con la batería de preguntas—: ¿No es cierto que usted ha amenazado también al padre del denunciante con realizar la misma acción?

—No, señor guardia, esta gente está loca, es una auténtica tontería, aunque no me sorprende viniendo de ellos, porque vaya familia —respondió el denunciado, que negó el resto de preguntas que le hizo el funcionario.

—De acuerdo, firme aquí, señor —concluyó ofreciéndole una copia al compareciente.

Así pues, y una vez firmada la declaración, abandonó irritado las oficinas del cuartel, dirigiéndose ahora el guardia a debatir con su jefe la veracidad de todo ello.

Lo cierto es que era una denuncia por amenazas normal y corriente. Lo extraño era el «objeto» de las amenazas, así como la tranquilidad con la que el denunciante informaba de su miedo por perder, textualmente, su *nabo*.

Personalmente, si alguien me hubiese amenazado de esa forma, hubiese elegido la palabra *pene* u órgano reproductor. Pero este señor indicaba exactamente las palabras usadas por su amenazante vecino, incluso en presencia de su mujer e hijos.

Tras esto, y practicadas algunas gestiones al respecto, se envió tan absurda denuncia al juzgado para que su señoría decidiese si dar crédito o no a semejante ordinariez.

Sin embargo, una semana después, cuando todo parecía olvidado, se recibió llamada en el puesto donde una mujer, la esposa del agraviado, comunicaba a gritos al guardia de puertas lo siguiente:

—¡Señor guardia, ha ocurrido, ha ocurrido! ¡Le han cortado el

nabo a mi marido!

—¿Pero qué dice, señora? —respondió el compañero que atendía el teléfono y que desconocía por completo la historia ya que acababa de incorporarse tras unas merecidas vacaciones y no tenía conocimiento de la existencia de una denuncia anterior, y mucho menos en esos términos.

— Que se lo han cortado, se lo han cortado, —repitió la mujer.

—¿De qué me está hablando, señora? —volvió a preguntar casi echándose las manos a la cabeza.

—Lo que denunciamos el otro día, ya se lo dijimos, ha ocurrido y no han hecho nada para evitarlo. Le han cortado el *nabo* a mi marido. Por favor, vengan a casa urgentemente.

El suboficial, que había oído desde la oficina las exclamaciones de su subordinado, le preguntó acerca de qué era lo que estaba pasando. El guardia, casi sin saber qué decir, le indicó que había al teléfono una señora cuyo marido había sido objeto de «poda masculina». El jefe, conocedor del caso «eunuco», muy alarmado, decidió ordenar a la patrulla que se dirigiera con urgencia absoluta a la casa de la asustada señora y de su marido.

—A ver, ¿dónde está la patrulla? —preguntó a voces el jefe.

—Aquí estamos, mi sargento —respondió uno de ellos.

—Acercaos a la casa de *fulanito* a ver qué puñetas pasa allí —ordenó.

—¿Pero cómo es que le han cortado el *pito* a un tío? —dijo atónito otro guardia que había oído la conversación entre el jefe y el de puertas.

—Yo que sé qué puñetas pasa en esa casa, esto es de locos, vamos. Anda, tirad para allá a ver qué ocurre y me llamáis con lo que sea —respondió el comandante de puesto, quien cogió a continuación el teléfono para llamar a las asistencias sanitarias.

La patrulla, sin saber qué es lo que se iban a encontrar en aquella casa, se dirigió velozmente hacia el lugar. Una vez allí, pudieron comprobar que les esperaban en la puerta de la vivienda la mujer comunicante junto a unos familiares y… ¿a su marido? ¿Es posible que allí estuviera de pie su marido en la puerta esperando a la Guardia Civil? ¿No necesitaba asistencia médica este señor?

Perplejos y tremendamente extrañados al ver al hombre objeto de la agresión en perfectas condiciones, y sin poder negar que le hubieran mirado hacia la zona del *paquete* para ver si todo estaba en orden, se dirigieron entonces a buscar «aquello» que la mujer había comunicado por teléfono y que ella misma les invitaba a ver.

Finalmente, ambos pudieron comprobar cómo, efectivamente, en el lugar yacía el citado «objeto» del delito, es decir, un par de *nabos*. Eso sí, hortalizas, no atributos masculinos por supuesto.

Tras el susto, y una vez comunicada la novedad al jefe, con la consiguiente «cagada en la leche que mamó el demonio» (expresión muy andaluza), los agentes comenzaron a encajar piezas:

Una familia que denunciaba que un conciudadano quería cortarle el *nabo* al cabeza de familia. Un guardia que llamaba al denunciado y, ¿en qué estaría pensando?, confundía y cambiaba la palabra *nabo* por pene. Una llamada solicitando socorro y un par de hortalizas en el suelo.

¡Menudo malentendido!

Ahora bien, de película la cara que tenían los guardias cuando la mujer del denunciante les indicaba dónde podían encontrar los *nabos*. Menuda fatiga que les daría el simple hecho de pensarlo. Seguro que algún pequeño y agudo dolor en la entrepierna sentirían al oírla hablar. Menos mal que se trataba de dos *puñeteras* hortalizas, aunque no veas qué situación.

¿Comprenden ahora la aclaración del principio?

En fin, la próxima vez habrá que concretar un poco más, porque vaya fallo de comunicación. Jamás pensé que una simple polisemia pudiera ocasionar tanto error. Una palabra, dos significados y vaya desastre.

Por suerte o desgracia, al menos esta vez, no dejó de ser algo sin mayor importancia. No obstante, dos guardias civiles, una ambulancia con dos enfermeros y veinte curiosos congregados en las inmediaciones del inmueble, bien hacían pensar en que lo amputado era realmente un pene y no otra cosa.

Y tampoco la familia dueña de la planta vio exagerada la presencia de la patrulla y la ambulancia. Con el disgusto que tenían encima, casi parecía que encontraban necesaria y justificada la presencia de estos servicios de urgencia. Incluso un par de psicólogos para ayudarles a sobrellevar la «pérdida» no hubieran venido nada mal.

Suerte que sólo eran un par de *nabos*.

Objeto volador ¿no identificado?

Otro de mis maestros de profesión, mi colega y «pitufo» Javi, sería quien me transmitiera la siguiente anécdota, un suceso extraño que aún se recuerda entre los agentes del cuartel de la guardia civil de un bello pueblo extremeño.

Un hecho, como verán, un tanto surrealista y paranormal.

Sobre la medianoche de un otoñal día de octubre, se recibía llamada al puesto donde se alertaba de unas luces que se podían distinguir en el cielo y que no conseguían ser identificadas. El guardia, una vez preguntado si estaba seguro de lo que había visto y confirmado por parte de su interlocutor, se dirigió de la siguiente forma a la patrulla que se hallaba en el puesto:

—*Mulder*, *Scully*, tenemos un *expediente X* —dijo a los agentes que, curiosamente, formaban una pareja con un componente masculino y otro femenino.

—Déjate de *mamoneo* que es muy tarde, ¿qué es lo que pasa? —preguntó *Mulder* conocedor de la guasa de su compañero de puertas.

—En serio, que me acaban de llamar un par de señores que dicen haber visto unas luces en el cielo allá en el monte. Dicen que aquella zona nunca ha estado iluminada y que no es algo normal.

—Lo que no es normal es tener que aguantar la guasa que tienes —respondió aún incrédulo.

—Bueno, vosotros mismos, yo ya os he pasado la novedad —indicó a lo Poncio Pilato, lavándose las manos.

—Espero que sea cierto, si no, no te traigo más un café al cuartel, caradura, que ya me la has liado alguna vez y contento me tienes —decía ofuscado mientras se dirigía al vehículo oficial.

—Tú mismo —concluía el guasón.

Entonces, y aún no muy convencidos, los agentes marcharon hacia el monte para localizar esas luces de las que hablaba su compañero.

Al llegar a la zona, efectivamente, observaron a lo lejos que había unas luces extrañas y que nunca habían divisado anteriormente en la zona. Atónitos, investigaban un poco para aclarar el asunto aunque, debido a que éstas se hallaban algo lejos de la carretera y que la oscuridad era casi total en aquella cerrada noche, poco pudieron hacer más que comunicar a la central la novedad.

—COS, hemos divisado desde la carretera unas luces en la parte superior del monte. Son unas luces extrañas, azuladas y en forma de cuadrado de grandes dimensiones, desconocemos qué puede ser —informó el guardia sin saber qué más añadir.

—¿Dónde se encuentran dichas luces? —replicó la central.

—En el monte, aunque algo lejos de nuestra situación. Además, hay muy poca visibilidad. Lo que sí parece es que se encuentran por encima del cerro. Pienso que puede tratarse de un objeto volador no identificado, vamos a investigar.

—Recibido —contestó el COS.

Hecho esto, la patrulla volvió al cuartel para poner en conocimiento del comandante de puesto la novedad así como también del teniente adjunto de la compañía, oficial de servicio aquella noche.

Tras jurar y perjurar a sus superiores lo visto, se trasladaron nuevamente al lugar desde donde divisaron las luces con cámara de fotos y video en mano para inmortalizar el momento. En cuestión de media hora, se concentraron en el lugar otras dos patrullas de puestos limítrofes, así como una pareja del SEPRONA y el teniente de la compañía que se ponía al mando del operativo.

Tras un primer vistazo, se concluyó que, efectivamente, existían unas luces extrañas en la parte superior de una loma sin poder desmentir la hipótesis de un ovni. Incluso la patrulla de SEPRONA, acostumbrada a circular por esos parajes de día y de noche, no las reconocía, dando un poco más de apoyo a la posibilidad de que realmente se tratase de un *ufo*.

Los guardias, bajo las órdenes del oficial, y viendo que la carretera no permitía avanzar más, se abrieron paso a través de la maleza en dirección al objeto no identificado. Conforme se iban acercando, las luces se hacían cada vez más grandes y desconcertantes. La oscuridad de la noche, unida al sonido de aves nocturnas y a los perros de la zona que ladraban incesantemente, hacían que la incertidumbre y el acojone de todos los presentes se hiciera aún más patente.

Cuando apenas quedaban unos cientos de metros, las luces en forma de cuadrado, si bien no podían asegurar de qué se trataba, ya no parecían una nave extraterrestre. De hecho, parecía como una pared gigante rodeada de luces en la parte alta del monte. Aún así, continuaron su camino.

El desenlace llegó cuando distaban sólo unos cien o ciento cincuenta metros. La noche arrojaba oscuridad, pero no la suficiente como para observar que, finalmente, el presunto ovni no era más que un cartel rodeado de bombillas en el que ponía: «Granja de animales, se venden huevos y pollos».

Debajo de él, se encontraba el dueño de la finca azada en mano y muy asustado al ver las luces acercarse lentamente a su posición, como si de «los niños del maíz» se tratase y él su próxima víctima.

Espantado, preguntaba a los guardias que, partidos de la risa, miraban el cartel:

—¿Qué es lo que pasa? ¿Ocurre algo con el cartel? ¿No está permitido ponerlo?, ahora mismo lo quito —exclamó acongojado el pobre granjero.

—No, no caballero, está perfectamente. Buena forma de atraer compradores, desde lejos parece otra cosa, buen marketing —dijo sonriendo el teniente.

—Es que lo acababa de terminar y estaba probando las luces —respondió con cara de no tener ni idea de qué hacía toda esa gente allí, qué es lo que era eso del marketing y todavía con el susto en el cuerpo.

—Pues no le quepa la menor duda de que ha quedado bien; se ve desde kilómetros y atrae al personal. De hecho, lo acaba usted de colocar y ya tiene aquí nueve visitantes —concluyó el oficial ante las carcajadas de los demás y el asombro del granjero.

Imagínense el cachondeo que trajo consigo este hecho en lo sucesivo. Cada vez que la central llamaba al puesto donde se recibió el «aviso de avistamiento», siempre preguntaba por el ovni, así como por el precio de los polluelos y el de media docena de huevos extraterrestres.

Aún hoy se recuerda la anécdota con mucho cariño en aquella zona. Si bien pecaron de ingenuos los agentes, lo que estaba claro era que, de los presentes en el lugar, nadie fue capaz de explicar lo que estaban viendo. Por muy absurdo que pareciese, nadie pudo echar por tierra la teoría de una nave extraterrestre. Por ello, alguno de los presentes en el lugar llegó a decir:

«Mucho *cachondeito* y muchas risas, pero si hubierais estado allí, dudo mucho que hallarais explicación a las luces que vimos. Eso sí, cuando llegamos a la granja, el que realmente parecía que había visto extraterrestres era el dueño de la finca. No veas el susto que tenía el pobre hombre de ver cómo se acercaban un montón de tíos a través de la maleza. No me extraña que nos recibiera azada en la mano».

La ventosidad

Y como no hay dos sin tres, la Iglesia será nuevamente protagonista del último capítulo de esta trilogía católica, apostólica y romana que me he marcado.

En esta ocasión, y dejando un poco en paz a los pobres curas, serán las monjas de un convento de la campiña sevillana, junto a dos guardias, los protagonistas de este relato que me contó hace unos años mi señor padre, hombre para mí de referencia y también reconocido prestigio en el mundo de la construcción, quien asistió por motivos laborales al desarrollo de esta anécdota.

Ya entrados en el nuevo siglo y con la moneda euro a punto de dar el salto, se recibía llamada en el cuartel proveniente de uno de los conventos de la ciudad. La llamante, una monja, alertaba a los agentes de un intento de robo que se había producido a primera hora de la mañana en el interior del edificio, que dicho sea de paso, era una magnífica construcción ejemplo de la arquitectura mudéjar andaluza de principios del siglo XVI, y que albergaba a unas veinte religiosas.

Nerviosa, la hermana indicaba que, a pesar de que no se habían llevado nada, tenía miedo y requería inmediatamente la presencia de la Benemérita.

Así fue. El guardia que atendió la llamada, tras colgar, procedió a dar aviso a la patrulla que tenía en la calle formada por un *caimán* y un guardia alumno, que como ya ha quedado claro, componen la pareja de la Guardia Civil más propensa a protagonizar un hecho curioso. Un *caimanete* y un novatillo…, anécdota segura.

Juntos, una vez recibido el mensaje, se dirigieron en su Nissan Terrano al convento para socorrer a las temerosas monjas que, felices, literalmente, celebraron la llegada de la Guardia Civil.

—¡Qué alegría que estén aquí, señores! ¡Qué tranquilidad al verles! —exclamó entusiasmada la madre superiora.

—No se preocupen, que conmigo aquí, no les ocurrirá nada —aseguró hablando en singular el mayor de los guardias en una actitud algo engreída a la que pronto su joven pareja replicó con gracia: «¡Aleluya!», exclamación que dio lugar a un extraño cruce de miradas entre los presentes tanto por la sarcástica exclamación como por la fruncida de ceño que el alumno había puesto ante tan fanfarrona contestación de su jefe de patrulla.

—Miren, señores, nos han entrado en el convento y, aunque no nos han robado nada, estamos preocupadas y tenemos miedo —dijo la priora.

—¿Por dónde entraron? —añadió el novato agente cuya intervención había restado nuevamente protagonismo al *caimanete*.

—Acompáñenme, que les indicaré —informó la también *caimana* monja.

Así, y tras mostrarles que la única zona que había para acceder al recinto era un muro de unos dos metros de alto que daba al patio del convento, les condujo hasta un salón donde, un esmerado albañil (mi señor padre), se encontraba reconstruyendo el marco de una puerta que había sido arrancado, probablemente a patadas, y colocando unos azulejos desprendidos de la pared por los golpes.

Tras echar un vistazo, preguntándose cómo había llegado el obrero antes que la patrulla, el mayor de los guardias, tranquilizándolas de nuevo con otra muestra de vanidad, les indicó que haría una inspección ocular de los destrozos y que debían ser ellas las que denunciaran el hecho en el cuartel. A ello añadió, a modo de ángel de la guarda, que la Guardia Civil controlaría el convento por las noches para que no se volviera a repetir otro allanamiento.

Más tranquila, la madre superiora, agradecida también, indicó a sus *salvadores* que les traería unos dulces y una limonada casera para que se refrescaran negándose a recibir un no por respuesta, abandonando la estancia a continuación.

Y mientras el joven dialogaba con el maestro albañil a la espera de la vianda prometida, su compañero se ausentaba sin dar razón alguna.

Extrañado, el curioso y alumno guardia decidió seguirle observando cómo su veterano compi se había metido en un salón contiguo a la estancia donde habían ocurrido los hechos. Detrás de él, sin aún desvelar su situación, pudo ver como el escurridizo *caimán* elevaba lentamente su pierna izquierda hasta formar un ángulo de 30º, soltando entonces un cuesco de *Padre y Señor mío*.

Consciente de que se le había ido un poco de las manos, pues había retumbado en toda la sala, el flatulento autor de la supina ventosidad corrió a mirar detrás para ver si alguien más había presenciado tal estruendo. A pocos metros, inmóvil, con la boca abierta y los ojos como platos, se encontraba el pobre chaval comiéndose casi íntegramente el pedo que, a pesar de la reserva y secreto con que lo había afrontado el hombre, por un problema en la *tobera*, se había tirado, al final, con poco disimulo.

Mirándose a los ojos y sin decirse nada, ambos entendieron que lo mejor era que la cosa quedara tal y como estaba y que nadie más

debía enterarse de lo sucedido. Pero, recordando la famosa película *Sé lo que hicisteis*…, una voz que provenía del pasillo dejó claro que alguien más había presenciado tal escatológica situación:

«¡Madre del Amor Hermoso!», exclamó una novicia que, más veloz que un rayo, corría por el pasillo para ponerse a salvo lejos del epicentro de la ventosidad; sujetándose como podía su hábito con una mano y usando la otra para taparse nariz y boca. La pobre se había asomado para ver qué podían estar haciendo aquellos hombres en el salón y, habiendo pecado de curiosa, se había comido parte de la tarta que el *maestro*, sin quererlo, había reservado exclusivamente para su discípulo.

Sin emitir palabra alguna, ambos guardias abandonaron la declarada zona cero para volver a sus menesteres, evitando en lo sucesivo cualquier comentario sobre lo acontecido.

Por lo que a mí respecta, años después, recordando y escribiendo esta anécdota, aún sigo partiéndome de risa con sólo imaginar la situación. Por ello, gracias por contarme esta anécdota, padre.

Patrulla tigre

Juan, paisano mío al que ya conocemos por aquella poco ortodoxa inspección ocular, fue quien me contó otra anécdota que tuvo como protagonista a una patrulla del pueblo sevillano donde realizó su periodo de formación como guardia alumno.

En una mañana cualquiera, en el cuartel de Juanito, se presentó un señor que venía corriendo y con la cara más blanca que el castellano-manchego Andrés Iniesta (pobrecillo, otra vez aparece en mi libro).

Exhausto por la carrera y tremendamente aterrorizado, le comunicaba al guardia:

—Agente…, agente…, acabo…, acabo de ver un tigre…, un tigre… —dijo, tartamudeando.

—Tranquilícese, señor, que no le entiendo, ¿qué ocurre? —intentó aclarar el funcionario, pues la dificultad para vocalizar del ciudadano, debido al estado de excitación que experimentaba, hacía imposible comprender qué decía.

—Agente, en el puente hay un tigre, un tigre suelto, por Dios —respondió algo más calmado.

—¿Un tigre? —preguntó extrañado el de puertas.

—Sí, sí, se habrá escapado de un circo o yo que sé, pero en el puente hay un tigre, qué horror —confirmó.

Acto seguido, al asimilar lo que le acababan de poner en conocimiento, se dirigió a la patrulla del puesto, «patrulla 131», para que se dirigiese a las afueras de la ciudad, concretamente a un puente por el que discurría un canal de agua, ahora seco, en busca de un tigre que se hallaba en libertad.

La patrulla, un poco desconcertada por la tarea encomendada, se dirigió hacia la zona descrita para ratificar lo que el aterrado individuo había comunicado. Incrédulos, llegaron al puente y observaron que en él no había nada fuera de lo normal. Indagaron algo más buscando por las inmediaciones sin hallar felino alguno. Sin embargo, a uno de los guardias le dio por asomarse por uno de los márgenes del puente y gritó:

—¡El tigre está debajo del puente!

—¿Qué dices? —preguntó su compañero, mirando a continuación y corroborando lo que había indicado su colega.

Ante esto, la patrulla decidió contactar con la central

indicándole que había un tigre debajo de uno de los puentes del canal seco. Añadieron que el animal, aunque estaba echado en el suelo y parecía tranquilo, representaba un peligro por la cercanía del pueblo y por la peligrosidad que supone, evidentemente, un animal como éste.

Mientras el COS gestionaba la intervención de una patrulla de SEPRONA, otra patrulla llegaba en apoyo de sus compañeros junto al canal. Desde unos setenta metros, los cuatro guardias estudiaron la situación hasta que decidieron acercarse un poco.

Valientes, aunque sólo en apariencia, se aproximaron cautos hacia el tigre. Cuando apenas habían dado unos doce o catorce pasos, uno de ellos, probablemente por el miedo que tenía en el cuerpo, alertó a sus compañeros que había visto moverse al animal. Causa-efecto, salieron todos corriendo hacia los coches de patrulla volando por los aires algún par de grilletes, alguna gorra y una porra que, la verdad, de poco les iba a servir si el tigre se hubiese mosqueado.

Tras el susto, se vieron de nuevo con fuerza y decidieron acercarse hacia el tranquilo felino que yacía tirado en el suelo y, al parecer, plácidamente dormido. Esta vez, acordaron no dar falsas alarmas para no repetir la triste desbandada anterior (menos mal que por entonces no había tanto Smartphone con cámara de tropecientos megapíxeles grabando a todo lo que se menea).

Algo más valientes, aunque casi marchando cogidos de la mano, avanzaron unos metros más que la vez anterior hasta que sólo quedaban unos veinte. El animal, de más o menos metro y medio de largo, permanecía inmóvil. Andados un par de metros más, uno de los agentes gritó a sus compañeros:

—¡Mirad, mirad!

—¿Qué pasa? —preguntaron sus colegas, previo paso atrás en un conato de aborto de misión.

—Tiene algo en la cola, es como…, como un plástico o un papel —respondió pensativo—. Es…, ¿es una etiqueta? —añadió.

—¿Una etiqueta? —dijo uno de los presentes.

—Sí, es verdad, es una etiqueta —respondió otro dando por bueno lo que había visualizado su compi.

—No me jodas que… —añadieron, temiéndose lo peor.

Pues sí, por mucho que les *jodiera*, se trataba de una etiqueta en la que ponía: «Made in Taiwán», un muñeco ni más ni menos.

¡Vaya palo! ¡Era un peluche gigante!, eso sí, perfectamente manufacturado. Además, como la persona comunicante afirmó que lo había visto sobre el puente del canal y ahora se encontraba debajo, parecía que se había movido. Ello, unido a que tenía la panza sucia, hacía que pareciera que había estado retozando por el

albero y... en fin, desde la distancia…, era un tigre de verdad y nadie lo hubiese dudado como para acercarse a él sin temor alguno.

Pero…, como diría el mago Anthony Blake: «Todo lo que han visto, ha sido fruto de su imaginación». Tras darle una buena patada al peluche arrojándolo unos metros por los aires, llegaba el apuro de contactar de nuevo con la central y contarles lo que realmente había ocurrido. ¡Menudo pastel!

—COS, aquí la patrulla 131 —llamó uno de los guardias encargados de desvelar el error, siendo además el que más fuerte había pateado al tigre, consciente de que sería él quien tendría que pasar la vergüenza de exponer por transmisiones lo sucedido.

—Adelante para COS.

—Sí…, esto…, verá…, resulta que el tigre…, pues bueno…, resultó ser un perro, un perro grande —mintió como un bellaco mientras sus compañeros se reían del pobre comunicador.

—Bien, recibido —respondió la central, temiéndose que algo raro había ocurrido.

El cachondeo en los días posteriores fue total. Desde entonces, la patrulla 131 pasó a denominarse «la patrulla tigre». Incluso por el *walkie* se les denominaba así, porque no veas la que liaron ese día y lo que trascendió el asunto.

Sin embargo, y para concluir esta anécdota, he de romper una lanza a favor de los acongojados guardias. Como confirmó la patrulla de SEPRONA a su llegada al canal, «menos mal que fue un muñeco y no un tigre de verdad, porque jamás se me hubiera ocurrido acercarme tanto», dijo con mucho acierto.

Según comentó otro de los agentes del Servicio de Protección de la Naturaleza, «por muy tranquilo que pareciese ese animal, si se levanta compañeros…, os hace trizas», concluyó.

«No te preocupes, que no nos vuelve a pasar», sentenciaron los integrantes de «la patrulla tigre».

Un susto de muerte

El siguiente relato, que sirvió para el cachondeo de mis compañeros en aquella tarde-noche de noviembre, ocurrió, o más bien dicho, me ocurrió en los calabozos de los juzgados de la catalana ciudad de Sabadell.

Apenas faltaría mes y medio para la llegada del 2010 cuando tuvimos que dirigirnos al citado tribunal para poner a disposición judicial a tres detenidos por un caso de homicidio. En este sentido, y antes de profundizar en el tema, he de señalar que tanto mis compañeros como yo, integrantes del Equipo contra el Crimen Organizado de Cataluña, íbamos de paisano, o lo que es lo mismo, sin vestir el uniforme oficial; dato este fundamental para conocer el devenir de la historia.

Una vez en el lugar, metimos a los delincuentes separadamente en tres de los seis calabozos que había en el sótano del edificio y que se organizaban a lo largo de las cuatro paredes de una tétrica estancia de unos cien metros cuadrados, aderezados con cancelas por todos lados y una gran columna en el centro.

En cuanto a nosotros, nos fuimos a una pequeña sala anexa habilitada para las fuerzas y cuerpos de seguridad encargadas de la custodia de sus respectivos reos. Este habitáculo se diferenciaba de los calabozos única y exclusivamente en que tenía puerta y no cancela, pero poco más, igual de tétrico y poco espacioso.

Allí, junto a otros compañeros de la Policía Nacional y de los Mossos d'Esquadra, pasábamos las horas hasta que los detenidos eran llevados a presencia del juez correspondiente.

Tras unas diez horas de espera, las celdas, que habían estado abarrotadas de *outlaws*, quedaban ahora casi vacías, solamente ocupadas por los tres individuos que habíamos llevado nosotros. Mientras tanto, el que suscribe, que había hecho *migas* con uno de los detenidos de nuestra operación, se dispuso a atender su llamada, pues no se encontraba muy bien psicológicamente y quería hablar y desahogarse conmigo.

Sin problema alguno, a sabiendas también de que le sacaría importantísima información, atendí su petición y, conociendo su estado de ánimo y la escasa posibilidad de fuga de ese sujeto en concreto (se había partido una pierna intentando escapar por un tejado en el momento de la detención), decidí abrir el calabozo y sentarme con él a charlar en el poyete que había en su interior. De esta forma, pasé más de treinta minutos dialogando con este

desconsolando señor que, la verdad, sólo era culpable de estar en el lugar menos indicado a la peor hora posible. Entre tanto, la cancela, si bien no estaba bajo llave, había quedado encajada de manera que parecía que estaba cerrada.

Mientras continuaba conversando con este hombre, y siendo ya casi las once de la noche, escuché un ruido extraño fuera de la angosta estancia, como si alguien estuviera rascando la pared. Al asomarme, observé detrás de la única columna de la sala a una señora que estaba barriendo el recinto.

Esta mujer, encargada de la limpieza de los calabozos, se hallaba trabajando a sólo unos metros de nosotros, mirando de vez en cuando de reojo.

Al verla, me dispuse a salir para saludarla cortésmente, eso sí, sin pensar en las consecuencias pues, a pesar de que mis palabras fueron: «¿Qué tal, señora?, ¿trabajando hasta tan tarde?», apenas prestó atención a lo que dije y, al verme abandonar el calabozo abriendo las rejas con naturalidad, recordando al lector que no llevaba absolutamente nada que me identificara como guardia civil, comenzó a gritar y a chillar descontroladamente.

—¡Socorrooo! ¡Auxiliooo! —exclamaba totalmente asustada—, ¡que se escapaaa! —añadía a grito pelado.

Entonces, mientras yo intentaba calmarla y explicarle la situación sin éxito, la pobre, fruto de los nervios, corría como un condenado en busca de una salida que no encontraba, dándole vueltas sin sentido a la columna que había en el centro de los calabozos. Por suerte, le dio por correr, porque ya me veía yo recibiendo *escobonazos* en el lomo.

Finalmente, y tras dar la aterrada mujer más de diez vueltas al pilar, llegaron mis compañeros alertados por sus gritos, los cuales lograron convencerla de que yo era un agente de la Benemérita. Aún así, el disgusto ya no se lo quitaba nadie.

Curiosa la cara con la que me miraba la señora desde entonces, haciéndome ver que, aunque me había identificado, enseñado la placa o carné profesional e incluso la foto que tenía en el móvil de la jura de bandera junto a mi madre y mi hermana, seguía pensando que yo, y son palabras suyas, era un «chorizo». «Es que con esas pintas, hijo…».

—La madre que me…, encima me llama «pintilla» —le contesté bromeando.

En todo caso, perdonable, porque menudo sobresalto que se llevó la señora y, también hay que decirlo, burlas que me llevé yo por parte de mis colegas que sólo sabían decirme: «Pero, ¿cómo se te ocurre, chiquillo? ¿Cómo se te ocurre?».

En fin, está claro que si hubiera una segunda vez, si en algún momento se me vuelve a dar un caso parecido, prometo quedarme dentro de la celda, o mejor aún, ya no entro más en ninguna, porque vaya la que monté sólo por intentar ser educado.

«Fallo» judicial

Como continuación a la anécdota anterior, apenas doce horas después de casi provocarle un ataque al corazón a la pobre señora de la limpieza de los juzgados de Sabadell, y siendo aproximadamente las once de la mañana, tuvimos que regresar al mismo juzgado con otros dos *chiquillos* distintos a los anteriores. Allí, junto a un par de mossos d'Esquadra que habían traído a otro delincuente, esperábamos nuevamente a que el juez nos atendiera, o mejor dicho, atendiera a los detenidos.

A las dos horas, nuestros tres reos ya habían sido recibidos por Su Señoría y quedaban a la espera de veredicto.

Poco después, pasados treinta minutos del mediodía, hicieron acto de presencia otros dos mossos d'Esquadra: uno de ellos un *caporal* (equivalente a un cabo de la Guardia Civil) que venía a entrevistarse con los dos mossos que permanecían en el juzgado. Para charlar, los cuatro agentes salieron de la sala.

Acto seguido, sonó el teléfono que había en los calabozos y que era usado por el juzgado para comunicarse con los encargados de la custodia de los malhechores.

En este caso, la llamada era para comunicar a los agentes que había que subir a un individuo cuyo nombre no nos era familiar. Por tanto, supusimos que era el detenido que habían traído los mossos d'Esquadra. Sin embargo, al ir a buscar a los compañeros de la policía catalana, estos no aparecían por ningún lado. Por tanto, y conociendo la poca paciencia que tienen los funcionarios de los juzgados, decidimos subirlo nosotros mismos, pues sólo sería conducido a efectos de serle notificada la decisión de la autoridad judicial.

Tras preguntar su nombre y al ver que coincidía con el solicitado por la secretaria del juzgado, lo acompañamos arriba hasta llegar a una pequeña sala donde, instantes después, apareció una joven señorita que, papel en mano, indicó al detenido que el juez de instrucción había decretado su ingreso en prisión comunicada y sin fianza, entregándonos a continuación el correspondiente auto de ingreso en prisión, siendo su próximo destino la cárcel Modelo de Barcelona.

Mientras tanto, el condenado, entre sollozos, comenzaba a maldecirse por lo que había hecho. Nosotros, por nuestra parte, no entendíamos nada porque no conocíamos su historia, pero pronto

nos puso al día:

—¡Si es que soy tonto, pero tonto del culo! —exclamó.

—¿Le parece excesiva la pena, caballero? —preguntó mi compañero.

—No, no, si es justa, los ladrones a la cárcel y punto —respondió explícitamente.

—Hay que pensarse las cosas un poco antes de hacerlas, ¿verdad? —afirmó de nuevo el guardia.

—Ya lo sé, si ya me lo decía mi abuelo, ¡cuidado! Que por robar una simple gallina…, te meten en la cárcel.

—Hombre, tampoco es así exactamente —respondí ante tal absurda afirmación.

—Dímelo a mí, muchacho, que robo una radio de coche y me mandan a la Modelo.

—¿Cómo? —Respondimos conjuntamente, añadiendo mi compañero a continuación—: Señorita, ¿podría decirme el nombre de la persona para la que se comunica el auto de prisión?

Entonces, la joven funcionaria nombró a uno de nuestros detenidos en vez de a la persona que allí estaba y que era la que nos habían indicado subir por teléfono. Percatados del error, y tras ser reprendidos por un fallo que no habíamos cometido (así funcionan algunos juzgados), bajamos corriendo por nuestro detenido del que sí veíamos algo más lógica la medida, pues esperábamos su ingreso en prisión.

No veas el susto tan grande que le dieron al pobre *ladronzuelo* que, según manifestaba, sólo había robado el radiocasete de un coche. Los ojos como platos que se le pusieron cuando se dio cuenta del error. Aunque bien es verdad, como han podido comprobar, que aceptaba la cárcel creyéndose merecedor de tal pena.

Menos mal que a mi colega le dio por preguntar el nombre del sentenciado porque a este pobre me lo veía camino de la cárcel de Barcelona unos cuantos años.

Menuda pifia por parte de la secretaria del juzgado que había llamado a calabozos nombrado por error a un detenido al que le comunica la pena de otro y, encima, nos culpaba a nosotros de su fallo, si es que tiene guasa.

Por cierto, al pobre protagonista de esta anécdota sólo le cayó la pena de ir al citado juzgado cada quince días a firmar. Anda que de esto a ir a la cárcel…, ustedes me dirán.

Perro ladrador…

La carretera sería nuevamente protagonista de una inesperada anécdota, con tintes machistas, acontecida en una vía secundaria de la red de carreteras del Principado de Asturias.

En aquel lugar, cerca de un pequeño pueblo famoso por su formidable queso de oveja y su requesón, por orden del capitán, nos habíamos unido dos patrullas de puestos colindantes para realizar un punto de verificación de personas y vehículos.

Durante una hora aproximadamente, los cuatro guardias que allí nos encontrábamos, tres hombres y una mujer, estuvimos identificando personas y comprobando la documentación de todos los vehículos a los que dábamos el alto sin nada que reseñar. Al final, cuando estábamos próximos a concluir ese punto de control, la joven agente detuvo al que sería el último de los vehículos identificados, un BMW 320 de color negro con un único ocupante, un hombre de unos cuarenta años:

—Buenas noches, caballero, ¿me permite la documentación del vehículo? —preguntó la compañera. Sin embargo, el individuo hizo caso omiso a su pregunta, pasando olímpicamente de ella.

Entonces, volvió a decirle:

—Caballero, ¿me entrega la documentación del automóvil? —Pero obtuvo nuevamente un silencio como respuesta.

La agente, mosqueada, le advirtió con voz firme:

—Caballero, ¿no me oye cuando le hablo?

—Anda, toma —respondió despectivamente el maleducado conductor entregando los papeles del coche con desidia.

Nuestra compañera, que con mucha paciencia había soportado la falta de respeto de este señor, se puso a comprobar la documentación del vehículo observando que tenía el recibo del seguro caducado.

—Caballero, que sepa que según la documentación que me presenta, su vehículo tiene el seguro caducado, ¿no lo ha renovado? —preguntó.

—¡Bah! —fue su indiferente respuesta.

—Caballero, más vale que me atienda, si no tiene seguro, tendré que inmovilizarle el vehículo y denunciarle —advirtió.

—Anda, niña, lo que tienes que hacer es llamar al guardia, que yo con una mujer no tengo nada que hablar —manifestó, demostrando poca caballerosidad.

—¿Pero usted qué se ha creído que es esto? —respondió indignada.

—Si es que desde que salisteis de la cocina…, así nos va —señaló de forma machista y sexista a la pregunta que había hecho nuestra compañera.

Su compi de patrulla, al ver la situación y el soberbio enfado que se estaba cogiendo la pobre chica, se acercó junto a la ventanilla del vehículo. Fue en ese momento cuando oyó al conductor exclamar:

—¡Hombre!, por fin, un guardia civil. Mire usted, agente, que no sé qué es lo que quiere esta señorita —dijo, creyendo que tendría el apoyo del componente masculino.

—Lo siento, caballero, es mi compañera la que le está atendiendo. Cualquier pregunta que tenga que hacer, se la hace a ella, y con educación —respondió con gran acierto.

—No me jodas, si será tu jefa y todo. Joder, macho, a las órdenes de una tía, el mundo al revés.

—Pues que sepa que su vehículo va a ser inmovilizado por no tener el seguro en vigor y va a ser una mujer la que se lo inmovilice, así que bájese —añadió la compañera.

—¡Vamos, hombre! —exclamó, descontento.

—Pues sí, y aténgase a las consecuencias si desobedece mis órdenes como agente de la autoridad —sentenció.

—Si es que así nos va. En cuanto a ti, chaval… ¡Qué pena me das! —dijo compadeciendo del agente masculino mientras abandonaba el coche.

De esta manera, mientras se levantaba acta de inmovilización del vehículo, elaborada y firmada por la componente femenina, el denunciado, con malos modales, continuaba su retahíla de comentarios machistas. En un momento dado, cesó en su actitud alejándose unos metros para realizar una llamada telefónica, volviendo inmediatamente después hacia donde estaba su coche. Entonces dijo:

—Bueno, me tendré que ir a casa sin mi coche porque a una niñita le ha dado por *darle por saco* a un hombre. Anda que hace veinte años…, ¡vamos! —gritó a los cuatro vientos.

—Pues sí, señor, mire cuánto han cambiado los tiempos que ahora soy yo, una *simple* mujer, la que le obliga a salirse de su coche, se lo inmoviliza y le denuncia. Para que vea —contestó harta de menosprecios.

Entre tanto, el denunciado, que al parecer esperaba a alguien para que lo recogiese, continuaba apoyado en su coche infravalorando a las mujeres en general, a la joven guardia en particular y apiadándose de los tres guardias civiles que allí estábamos, tachándonos de ser unos simples «títeres en manos de

una mujer». Nosotros, ante estos comentarios, respondíamos de la misma manera que él había contestado a nuestra compañera: con silencio e indiferencia. Ya saben, a palabras necias…

Y así continuó hasta que unos treinta minutos después de que se le ordenara abandonar su vehículo, apareciera en el lugar un Citroën C5 de color gris conducido por una mujer. Dicha dama, ataviada con una preciosa bata rosa de ositos y medio millón de rulos puestos en la cabeza, al bajarse del coche y sin prestar atención a la presencia de cuatro guardias civiles, gritó al denunciado conductor:

—¡Sinvergüenza!, ¡borracho! ¿Otra vez la Guardia Civil? ¿Y esta vez por qué? ¿Por borracho o por imbécil?

—No, es que… —tartamudeó el sujeto; de hecho, esto es lo único que fue capaz de decir antes de recibir un buen *guantazo en el lomo* por parte de la que, casi con toda seguridad, era su mujer.

—Anda, móntate en el coche, que verás cuando lleguemos a casa —volvió a gritarle la señora mientras lo llevaba a rastras cogiéndole con fuerza de uno de sus brazos. Él, por su parte, no dijo absolutamente nada, y no por indiferencia como antes, sino por la cuenta que le traía, porque seguro que le soplaban otro *castañazo*.

«Vale, vale», fue lo último que le oímos decir antes de ser *lanzado* al interior del coche por parte de su mujer que, haciendo patinar las ruedas de su vehículo, abandonó el lugar ante la perplejidad de todos los que nos hallábamos en el lugar.

«¡Menudo *calzonazos*!», pensamos todos al ver la situación. Con el escándalo que había montado y las veces que había despreciado la labor de nuestra compañera, y ahora viene su mujer y se lo lleva a patadas para casa.

«Si es que no se puede escupir hacia arriba, chaval», dijo nuestra compañera con gran acierto en referencia a lo que acababa de ocurrir con este patético personajillo que, la verdad, daba hasta lástima después de todo.

Probablemente, aquella noche alguien dormiría en el sofá. Esperemos que le diera tiempo a reflexionar sobre el numerito que había montado porque la vergüenza que le hizo pasar luego su mujer…, sin palabras.

Ahora comprendo su opción de alejarse para hacer la llamada telefónica. No querría que nos diéramos cuenta de la *bulla* que le estaría echando su señora quien, a tenor de lo visto, capaz era de atizarle un *sopapo* incluso hasta por teléfono.

Breves relatos aeroportuarios

Como su propio nombre indica, en las siguientes páginas me dispongo a relatar brevemente una serie de pequeños sucesos destacables tanto por su simpatía como por el lugar donde ocurrieron, en nuestros aeropuertos.

Tras finalizar mi periodo de formación como guardia alumno en mi primer destino por tierras asturianas, fui destinado ya como guardia civil profesional al aeropuerto de Barcelona, uno de los más concurridos de la península.

Al día, son muchos los viajeros que pasan por sus terminales y, claro está, anécdotas, decenas y a diario.

Sirvan de ejemplo los siguientes relatos, junto con el del duque que ya os he contado, como homenaje a esos años en los que presté servicio de seguridad ciudadana en un aeropuerto.

Do you speak…?

Mi compañero Alberto, ciudadrealeño y buena gente como pocos, me contó que un día, prestando servicio en un conocido aeropuerto peninsular, le ocurrió una anécdota muy curiosa que, a continuación, paso a narrar.

Resulta que se encontraba realizando labores de seguridad ciudadana en un filtro de control de pasajeros cuando, de repente y casi de la nada, apareció una señora que lloraba desconsoladamente. Muy asustada, se dirigía a él en inglés, algo muy normal en estos sitios:

—*Excuse me, I lost my husband* (Perdone, he perdido a mi marido) —dijo sollozando la señora, afectada y muy apesadumbrada, intentando hallar consuelo y solución en la persona del guardia que, con toda la intención del mundo y con un inglés-castellano-manchego respondió:

—*You lost your husband*? (¿Ha perdido a su marido?) —preguntó educadamente y con preocupación, o al menos eso intentó, porque la reacción de la señora fue comenzar a reír descontroladamente.

—*No, no, no, my God* (No, no, no, por Dios) —respondió la *miss* con unas carcajadas que alertaron, ante el asombro y desconcierto del pobre agente, a los presentes que pasaban en ese momento por el mencionado filtro.

Alberto, al ver cómo la señora pasaba de llorar a reír en medio

segundo, sólo pudo callarse la boca y esperar a que todo se arreglase por arte de magia.

Afortunadamente, instantes después, apareció el *husband* (marido) de la señora y todo quedó solucionado tal y como había rezado. Menos mal porque, para una vez que se animaba Alberto a hablar en inglés…, ni con toda la intención del mundo, vamos.

«Aún recuerdo a la mujer que, muy sonriente, se marchaba del lugar dándome las gracias y riéndose a carcajadas…, riéndose de mí, claro», añadía mi compañero a su relato. «Sólo me cabe dar una solución a lo que la señora pudo haber entendido del refinado inglés que utilicé en aquel momento. Atendiendo a su reacción, con toda probabilidad, mis palabras, más que hacer referencia a si había perdido a su marido, harían referencia a si quería otro marido, o directamente que yo me ofrecía para cubrir la vacante dejada por su esposo. Imaginen, pues, qué preguntas a un *gendarme* o a un *carabinieri* en un viaje a sus respectivos países y éste, en un castellano mal hablado, os responde: *bueno, ¿y qué?, ¿quiere otro marido? ¿Otra esposa?* Como si se tratase del niño pequeño que le llora a su padre porque ha pinchado su pelota nueva o tirado el helado al suelo y quiere otro. Si no, poca explicación tiene el hecho de que pasara a reírse en tan poco tiempo después de venir hacia mí con uno de los mayores disgustos que haya visto en todos los días de mi vida. No sé cómo me expresaría, pero seguro que entendió que me ofrecía, como si yo fuese el famoso alcahueto Jesús Puente para buscarle otro marido u ofreciéndome yo mismo. En fin, debe estar contenta con su esposo, no lo cambiaba por nada del mundo», aclaraba mi compañero Alberto.

Perdone, ¿no olvida algo?

¿Qué cosas son capaces de olvidar las personas una vez cruzan el arco de seguridad y acceden a la zona restringida de un aeropuerto?

Pues yo les voy a dar unas ideas de la mala cabeza que tenemos los seres humanos cuando pasamos un control de seguridad aeroportuario.

Un bolso olvidado, un teléfono móvil, una maleta, las llaves, monedas o la más clásica de todas, la tarjeta de embarque. Éstas, entre otras, son las cosas que más dejan los ajetreados y despistados viajeros cuando pasan al filtro, pero… ¿una zapatilla? ¿Las dos? ¿Una muleta? En fin, paso a narrar.

Lo de la zapatilla no deja de ser muy curioso. Con mis propios ojos lo vi. Situación normal: llegas al arco, te tienes que quitar los zapatos por no sé qué Reglamento Europeo, con el posterior enfado de la mayor parte de los pasajeros, doy fe. Pasas descalzo y, cuando

recoges la bandeja y los zapatos, te marchas a una de las mesas y… ¡sorpresa!, hay quien se deja un zapato allí.

Un zapato señores. Ni la mochila, ni el móvil, ni la cartera… ¡un zapato! Que ya se podía haber dejado los dos, tendría algo de lógica, si es que es lógico dejarse un zapato y marcharse con un pie descalzo y el otro bien atado.

Y no veas la estampa del pasajero cuando regresa medio cojeando y te pregunta si hemos encontrado un zapato.

Alguna sonrisa se le escapa al guardia, porque vaya situación; sino, recréenla mentalmente y juzguen ustedes mismos.

Y bueno, ¿que me dicen de una muleta? ¿Puede una persona necesitada de ella olvidarla en un filtro de seguridad? ¿No notó nada cuando comenzó a andar sin su apoyo? ¿Sería quizá que no la necesitaba? En fin, tampoco doy crédito al ver esto, pero confieso que ocurrió.

¿Un marido? Pues sí, también se pierden los maridos, y de ello da fe, además de mi colega Alberto, mi gran amigo Óscar Martín, que fue quien me transmitió esta anécdota.

—Señor agente, ¿han encontrado a mi marido? Es que lo perdí al cruzar el filtro.

—Pues no, señora, no hemos encontrado ningún marido —contestó el incrédulo guardia.

—Es que estaba junto a mí y ya no lo encuentro —respondió.

—Bueno, no se preocupe, ya aparecerá, ese tipo de cosas no se suele llevar a objetos perdidos —contestó el guardia bromeando, quitando hierro al asunto.

—Bueno, es verdad, seguro que aparece. No creo que se pierda, no caerá esa breva —añadió con guasa la señora ante las risas de ambos.

Sin embargo, la que se lleva la palma es, sin duda alguna, la vez que se dejaron una «cosita» encima de una de las mesas donde la gente deposita las bandejas tras cruzar el arco. Y bien, antes de que hagan sus propias cábalas, para evitar llevarles a error, aclaro rápidamente que esa cosita, ese detallito que se dejaron no era ni más ni menos que ¡un bebé! (por si habían pensado otra cosa).

Pues sí, un bebé plácidamente dormido en su canastita ajeno al garrafal despiste maternal del que era protagonista. Poco después, sería su propia madre la que se dirigiría corriendo al filtro llorando como una magdalena en busca de su retoño que, para colmo, fue despertado por los sollozos de su progenitora, ¡pobre criaturita! Y más pobre aún, al observar cómo la madre le había olvidado allí, pero no se había dejado en el filtro cierta revista de prensa rosa que sí traía bien agarrada en una de sus manos.

Lo dicho, pobre niño.

Una de estereotipos

¿Por qué será que los andaluces tenemos esa fama de fiesteros y perezosos? ¿Acaso en el sur no se trabaja? ¿Por qué esos falsos mitos hacia la estereotipada población andaluza?

Prestando servicio en uno de nuestros aeropuertos, eso sí, muy lejos de Andalucía como ya he indicado, el que suscribe tuvo un pequeño encontronazo con una de esas personas que generaliza y da crédito a determinadas falacias y *cuentos chinos* que rodean a mi pueblo, el Andaluz.

Pues bien, sentado enfrente de un escáner de rayos X y controlando un arco detector de metales, se acercaban dos trabajadores de una de las compañías de *handling* (empresas de apoyo en tierra de las compañías aéreas) que operaba en el aeropuerto. Cruzaron sin ningún problema el arco y luego pasaron sus pertenencias por la máquina de rayos X sin novedad.

Sin embargo, y sería por la temprana hora, la torpeza de uno de estos individuos hizo que, cuando me iba a presentar su tarjeta aeroportuaria, se le escapara de las manos y la dejara caer al suelo. A continuación, se agachó para recogerla y, al levantarse, la dejó caer de nuevo involuntariamente al suelo.

Fue en esta ocasión cuando, a modo de disculpa por tener flecos en vez de dedos, se dirigió a los presentes con el siguiente chascarrillo:

—¡Vaya hombre, hoy estoy más flojo que un andaluz! —exclamó justificando su impericia y provocando la risa de su compañero aunque, evidentemente, no la mía. De hecho, podría haber respondido a su ofensa con un par de bromas de la también muy estereotipada población donde se ubicaba el aeropuerto y de donde era oriundo el patosillo, aunque decidí que no era de recibo. No obstante, no me pude callar:

—Perdone, caballero, ¿cómo ha dicho? —respondí serio y con voz castiza.

—Que hoy estoy más... —contestó por inercia, aunque recapacitando y quedando en silencio ante la posibilidad de que el guardia fuera del sur.

—Pues mire, hoy va a tener usted el privilegio de ver algo que, según dice, no había visto hasta ahora: a un andaluz trabajando. Entrégueme usted su tarjeta aeroportuaria y su DNI y abramos la mochila que trae y busquemos, a ver si le puedo recetar algo, ¿no? Así podrá comprobar de primera mano que los andaluces también curramos y no somos vagos —respondí.

—Perdone, hombre, no se ponga así, hablaba en broma —se disculpó.

—Yo también, caballero, yo también —concluí con una sonrisa, demostrando el buen humor que sí nos caracteriza y del que hacemos gala los andaluces, dando paso a las risas de, ahora sí, las tres personas allí presentes.

Vaya con el perrito

Como bien saben, la Guardia Civil cuenta con los servicios de unos «animalitos» que no sólo se caracterizan por ser el mejor amigo del hombre, sino que, además, poseen un perspicaz olfato capaz de detectar personas, explosivos, drogas o filetes de lomo a grandes distancias, ocultos en diversos lugares o incluso bajo tierra.

Afortunadamente, la altruista labor de estos perros hace que el servicio de la Guardia Civil sea más efectivo y potencia la capacidad de trabajo de los agentes que los guían.

En uno de nuestros aeropuertos, que contaba entre sus filas con canes capaces de detectar explosivos y drogas, a menudo, se veía por el interior del recinto a un par de guardias que, acompañados por un precioso pastor alemán vestido con un peto donde se leía «Guardia Civil», pateaban la terminal a expensas de lo que el cánido pudiera detectar.

La estampa era preciosa. El perro causaba sensación entre los viajeros que se cruzaban con él. Muchos lo fotografiaban, incluso lo llamaban, pero el perro, aunque no hacía ascos a las fotografías, parecía poco cariñoso. Sin embargo, se dejaba pacíficamente acariciar.

Un buen día, recién ganado el famoso triplete por parte del Fútbol Club Barcelona con Messi y Ronaldinho a la cabeza, en el aeropuerto donde ocurrieron estos hechos, el perro y su guía caminaban por la zona restringida como de costumbre. Al poco tiempo, se acercaron a un filtro de pasajeros donde había otro agente desempeñando labores de seguridad. Los dos se pararon a charlar. Bueno, en realidad los tres, aunque el perro poco decía.

Mientras tanto, la gente pasaba y casi todo el mundo se quedaba maravillado mirando al perro que, panza al suelo, poco caso hacía a las llamadas de los viajeros. Los niños, como de costumbre, se acercaban y acariciaban su pelaje aunque el perro pasaba *tres kilos* del tema.

Sin embargo, en un momento dado, el perro se levantó haciendo caso a la llamada de una joven. La mujer, de unos treinta años, se alegraba de ver cómo el perro se le arrimaba y comenzaba a acariciarlo y a lanzarle piropos. Su marido sonreía al ver la

estampa, a la vez que preparaba su cámara para fotografiar la escena. Entonces, el guía del perro se acercó a la feliz pareja y, dirigiéndose a la señora, dijo:

—Buenas tardes, señora —saludó correcta y educadamente.

—¡Qué perro más bonito…, y qué cariñoso…, y viene vestido de la Guardia Civil, qué gracioso! —exclamó la mujer que, de rodillas, acariciaba al cuadrúpedo *guardia*.

—Bueno, en realidad, cariñoso, cariñoso no es, señora —respondió el cuidador del animal.

—¿No? Pues mira, a mí no me quita el ojo —discrepó ella.

—Ya veo que no se aparta de usted señora, pero…

—¡Qué gracia, por Dios! —añadió eufórica.

—¿Gracia?, gracia la que le va a hacer a usted saber que este perro pertenece al servicio antidrogas del aeropuerto y es experto en detectar sustancias psicotrópicas y estupefacientes. Reacciona, como usted bien dice, *cariñosamente* única y exclusivamente cuando encuentra algo sospechoso. ¿Podría acompañarme a nuestra oficina y enseñarme su maleta, por favor?

Imagínense la cara del joven matrimonio cuando les fueron explicadas las cualidades por las que destacaba el majestuoso pastor alemán. Si bien no era gran cosa lo que llevaba la mujer en su bolso, algo más de 10 gramos de hachís, desde luego, se le quitaron las ganas de acariciar al perrito de las narices.

«Ni me acordaba de que llevaba eso ni pensé que el animal fuera capaz de detectarlo dentro de la maleta», fue lo único que se atrevió a señalar.

De todo, menos sargento

Otra aeroportuaria anécdota fue la que vivió un recién ascendido a sargento de la Guardia Civil en otro de nuestros aeródromos. Sería mi amiga y compañera Elena la que me contase esta curiosísima situación.

Nuestro actor, como ya he señalado, había ascendido recientemente a suboficial, siendo el aeropuerto su primer destino. Allí, con ilusión, acudía a ejercer su recién nombrado cargo. Orgulloso, veía cómo el resto de guardias, colectivo al que había pertenecido pocos meses atrás, le trataban ahora como superior, con respeto y subordinación.

Sin embargo, el pobre fue protagonista de esta anécdota en donde se le llamó de todo menos «mi sargento», y ahora verán el porqué.

Sería su tercer o cuarto servicio en un día en el que, por

desgracia o más bien por falta de personal, él mismo se veía obligado a realizar algunos relevos en diferentes puntos de servicio del aeropuerto que sólo estaban compuesto por un solo efectivo.

Al llegar a uno de ellos, uno de los dos accesos del personal laboral del aeropuerto, ordenó a la joven guardia que allí se encontraba que marchara a tomarse un breve descanso, quedándose él mismo como responsable.

Instantes después de que la chica abandonara el lugar, recibió una llamada al teléfono que se hallaba en el punto por parte de otra joven guardia que prestaba servicio en el otro acceso de trabajadores.

Cuando descolgó el teléfono, y sin apenas darle tiempo a decir «sargento *fulanito* al habla», oyó a la agente decirle cariñosamente:

—¿Cómo estás, *pendona*? —El pobre sargento, que asimilaba lo que acababan de llamarle, sólo pudo decir:

—Bueno, estar, estoy bien, pero no soy *pendona*, soy el sargento.

—Esto…, perdone, mi sargento, es que creí que era mi amiga y…, esto… —tartamudeó la pobre chica, consciente de la que le podía caer.

—No te preocupes, si quieres que te diga la verdad, hoy ya me han llamado por teléfono amor, cariño y hasta princesa —respondió apesadumbrado el suboficial.

Y es que dio la casualidad de que, minutos antes, había estado haciendo el relevo en otro punto de servicio desde donde se dispuso a realizar una llamada telefónica a una de las garitas del aeropuerto. Sin embargo, el que recibió la llamada, cuando vio en su teléfono el número desde el que se estaba realizando la misma y viendo que provenía del punto de servicio donde se encontraba su benemérita novia, descolgó y, sin esperar a oír supuestamente la voz de su amada, clamó a los cielos:

—Dime, amor, ¿cómo está mi princesa?

—Pues… no sé cómo estará tu princesa, la verdad, pero yo me he quedado…, boquiabierto, no te quepa la menor duda —dijo sorprendido su jefe ante tal forma de contestar a una llamada.

¡Menuda forma de dar novedades!, pensaría el bueno del sargento al que, en cuestión de media hora, en uno de sus primeros servicios como suboficial, le habían dicho prácticamente de todo.

En fin, como él mismo reconocería haciendo gala de su buen humor: «Prefiero que me llaméis princesa antes de que se me conozca por el *cabrón* del sargento».

¿La última anécdota?

Hasta aquí mi pequeño recopilatorio de verídicas historietas, muchas de ellas vividas por vuestro humilde servidor y que sólo aspiraban a convertirse en un puñado de folios tirados en algún cajón de mi escritorio o en un archivo de texto abandonado en la carpeta «Ilusiones» de mi ordenador.

Papeles que soñaban con llegar a conformar todo un libro, pero que se resignaban apenas llegando siquiera a panfleto, destinados al consumo propio y de algún incondicional y benévolo colega. Relatos que mañana, con nostalgia, recuperaría, revisaría y releería para darme cuenta lo maravilloso que, en más ocasiones de las que creía, puede resultar nuestro trabajo, sin más ambición.

Pero la suerte estaba de mi lado. Lo que empezó como una broma, como un deseo de calmar esa sed de escribir mis curiosas vivencias que desde hacía tiempo venía experimentando, se convirtió en una realidad.

¡Vosotros! Sí, sí, todos vosotros. Verdaderos artífices de esta obra. Colegas, amigos y compañeros. Profesores y maestros, jefes de patrullas, guardias, cabos, suboficiales y oficiales. Andaluces, gallegos, canarios, madrileños, extremeños, asturianos... ¡españoles! Lectores y suscriptores de mi web, de mi Facebook, de mi Twitter…, de mis anécdotas; «futurosguardiasciviles.com», foreros, aspirantes y opositores. Mapita, Ricardo, Anna, Montserrat, Argüelles, Juan, Monge, David, Elena, Óscar…; gente que me rodea, ayuda, aconseja y apoya, y de la que me congratulo haber conocido. Instigadores y responsables todos de este libro, a los que agradezco y dedico esta publicación de todo corazón.

Hay quien tiene talento, quien se basta por sí mismo para crear grandes obras de la literatura, con millones de ejemplares vendidos y fama mundial. Yo soy exactamente igual a cualquiera de ellos…, eso sí, justo al revés, al contrario, como los volantes en los coches ingleses, un «siniestro» entre diestros escritores. Sus virtudes, mis defectos.

Pero basta ya, no son tantas las deficiencias que tengo, y si las tengo, no pasa nada, pues he contado con vosotros, todo un elenco de personas que me circunda, apoyo indispensable que ha escondido mis graves carencias como escritor para dar lugar a una obra que, no sin esfuerzo, ha logrado ver la difícil luz al final del túnel.

Y como «aquí, hasta el más tonto arregla relojes», yo, ungido como improvisado escritor, de la mano de la editorial Almuzara, os presento esta obra que, llegados a esta última anécdota, espero haya sido de vuestro agrado.

Me pregunto entonces…

¿Os habrá gustado? No sabéis cuánto lo deseo.

¿Habrá merecido la pena robaros horas de vuestras vidas? Si no es así, por favor, pido compasión.

¿Cuánto he disfrutado escribiendo las anécdotas? Todo.

¿Y vosotros? Con la décima parte de lo que yo he gozado, me conformaría.

¿Seguiré escribiendo anécdotas? Ya lo hago.

¿Habrá más publicaciones? De ustedes depende.

Dicho esto, tras esta retahíla de preguntas que más de mil veces he repasado mentalmente, nervioso por conocer si he estado a la altura de las circunstancias y si he alcanzado lo que mis lectores esperaban, llegamos a este punto, al final del libro, a la última de las anécdotas, a la que os parecerá la menos divertida de todas pero la que más me gusta e ilusiona. La de cómo a un joven guardia y novel escritor se le da la oportunidad de publicar una obra en estos tiempos que corren, donde la lectura ha quedado un tanto apartada y miles de libros, vírgenes aún, permanecen cerrados en sus respectivas y polvorientas estanterías.

A pesar de ello, aquí está, mi manuscrito, mis folios hechos libro, mis ilusiones editadas, mis anécdotas publicadas y mis vivencias transmitidas, ¡qué más puedo pedir!

Pero como me repito más que el gazpacho, concluyo con más agradecimientos:

A todos los que hayáis leído estas páginas, gracias de corazón. Ojalá os haya gustado, ojalá deseéis más, ojalá odiéis haber llegado al final del libro pero lo cerréis satisfechos, con deseos de recomendar su lectura, creyendo que ojearlo ha merecido la pena.

Ojalá todo esto sea así, pues podré no sólo decir abiertamente: «Misión cumplida», sino que me veré tentado a dejar en el aire la siguiente cuestión:

¿Continuará…?

Agradecimientos

Puesto que este libro no hubiera sido posible sin la ayuda de varias personas quisiera desde aquí, a modo de homenaje, dedicar unas palabras de agradecimiento a quienes han hecho posible mi sueño de escribir este libro.

A Mapita, mi media naranja. A pesar de invertir muchísimo tiempo en la confección de esta obra en detrimento de su compañía, ella siempre me ha apoyado, asesorado y ayudado en su elaboración. No me cabe la menor duda de que sin ella, este libro no sería lo que es, una realidad.

A mi teniente, hoy capitán. Y no sólo gracias por haber sido mi educador y formador y por ser un referente para mí dentro de la Guardia Civil, sino también por haberse hecho cargo del prólogo de este libro, un honor que sin duda me hace sentir sumamente orgulloso viniendo de él, todo un profesional al que respeto y admiro.

A mis compañeros asturianos. Fueron ellos los primeros jefes de patrulla que tuve en mi primer destino dentro del Cuerpo, y fueron ellos protagonistas también de algunas de las anécdotas que narro en la obra. Gracias compañeros por hacerme mejor persona, mejor profesional y también por aportar sin saberlo vuestro granito de arena a este libro.

A mi gran amigo Ricardo, que fue quien me instó a poner por escrito todas aquellas anécdotas que me habían ocurrido en mis primeros servicios como agente de la Guardia Civil y que tantas ganas tenía que se las contara. Pero no sólo él, sino muchos otros colegas que disfrutaban escuchando las beneméritas historias que narraba en cada visita al siempre acogedor Bar TNT de Carmona.

A mis compañeros Juan, Argüelles, Monge, David, Elena, Alberto, Óscar…, por transmitirme sus divertidísimas anécdotas contribuyendo a engrosar la lista de relatos. Compañeros, este libro es también vuestro libro.

A la desinteresada labor de Anna García. Sin su ayuda, un sin fin de faltas de ortografía, errores de gramática y fallos de sintaxis hubieran invadido mis anécdotas en mi web. Tu ayuda ha sido fundamental. ¡Gracias, *profe*!

A los visitantes de benemeritasanecdotas.com. Creado siguiendo el consejo de un buen compañero, tenía como objetivo principal conocer la aceptación que tenían mis anécdotas en un público algo

más objetivo, ya que la subjetividad de los miles de halagos de familiares y amigos, aunque se agradecían, debían ser contrastados. Y así fue, las más de diez mil visitas en medio año (con más de cuarenta mil en la actualidad), así como palabras de ánimo y apoyo desinteresado de sus visitantes, con especial mención para Montserrat Peñas «Caraena», Directora del Aula Magna de futurosguardiasciviles.com, fueron el empujoncito que necesitaba para decidirme a realizar concienzudamente la obra que ahora les presento.

Y para acabar, quisiera agradecer el mecenazgo de mi queridísimo amigo Alejandro López Andrada, una de esas personas para las que la palabra amistad adquiere otro significado, muy superior desde luego. Ha sido él quien ha decidido rescatar mis anécdotas y presentarlas a una editorial de renombre como es Almuzara, cuyo editor, Javier Ortega, no ha dudado en apostar por este libro, accediendo a reeditar mis anécdotas y haciendo nuevamente y de este modo realidad el difícil sueño de publicar un libro.

Por lo anteriormente indicado, a todas las personas hasta ahora mencionadas y a las que por despiste haya olvidado, un millón de gracias.

Este libro va dedicado a todos vosotros.